MARI SALES

CASADO Inesperadamente

DE REPENTE EL AMOR



Grupo Editorial Portal

MARI SALES

CASADO
Inesperadamente

DE REPENTE
EL AMOR

Grupo Editorial
Portal

Copyright © 2024 Grupo Editorial Portal

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra — física o electrónica — sin autorización previa del autor. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño gráfico
Grupo editorial Portal

Corrección
Hamilton Blumhagen

Diagramación
Grupo Editorial Portal

1ª edición
Libro digital

Mari Sales
Grupo Editorial Portal

Todos los derechos reservados.

Creado en Brasil.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales tiene por objeto ambientar y dar veracidad a la historia.

Resumen

Dedicación

Sinopsis

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Ahora lee la historia de Alecsandra:

Gracias

Dedicación

A las queridas amigas lectoras que participaron en el amigo invisible de fin de año en Campo Grande: Fernanda Arce, Keila Mota, Adriane Leão, Aline, Juliana Kowalski, Simone, Nicole Saad, Mari Dias, Mariah Clara, Nayara, Christiane Akie, Jocasta, Juliane, Helena y Nayara Rosa. Me habéis regalado un momento especial, que he eternizado en un libro.

En memoria de mamá María Roda, que me acogió cariñosamente en su familia como nieta. Tienes un lugar especial en mi corazón.

Sinopsis

Andrey Bianchi iba a heredar un gran imperio comercial. El encantador y sarcástico joven estaba dispuesto a seguir las normas de sus padres, hasta que conoció a una universitaria defensora de los personajes literarios.

Gabriella Lira había vuelto a su ciudad natal. Con su abuela y su hermano centrados en la gestión de la Cafetería Allegra, era libre para descubrir nuevos lugares y personas.

La atracción estaba ahí desde la primera mirada. Él necesitaba cumplir una obligación y ella ya había perdido demasiado como para rechazar aquella propuesta. Un falso matrimonio, un verdadero noviazgo.

Incluso los sentimientos más profundos pueden despertarse con las historias más ligeras y divertidas.



GABRIELLA LIRA

Prólogo

Las transformaciones más esperadas son las que ocurren en los peores momentos. Iba a ser sólo una visita a la librería más tradicional de la ciudad, pero resultó ser el primer paso de mi nueva vida.

Después de cinco años fuera de mi ciudad natal, viviendo a favor en casa de la tía Carmelita y trabajando de asistenta en mis ratos libres, aprobé el examen de acceso a la universidad por Idiomas y regresé al único lugar que tenía como hogar.

La casa de la abuela Allegra ya no era la misma, incluso el olor había cambiado. Mi hermano me había ocultado muchas cosas, entre ellas que ya no vivía allí. Lo malo de ser una familia que hablaba lo justo era que nos perdíamos muchas cosas.

Reservada pero extrovertida, cuando el tema era cualquier cosa menos yo, todo fluía. Incluso echaba de menos ayudar a la abuela en la cafetería, una especial del barrio, decorada con mucho rosa, flores, pétalos y mariposas.

Tras charlar un rato con mi abuela y dejar mis dos maletas gigantes en la habitación en la que no había nada más mío, busqué en la aplicación del móvil la librería más cercana y encontré LeParole. El nombre me resultaba familiar, pero no recordaba nada, ni la ciudad era la misma que hace cinco años.

Como era última hora de la tarde y no podía trabajar hasta que estuviera instalada en casa -por orden de mi hermano mayor-, contraté a un conductor de app y me dirigí a la librería. Con paredes de cristal y una entrada acogedora, la caja estaba a la izquierda y todo lo demás a la derecha.

La amable chica me saludó y yo me limité a asentir, demasiado excitada para decir una palabra sin ponerme en evidencia.

Estanterías con diferentes volúmenes y estilos, una gran mesa con títulos de novelas que me encantaban y, más abajo, una zona infantil con mesas, sillas y muchos libros.

Sonreí como tonta cuando vi una escalera y que en cada peldaño había un lomo de un clásico de la literatura brasileña. A diferencia de mis amigos, me apasionaba la lectura, sin importar el estilo. En aquella época, me centraba en las novelas románticas, pero ya había devorado thrillers, novelas policíacas y de terror.

Saqué el móvil del bolso, lo apoyé en una estantería y me senté en los escalones para hacer una foto. Hice clic en el disparador con la palma de la mano, tomé otra y miré hacia arriba, debía de ser la trastienda de la librería.

Miré hacia abajo, había una cafetería y otras estanterías. La pared acristalada de esa planta mostraba un hermoso patio trasero, seguramente este lugar había sido antes una casa. Encontré sofás y sillones, así como una pared con información sobre sesiones de autógrafos con escritores regionales.

— Me encantó. — Aplaudí emocionada por tener ese tipo de programa. Con la tía Carmelita, era casa y escuela. A veces la acompañaba a misa e intercambiaba algunas palabras con sus amigas sobre el sermón del día. No me molestaba que me tratara así, ya que yo no era su hija y me preguntaba si realmente era su sobrina.

Mi origen siempre ha sido un misterio.

— Aquí encontrará novelas de época, clásicos de la literatura internacional y fantasía para adultos. — Me volví en dirección al dependiente, que estaba presentando la sesión de esa planta a una chica seria y bien vestida.

Aproveché para ver algunas portadas y sinopsis, de momento no tenía dinero, pero nada me impediría venir aquí a leer algunos capítulos al día, sin estropear el libro.

Pasé los dedos por los lomos, recorriendo mis recuerdos y posibles tramas mientras leía los títulos, hasta que encontré un nombre que me llamó la atención.

Al mismo tiempo que ponía los dedos en una, otra mano se apoderaba de la de al lado, donde me volví, mirando fijamente a la chica del bonito traje que acababa de llegar.

Esos dos libros formaban parte de una edición especial, que yo creía que ya no estaba a la venta. Alas Oscuras era una trilogía de vampiros que me apasionaba y que había leído en formato digital. Había pasado tiempo, pero era una de mis favoritas y estaba dispuesta a arrasar con tal de llevármela a casa.

— ¿Te gusta Scorn? — preguntó la chica, más como una acusación.

— Es un incomprendido. — Cerré la cara y alisé el libro. — ¿Has leído los tres? El desprecio cambió cuando aceptó a Thomy.

— Era un cabrón y no protegió a la mujer que esperaba a un hijo suyo.

— Tanto tiempo sin permitirse sentir, era previsible que actuara así. Pero ordenó a Alexa

y a Dion que la vigilaran.

— ¡No se puede justificar! Trevor protegió a Diana tan pronto como supo que estaba embarazada. Lo único que hizo Scorn fue darle una patada en el culo a Shantal. — Puse los ojos en blanco y resoplé, molesta con aquella mujer tan sentenciosa.

— Pero a la primera oportunidad, Trevor se fue a tener sexo con otra.

— ¡Fue antes de que pasara todo!

— Mírate, planchando—. Me burlé.

— Por supuesto, puso a su mujer y a su hijo por encima de todo.

— Porque tenía un hermano coherente para cuidar de Alas Oscuras. El único responsable era Scorn.

La discusión seguía siendo acalorada, la chica exponía sus argumentos —que no me convencían— y yo los rebatía todos, nunca llegaríamos a un consenso. Yo tenía un favorito, pero me encantaba toda la trilogía. También me gustaba Trevor, a mi manera, pero nunca se lo admitiría a la chica que me tenía por mi pequeño cristal de vampiro.

Se equivocó tratando de hacerlo bien. ¡Maldita sea, era ficción!

Noté que alguien venía detrás de mí y detuvimos nuestro debate para mirar al hombre de traje y corbata que se había acercado. Confuso, miraba de un lado a otro, intentando comprender lo que estaba ocurriendo.

Había otro al fondo, que parecía demasiado mayor y serio para acercarse a nosotros.

— ¿Alguno de ustedes está en una relación abusiva? Quiero decir... — Hizo un ruido con la garganta y actuó avergonzado. — Si necesitáis un abogado de familia para solucionarlo, hay un despacho al lado.

— ¿Qué? — dijo la chica con un hilo de voz, estaba pálida.

— ¿A qué te refieres? — Ladeé la cabeza hacia el hombre y me di cuenta, tardíamente, de lo guapo y perfumado que era. Parpadeé varias veces para recomponerme y contextualizar su discurso con lo que estaba ocurriendo. — Me puse el libro delante de la boca e intenté no reírme. — No pasa nada, estábamos hablando de nuestros personajes favoritos.

— ¿Un libro?

— Sí. — Levanté un poco más el ejemplar que tenía en la mano y lo estreché.

Por suerte, la chica de la librería se acercó y llamó al chico, dejándome sin palabras mientras la otra chica intentaba no desmayarse. Nadie entendía esta pasión por los libros, la defendíamos como si fuera real, pero sólo aceptábamos lo que hacían porque era ficción.

Simple y complejo, todo al mismo tiempo.

En cuanto los trajeados se hubieron marchado y volvimos a tener nuestro momento privado de debate, la chica que tenía delante suspiró y sonrió, más tranquila.

— De todos modos, me encanta la serie y me moría de ganas de tener esta versión física —. Dijo, dando por zanjado el tema.

— Yo también, pero creo que sólo hay uno. — Miramos la estantería, ella se apresura a coger el tercer volumen y yo abro la boca de asombro. — ¡No vale la pena! Es injusto dejar la serie incompleta.

— Será un recuerdo del comienzo de nuestra amistad. ¿Qué te parece? — Rodeó los libros con el brazo y sacó el móvil del bolso. — Por cierto, soy Alecsandra. No suelo hacer amigos así, pero después de sobrevivir a la discusión sobre quién es mejor, Trevor o Scorn, creo que nos merecemos un premio.

— Tienes toda la razón. Soy Gabi, de Gabriella. — Saqué el móvil y apunté nuestros números. — Y puedes quedarte con el Scorn, no tengo dinero para comprar nada.

— Claro que no, puedes cogerlo.

— En realidad sólo tengo dinero del conductor de la app para llegar a casa. — Le entregué el libro, lo cogió y sonrió con empatía.

— Conseguiremos otro, te ayudaré a encontrarlo en internet.

— De acuerdo.

Pasamos unos minutos más mirando libros y opinando sobre los títulos y los estilos que más nos gustaban. Ella pagó, yo la seguí y miré por la librería en busca de aquel hombre trajeado, pero sólo había otros clientes alrededor.

Hice amigos y me fui a casa con la certeza de que, en el fondo, mi camino volvería a cruzarse con el del traje.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 1

No he parado ni un minuto desde que volví a casa de la abuela. Ordené mi habitación, guardé mi ropa y tuve que hacer algunos ajustes en todos los armarios de la casa. Además del ritmo más lento de la señora Allegra, ha dejado el hogar en un segundo plano.

Ni siquiera los mensajes dramáticos a Gusttavo hicieron que viniera a verme, parecía otra persona, tan concentrado en el café. Su alma siempre había sido rebelde, recordaba lo enamoradas que estaban de él mis amigas por sus tatuajes y su sonrisa seductora.

Prioricé ordenar mis cosas personales, matricularme en la universidad, conocer el campus y tomar nota de los sitios cercanos para comer o ir al supermercado. Para mi alegría, el autobús que me llevaba a casa pasó por delante de la librería LeParole, mi refugio.

Pocas personas comprendían mi necesidad de estar rodeada de libros. Si pudiera, llenaría mi habitación de fotografías, imágenes o recortes de texto, porque así no me sentiría tan sola.

Los que nacen sabiendo que no tienen padre ni madre aprenden demasiado pronto a depender sólo de sí mismos. Gusttavo intentó estar presente en mi vida, pero en cuanto se hizo adolescente y empezó a aparecer con tatuajes por todo el cuerpo, para consternación de la abuela, siempre estaba yo y mis historias de ficción.

Apenas mantuve una amistad. Por más que intercambiaba mensajes con Alecsandra, mi nueva compañera literaria de entonces, sentía que nuestra relación tenía fecha de caducidad.

También hice una limpieza a fondo de la casa después de lo que había visto en el armario de la comida. No juzgué a la señora Allegra por tanta negligencia, había conocido a muchas mujeres de su edad, como la tía Carmelita, y su memoria ya no funcionaba tan bien como antes.

Por eso necesitaba leer y no parar nunca, mis neuronas siempre se ejercitaban, no importaba cuál fuera la trama del libro o si se trataba de un texto periodístico. Las palabras siempre llegaban a mi corazón y me abrazaban como una manta caliente en una noche fría.

Sabía que la abuela se quejaría de que malgastara los productos de limpieza y rebuscara entre sus cosas, pero no podía hacerlo. Incluso el cuarto de baño, el único de la casa, estaba mugriento hasta el punto de hacerme bizquear. Si había algo que odiaba era un baño sucio, tanto como lavarlo y mantenerlo limpio.

Elegí un día para descansar, en unos días empezarían mis clases y no podía permitirme

estar con las piernas al aire. Mi rutina estaba clara, aunque nadie me la hubiera contado: mañanas con clases, tardes y noches en la cafetería. El dinero no caía del cielo y yo no había nacido heredera, aunque no lo supiera.

Mientras no había clases, me levantaba con la abuela y me ponía a trabajar, igual que hacía durante las vacaciones cuando era preadolescente. Lavaba los platos y recogía las mesas, y siempre me sentía muy importante por tener un papel importante en la familia, porque si no lo hacía bien, todo el mundo se daría cuenta.

Ya arreglada y despierta, entré en la cocina y encontré a la abuela removiendo los cacharros. Observé por un momento a la señora canosa, de torso curvilíneo y cintura ligeramente redondeada. A pesar de preparar tantas comidas sabrosas, calóricas y llenas de hidratos de carbono, siempre se esforzó por llevar una dieta equilibrada y me enseñó a comer poco, de forma nutritiva y varias veces al día.

— Buenos días, abuela —saludé, sobresaltándola. Se dio la vuelta y me miró confundida, pero luego volvió a lo que estaba buscando.

— Ahora que estás despierta, dime dónde has puesto la tetera.

— Abuela, estaba oxidado por dentro, no podía recuperarlo. — Por mucho que se hubiera quejado de ello hacía tres días, seguía insistiendo, como si fuera la primera vez que notaba la ausencia del utensilio. Me acerqué a ella y cogí la jarra de leche. — Usa ésta.

— No hiervas agua, sólo leche. Está aromatizada. — Ella resopló enfadada y me quitó el mango de la mano. — Tendrás que servirla.

— Lo siento, pero los dolores de estómago que sentías podrían haber sido causados por el óxido del café.

— Siempre lo he hecho, hija mía. — Señaló el armario de las ollas, que estaba todo volcado. — Prepáramelo.

— Está bien.

Me arrodillé y volví a hacer el trabajo de organización. Nuestra forma de mostrarnos afecto era así, uno contradiciendo al otro y pidiendo hacer algo. A veces echaba de menos un achuchón o un abrazo, no recordaba la última vez que había sentido unos brazos a mi alrededor durante más de dos segundos.

— ¿Vas a salir? — preguntó, dejando la botella de café y el desgastado colador de tela.

— Sí, contigo. — Me levanté y cerré la puerta del armario, y ella frunció el ceño. — He arreglado todo lo que necesitaba, voy a ayudar en la cafetería.

— ¿Y la universidad?

— La próxima semana, mamá. He movido muchas cosas por aquí, es hora de compensarte. — Forcé una sonrisa y ella se quedó seria. Temía que me impidiera trabajar. No viviría de su dinero, necesitaba el mío propio.

— ¿Acaso renunciarías a tus sueños para ayudarme? La cafetería no salvará a nadie.

— Puedo arreglármelas, puedo arreglármelas. No puedo permitirme que me mantengáis tú y Gusttavo. Quiero tener mis propias cosas, sin tener que justificarme.

— ¿De qué hablaís? Si necesitas algo, he autorizado a tu hermano a dártelo. No te faltará de nada, Gabriella. — No sólo su rostro, sino también su tono se suavizó. No entendía su necesidad de darme tanto sin exigir nada a cambio.

— No era eso. — Abrí el armario de arriba y saqué el bote de azúcar para ponerlo en el café, que ella aún no había cogido. — ¿Te importa si te ayudo? ¿Está lleno de contratistas?

— De hecho, falta gente en la cocina. Tus manos son bienvenidas. — Estiró el brazo y me apretó los dedos, sonriendo, y yo le correspondí. — Pero prométeme que no faltarás a clase para trabajar.

— Sólo en caso de emergencia, mamá. Me emociona hablar y escuchar palabras.

— Siempre te gustó leer.

— Ajá. — La solté y fui a buscar los vasos para servirnos. Saqué el pan duro de la bolsa y fui a buscar un poco de margarina para comer.

— Estoy muy cansada—, murmuró la abuela. Cuando la miré, parecía estar hablando sola.

— ¿Para qué me necesitas en la cocina de la cafetería? — Me senté en la silla y ella empezó a colar el café.

— Hago la pasta y la congelo, me dura dos días. Pero hay algunas mezclas que hay que preparar en el día. Elisa lo hace todo mal, yo prefiero que sólo lo junte y lo hornee.

— ¡Vaya! ¿Sigue trabajando contigo?

— Sí —masculló en lugar de asentir, es decir, que prefería que no.

Recordaba a la mujer apacible y tranquila de la cocina. Al parecer, nunca pudo seguir el ritmo de la velocidad relámpago con la que la abuela preparaba las cosas.

Desayunamos hablando del menú de la cafetería y del resto del personal. No conocía a nadie del personal de servicio y mi hermano parecía ser un manitas.

No teníamos coche, así que salimos de casa y fuimos andando hasta la terminal, a tres manzanas. El autobús, que pasaba cada media hora, nos dejaba cerca de la cafetería y siempre iba lleno, ya que era un punto muy concurrido del centro. Echaba de menos el ajetreo, las miradas serias de la gente al ir a trabajar y el momento de reflexionar sobre mi lectura del día o mis planes para las próximas horas.

La abuela se quedó callada, fue la única que consiguió sentarse y yo me quedé a su lado. De vez en cuando su mano encontraba la mía apoyada en el respaldo del asiento delantero. No me importaba viajar en el autobús, me sentía libre de ir y venir de cualquier sitio, sin depender de nadie.

Tiré del cordón cuando llegamos a nuestra parada y sonreí ante el café más rosa y luminoso de la ciudad. Este era otro lugar que me hacía sentir como en un refugio. Si no fuera porque mis parientes trabajan allí, sin duda iría, solo para contemplar el momento.

Parejas, familias y amigos, el lugar era uno de los favoritos para las reuniones por las salas reservadas y el hermoso entorno para ser fotografiados.

Entré emocionada, el olor seguía siendo el mismo y se había mejorado parte de la decoración. Cualquiera que viera la elegancia y la organización de la Cafetería Allegra no podía imaginar lo que ocurría en la casa de la dueña.

— ¡Gabi! — Mi hermano se acercó con los brazos abiertos y yo corrí a rodearle el cuello con los míos. Olía diferente y los tatuajes de sus brazos y cuello parecían haber crecido. Llevaba el mismo corte de pelo, un moño desordenado y la nuca rapada.

Seguía pareciendo un chico malo y rebelde, pero se notaba que algo le pesaba en la espalda, estaba demasiado rígido.

Uno, dos, en el tercer segundo me soltó y frunció el ceño, como la abuela.

— ¿Qué haces aquí tan temprano?

— Ella me ayudará. Vamos, te enseñaré a limpiar antes de que me pongan otra multa. — Su orden implicaba tanto que la emoción de ver a mi único pariente cercano me desconcentró.

— No debes... — estaba listo para su sermón, aparentemente idéntico al de mi abuela. Me di la vuelta y asentí, y se calló.

— Mis clases no empiezan hasta la semana siguiente. Prometo ser más útil que hace cinco años.

Abrí la puerta que daba a la cocina, había una antesala con armarios y carteles con instrucciones sobre el uso de ropa desechable y material EPI. Vaya, habían cambiado muchas cosas, no me había dado cuenta de que se necesitaba tanta preparación, recordaba que lo único que había que hacer era ponerse una gorra y un delantal.

Vestida de abuela, fuimos a la cocina y llevé a cabo mi segunda pasión de toda la vida, cocinar.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 2

La hora pasó tan rápido que no me di cuenta. La pausa para comer había sido rápida, la abuela se fue a casa y me dejó con todas las actividades para el resto del día. No fue hasta que Elisa se despidió que el golpe de realidad me golpeó y mi cuerpo se quejó por haber hecho algo fuera de mi rutina.

Antes de terminar mis actividades, organicé todo, limpié las superficies, lavé el suelo y saqué los accesorios de mi ropa para ir al salón.

Con la música baja y las luces tenues, una camarera levantaba las sillas para la última limpieza del día. No cerrábamos demasiado tarde, a las diecinueve empezábamos la rutina de cierre, para que todo el mundo se fuera a las veinte.

— ¿Gusttavo? — Le llamé la atención; estaba muy concentrado mirando la pantalla de su móvil, sentado en el banco del cajero. Despertado de su trance, apartó el móvil y se quedó mirando el ordenador. — ¿Necesita ayuda?

— No, ya has hecho demasiado por hoy. — Volvió la cara hacia mí y sonrió, con el cansancio patente en su semblante y su postura. — Cerraré la caja, enjuagaré el suelo y me iré también.

— ¿Conduces tú? — pregunté, apoyando los antebrazos en el mostrador.

— Motocicleta. Si tuviera un transporte adecuado, os recogería a ti y a Allegra todos los días.

— Pero puedo montar en tu espalda.

— No tengo casco.

— Podría arreglarlo.

— He puesto más dinero en tu tarjeta de prepago, lo utilizan para el conductor de la aplicación cuando es demasiado tarde. No siempre tienes que coger el autobús.

Puse los ojos en blanco, porque su actitud autoritaria siempre me había molestado. Cuando era pequeña, no me defendía, por miedo o por necesidad de aceptación. Cinco años lejos me dieron una coraza emocional.

— No quiero tu dinero. Voy a trabajar en la cafetería, prefiero tener mi sueldo en mi

tarjeta. — Me puse seria y él me ignoró, leyendo algo en su ordenador. — Gusttavo, ¿me has oído?

— Sí, y no será posible.

— ¿A qué te refieres? — Me incliné hacia delante, tratando de imponerme. — ¡Hoy me he partido el culo!

— Porque yo quería. Allegra y yo estamos de acuerdo en que deberías centrarte en estudiar. Sé que será posible dar clases particulares después de seis meses en la universidad.

— ¿Y quién dice que quiero ser profesora? — Me di la vuelta porque no me estaba prestando atención y finalmente mi hermano se volvió para mirarme, cruzando los brazos delante de él. — Voy a estudiar, a trabajar y a ser una persona normal en la familia.

— ¿Qué familia? — Resopló y negó cuando fruncí el ceño, aquella pregunta irónica no le convenía. — No es posible registrar a nadie en este momento, el café atraviesa un momento crítico.

— Bueno, no necesito que me firmen el permiso de trabajo, ni siquiera lo tengo. La abuela necesita ayuda, y yo también. Una cosa lleva a la otra, no necesito millones, sólo un poco de dinero para mis cosas. — También crucé los brazos y me tapé la nariz.

— Te lo regalo.

— Porque crees que me lo gastaré en transporte y comida. No quiero conformarme con lo que hago, ni sentirme culpable por haber comprado un libro en lugar de lo que tenías previsto para mí.

— Hay muchos libros en PDF en Internet, todos gratuitos.

— ¡Es piratería! — Levanté los brazos. — ¿Crees que está bien robar el trabajo de otro?

— Al menos no soy la única víctima. — Se giró en su asiento y jugueteó con el ratón, una pantalla llena de números apareció en el monitor.

— ¿De qué estás hablando?

— Nada, Gabi. Puedes irte a descansar, yo me encargo del resto.

— ¿Puedo ir yo también, jefe? — La chica que estaba recogiendo las sillas apareció y mostró vergüenza al oírnos discutir.

— Por supuesto, Cecilia. Que descanses. — Odiaba que mi hermano suavizara la mirada

y cambiara el tono cuando hablaba con extraños. Conmigo, seguía con la misma postura autoritaria, como si fuera mi padre.

— ¡Gustavo! — gruñí, cuando la camarera se fue y nos quedamos solos. — ¿Vas a decirme qué pasa o vas a seguir tratándome como a un niña?

— Sigues siendo mi hermana pequeña. — Señaló la puerta principal. — Adiós, Gabi.

— Tú no eres mi jefe. — Miré a mi alrededor, me dirigí con paso firme hacia el lavadero y cogí el cubo, los productos de limpieza y la escobilla de goma. Volví con todo en brazos y puse mi mejor cara de desenfreno.

— ¿Qué estás haciendo?

— Mientras tú haces lo que necesites con el ordenador, yo limpiaré el suelo. Luego me llevarás a casa en tu moto, con o sin casco.

— ¡Mimada!

— ¡Mandón! — repliqué sacándole la lengua.

El recuerdo de nuestras peleas, que acababan con aquellos motes, me llenaba el pecho de nostalgia. Parecía que hubieran pasado mil años desde que ocurrió, no cinco.

Mientras limpiaba, disfrutaba de la música, bailaba y arrancaba algunas sonrisas a mi hermano. No dejaría de trabajar, pero también sería una trabajadora esclava, cambiando mi servicio por una casa y comida.

"Siento que ha llegado el momento

No tengo miedo porque la guerra es mi destino

Romper la barrera

Es mi área

No necesito la salvación

Yo soy el creador de las reglas".

Kyung Joon Kim, YNR — La guerra es mi destino

Más cansada que antes, cuando terminé el piso, Gusttavo apagó los aparatos, me ayudó a guardar mis cosas y no me llevó, llamó a un coche para que me llevara sin mi permiso.

Ni siquiera me despedí de él como era debido, era mi hermano y le quería, pero estaba actuando como una idiota. Nuestra diferencia de edad no ayudaba, mis dieciocho años estaban muy lejos de sus veintiocho.

Cuando llegué a casa, la abuela ya dormía y pude darme una ducha sin preocuparme de monopolizar el cuarto de baño. Me puse el pijama, me tiré en la cama y consulté los mensajes del móvil antes de ponerme a leer.

Sonreí cuando vi que Alecsandra me había enviado un extracto del libro que me encantó y lo había comentado, así que quería decirle que había aceptado su recomendación.

Alecsandra>> Es una pequeña zorra.

Gabi>> Sí, desde su primer encuentro en el pub. Me encanta que, en el libro, que tomó una mirada y se enamoró, incluso si él no lo admitió.

Alecsandra >> ¿Y la escena en su casa, cambiando la ducha?

Gabi>> Ningún director general haría eso. Puede ser, pero otro punto de este libro que me encanta es que el bueno es muy parecido a nosotros.

Alecsandra >> Alguien que conocimos en el centro comercial.

Gabi>> O en la librería. ¿Recuerdas al tipo guapo con traje y corbata?

Alecsandra >> Guapo, pero no es mi tipo. ¿Le conoces?

Gabi>> No, pero ya me lo he puesto de avatar para la próxima novela que voy a leer. Soñar no ofende a nadie, ¿verdad?

Alecsandra >> Tienes razón. Ahora me toca a mí señalarlo. Un matrimonio concertado dentro de la mafia. ¿Te gusta el tema?

Gabi>> No sólo me gusta, sino que será mi próxima lectura. Envíame el nombre.

Dejé mi lectura preestablecida para otro momento y acepté la opción de mi amigo literario. Intercambié algunos mensajes más, me di la vuelta en la cama y me perdí en un

universo paralelo con buenos protectores y jóvenes inocentes en peligro.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 3

Me tapé los ojos con la mano para bloquear el exceso de luz solar e hice una mueca: el primer día de clase no tenía nada de bueno. Fuera de mi bloque, mis nuevos compañeros pasaban a mi lado, siguiendo su propio destino mientras yo elegía lo que iba a hacer.

Podía ir a la biblioteca, pero no tenía ganas de estudiar; me conformaría con terminar el libro que había pasado la noche leyendo. Bostecé y empecé a caminar; si encontraba un rincón cómodo, utilizaría mi propio móvil para llevar a cabo mis planes.

Acabé en la parada y se acercaba el autobús que me llevaría a casa. Después de comer, iría a la cafetería y tendría unas horas para descansar antes del primer día de la doble jornada.

Estiré el brazo y llamé al transporte público, me vino una idea y me ilusioné con una nueva aventura antes de comer. Subí, encontré un asiento libre y abrí mi bolso para coger el móvil y los auriculares, ese día tendría una banda sonora que me acompañaría.

Balanceándome de un lado a otro, observaba los edificios y el movimiento de la calle mientras crecía la emoción de pasar unas horas en la librería.

"Estamos otra vez en la cima, ¿y ahora qué?

Pesado se pone la corona, pero

cuente con nosotros

Más alto que la montaña

Y estaremos aquí a largo plazo

Atrapado durante mucho

Los tenemos todos en uno"

Lunity, Nicki Taylor, Badministrator — Take Over

Cerca de donde iba a bajar, me levanté y tiré de la cuerda, poniéndome delante de la puerta para salir. En cuanto se detuvo, bajé de un salto los escalones y me dirigí a toda prisa a LeParole. Aquel día, la fachada de cristal parecía brillar aún más que la vez que había conocido a

Alecsandra.

— Hola—. Saludé a la recepcionista de la caja.

— Bienvenido. ¿Busca algo en concreto hoy? — Se dio la vuelta y se acercó, amable.

— ¿Es demasiado inconveniente que me siente en uno de los sillones de abajo a leer? — La miré con mala cara y se rió tranquilizadora.

— Por supuesto que no. Cuando quieras, ese entorno está disponible para cuando quieras leer o trabajar. Tenemos wi-fi gratuito y enchufes.

— Maravilloso. — Señalé el interior y ella asintió. — Voy para allá.

Ajusté la correa de mi bolso cruzado y miré los libros de las estanterías, solo para mantener el hábito de leer títulos e imaginar historias. Bajé los escalones y llegué a la zona de la cafetería, elegí uno de los sillones, me senté y consulté mi lectura actual en la aplicación del móvil.

Como pude concentrarme en mi lectura y olvidarme del mundo exterior, ni siquiera noté que alguien se acercaba. Cuando levanté la mirada del aparato, había un joven trajeado, sentado en una de las sillas de las mesas altas, sorbiendo algo muy oloroso de su taza.

Pelo pulcro y engominado, barba cuidada y rasgos juveniles. Para algunas personas podría ser demasiado mayor, pero con un hermano diez años mayor, yo sentía que se acercaba a mi realidad.

Su mirada estaba lejos, hacia el jardín del patio trasero de aquel piso. Debía de estar admirándolo demasiado, porque parpadeó largo rato y volvió la cabeza en mi dirección, pareciendo saber que lo miraba fijamente.

— Buenos días—. Saludó, pulido y con un tono que llamaría la atención en cualquier parte. Firme y ronco, no solo tocó mis tímpanos, sino cada parte expuesta de mi cuerpo.

— Hola. — Sentí que se me encendían las mejillas, bajé la mirada, pero no pude volver a leerlo. Volví a mirarlo, y mantenía la misma posición y expresión facial.

¿De qué podría hablar? ¿Cómo iba a entablar una conversación? Por el amor de Dios, ¡me vio peleándome por un personaje de ficción! Debió pensar que estaba loca, que no era alguien con quien valiera la pena flirtear.

— ¿Qué tal el sillón? — Levantó la taza y dio un sorbo a su bebida caliente, el humo me dejó hipnotizada, o era que sus labios tocaban el borde con tanta intensidad.

— Sí. — Levanté el móvil e intenté sonreír, pero me salió una mueca. — He traído mi propio libro, el dueño de la librería debe pensar que soy un zoquete.

— Tienes razón, a la antigua propietaria no le gustaba mucho la vida social ni los libros románticos contemporáneos. — Volvió a mirar al jardín y sonrió. — Siempre se quejaba de que los libros de fantasía no me llevarían a ninguna parte.

— Siempre se quejan de lo que leemos. — Yo pongo los ojos en blanco. — Si es demasiado culto, si es clásico, si está de moda... cada uno tiene sus aficiones, ¿no?

— Estoy de acuerdo. — Ha terminado su bebida. — ¿Te traigo un café?

— Como te he dicho, hoy está un poco espinoso. — Me mordí el labio, avergonzada, y él se levantó.

— Por cierto, soy Andrey. — Se acercó y le tendió la mano en señal de saludo.

— Gabriella. — Apreté suavemente y el calor de su palma hizo que la mía hormigueara. — ¿Cuál es tu libro de fantasía favorito?

— Te vas a reír. — Lo soltó y se dirigió a su escritorio, recogiendo su taza y llevándola al mostrador de la pequeña cafetería. — ¿Seguro que no quieres nada? ¿Ni siquiera un agua?

— Moderación en el gasto. Sólo soy una pobre estudiante universitaria.

Se rió y le seguí la corriente, porque el adolescente que había en mí me llenaba el pecho de orgullo por haber dejado de ser un estudiante de instituto. Había dado un paso más, estaba a nivel universitario y me sentía orgullosa de ese logro.

— ¿También cuentas monedas y compartes refrescos con tus amigos? — preguntó divertido desde lejos.

— Todavía no, hoy sólo ha sido el primer día. Pero cuento con este tipo de aventuras. — Había abandonado el móvil porque me interesaba más hablar con aquel hombre que leer mi libro.

Volvió con una botella de agua y un vaso desechable. Me lo ofreció y estuve a punto de rechazarlo, pero se sentó en el sillón de al lado y me sirvió la bebida. Acercó la boca al pitorro y extendió el brazo hacia mí, mostrando que no aceptaría mi negativa.

— Gracias —. Murmuré, tocando de nuevo sus dedos y sintiendo ese calor diferente.

— ¿Qué universidad? — Dobló la pierna y apoyó los brazos en el respaldo. Su cabeza estaba ligeramente inclinada en mi dirección y su mirada era perezosa, como si se hiciera cargo

de la situación, recordándome a todos los universitarios literarios de los que solía estar enamorada, pero este llevaba traje.

— Letras. ¿Y tú?

— Administración, pero ya me he licenciado.

— Genial. ¿Y cuál es tu rutina? — Bebí un sorbo de agua y sentí que me escocían las mejillas por la sonrisa tonta que llevaba un rato esbozando. — Quiero decir, ¿qué haces estos días?

— Huyo de las reuniones con los amigos de mi padre y soy la pareja de baile de sus esposas en los actos sociales.

— Eso suena muy de época.

— Nada de matrimonio de conveniencia por el momento. — Enarcó una ceja. — Sólo encuentros furtivos en la discoteca. ¿Vas a algún bar o discoteca?

— Acabo de llegar, parece que no conozco nada más aquí. — Me asusté por dentro, porque su pregunta me hizo sentir que quería invitarme a algo, pero no debía aceptar de inmediato. Andrey era un desconocido y su traje y corbata no debían darme confianza. — Y yo soy un ratón de biblioteca. Hay pocas cosas que me hagan cambiarlos.

— Entonces me sentiré privilegiado porque estás hablando conmigo y no mirando el móvil. — Dio un sorbo a su agua, mirándome fijamente, y me sentí aún más avergonzada. Sí, me había llamado la atención y no sabía cómo flirtear con él.

Aproveché para comprobar la hora y me levanté, dándome cuenta de que no podría llegar a casa e iría directamente a la cafetería.

— Maldita sea, he perdido el tiempo.

— ¿Te vas? — Él también se levantó, su excitación se desvanecía.

— Sí. — Me acomodé el pelo detrás de la oreja y él se paró frente a mí, muy cerca y oliendo bien. — Nos vemos, Andrey.

— Espero volver a verte.

Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente, antes de que pudiera interrumpir aquel momento lleno de expectación. Recogí mi bolso, di un paso atrás y me dirigí a las escaleras, subiendo rápidamente, de lo contrario actuaría como una enamorada y me quedaría mirándole

desde lejos.

— Adiós. — Me despedí del empleado, me apresuré hacia la parada del autobús y finalmente suspiré.

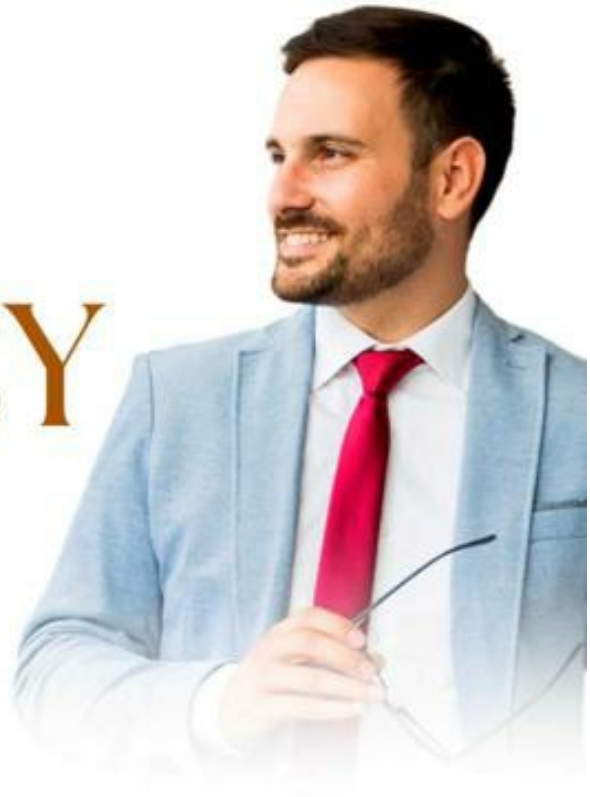
¡Caray! ¿De verdad volvería a encontrarme con él? Era una gran ciudad y aquella librería no se adaptaba a un ejecutivo como Andrey.

El nombre me sonaba, pero no me venía nada a la cabeza aparte de su sonrisa... su sonrisa mojabragas, como decían las lectoras picantes sobre los hombres sexys y deseables.

Esperé un rato y subí al autobús, rumbo al trabajo, que se estaba convirtiendo más en una carga que en una diversión. Gusttavo seguía mostrándose reacio a tratarme como a un empleado y darme un sueldo, pero yo no me rendiría... tampoco dejaría de desempeñar mi papel en la familia.

Mamá, papá... Rara vez pensaba en ellos, ya que nunca los tuve, pero la sensación de estar a la deriva me hacía querer buscar su origen.

ANDREY BIANCHI



Capítulo 4

Apoyé los antebrazos en la barandilla del entresuelo y exhalé bruscamente, aburrido. La vista de aquella elegante fiesta llena de gente importante ya no era la misma, todo me recordaba a aquella chica tímida y vivaracha de la librería. Alguien a quien nunca podría tener.

Otras veces, disfrutaba de los bailes y las conversaciones con hombres de negocios, siempre iba un paso por delante de la gente de mi edad. Disfrutaba sintiéndome mayor y más maduro, negociaba como un hombre experimentado de cuarenta y cinco años.

"I stumbled out

Por un camino lleno de huesos rotos

¿En qué estaba pensando?

Me rendí y me zambullí

Pesado con mil piedras como esta

¿Por qué no me hundo?"

Barbie Sailers — Respira

Ni siquiera la música me sacaba de aquel estado letárgico. Debería tomarme una copa y armarme de valor para interactuar, mis padres notarían mi ausencia. Pero tenía la intención de permanecer oculto todo el tiempo que pudiera, con la esperanza de que se me ocurriera una idea brillante.

En mi adolescencia, pude vivir como cualquier otro chaval, rodeado de excitación y comportamientos irreflexivos. En plena carrera de empresariales, la realidad me cayó encima en forma de mujer en lencería. Ya no era virgen, pero a mi padre le pareció bien que me iniciara como a todos los demás en su círculo de amigos y de trabajo.

Presidente del Grupo Bianchi, que constituía sociedades y gestionaba urbanizaciones, mi padre era uno de los hombres más ricos de la ciudad. Sólo fui consciente de cuánto dinero había en cada transacción cuando aprendí a analizar los contratos que se habían hecho.

El Sr. Franscisco Bianchi era respetado y su imagen era la de un hombre de familia. Pero entre bastidores, el mismo que yo había seguido desde muy joven, no era más que un hombre arrogante que destilaba poder allá donde iba.

No puedo negar que me encantaba estar en la cima. Tenía todo lo que quería, trabajaba y me divertía a partes iguales. Hasta hace unos días, no creía que nada pudiera desviar mi atención de ser un digno sucesor de mi padre.

Esa mirada juvenil y familiar me desestabilizó desde que fui testigo de su pasión cuando se peleó con la otra chica por un personaje. Me trajo recuerdos enterrados de horas pasadas leyendo libros y noches en vela con amigos jugando a juegos de rol. Era feliz, soñaba y tenía planes que eran sólo míos.

Lo abandoné todo cuando me enfrenté a la lujuria, el orgullo y el poder. Un golpe de conciencia me dio la sacudida que necesitaba para revisar todo lo que estaba haciendo y la dirección que iba a tomar mi vida.

— ¡Andrey! — Mi padre me había descubierto. Cerré los ojos brevemente y me di la vuelta, esbozando una falsa sonrisa. — ¿Qué haces aquí?

Con un vaso de whisky en la mano y una mirada regañona, se acercó a mí como si fuera a darme un sermón. No debía comportarme como un niño asustado que huía de sus responsabilidades.

Para él, el acontecimiento era especialmente importante para encontrar nuevas oportunidades de negocio. No sólo del lado oficial, que todo el mundo conocía por el Grupo Bianchi, sino también del club de entretenimiento para adultos, que despertó aún más interés.

— Me distraje. — Me encogí de hombros y me hice el desentendido cuando se paró delante de mí y no me dejó ir. Él quería una explicación mejor, yo tomaría la línea más descarada. — Quería disfrutar de un rapidito antes de charlar con todo el mundo, pero mi cita debió de tomar un rumbo equivocado.

— Este no es lugar para putas, Andrey. — Me acercó el vaso de whisky y bebí un sorbo para complacerle. — Y no hay necesidad de mentir. Sé que oíste mi conversación con tu madre, no era lo que tenía pensado para tu futuro, pero a la larga, garantizará nuestra jubilación. Nunca más trabajar, sólo viajar y disfrutar de hermosas playas y montañas.

— Aún no estoy seguro de lo que pienso, no he tenido tiempo de procesarlo. — El secreto para dominar una conversación era inducir a quien la dirigía a ir en la dirección que yo quería. No había escuchado la conversación y por el tono irritado de mi padre, realmente no me

gustaba lo que habían planeado para mi futuro.

— Sabes que así fue con tu madre. Y nunca le he ocultado nada, nuestra relación es un negocio exitoso.

Tragué saliva, porque esa afirmación tenía mucho a su favor. Mis padres se casaron por un acuerdo entre mis abuelos. Mi madre estaba embarazada de mí, mi padre biológico era algún viajero y Francisco Bianchi me tomó como suyo a cambio de poder.

A pesar de su trato frío e impersonal, nunca me trató menos de lo que yo pensaba que trataría a un hijo de sangre. También descubrí que padecía una enfermedad irreversible de producción de esperma, lo que significaba que todos salíamos beneficiados.

No recordaba si mis padres se habían permitido amar alguna vez. Pero hicieron que el matrimonio funcionara, siendo amigos entre ellos, mis padres y cada uno con sus propias aventuras extramatrimoniales.

Hace mucho tiempo que dejé de creer en las relaciones. Nunca busqué una novia ni amistades duraderas, porque sabía que sólo durarían si se firmaba un contrato.

Entonces apareció Gabriella y yo no sabía lo que quería, sólo hablar un poco más. Tal vez averiguar por qué me resultaba tan familiar y despertaba tantas emociones en mí.

— Papá, prefiero que decidas algo sobre mí, conmigo presente.

— Fue inesperado y tú no estabas en el trabajo ese día. Te dije que te olvidaras de esa librería, no es más que una pérdida.

— A la abuela le gustaba.

— Eres demasiado nostálgico. Los viejos mueren, Andrey. Como yo dentro de unos años. Pero antes de eso, quiero disfrutar mucho, solo y contigo. — Me puso la mano en la nuca y sonrió, con esa manera de dictar las reglas del mundo. — Nada cambiará en tu vida, es sólo un matrimonio de conveniencia.

— Matrimonio—. Repetí, temeroso de la dirección de mis pensamientos.

— No es la joven más hermosa, pero como te dije, nos proveerá para nuestra jubilación. La fidelidad no está en el contrato.

Eso es porque le había comentado a Gabriella que los matrimonios concertados no formaban parte de mi realidad. De acuerdo, era sólo un negocio, pero yo tenía otros planes en ese momento.

— Papá...

— ¡Venga! — Tiró de mí con fuerza y caminé a su lado, molesto. — Voy a presentarte a la familia de tu pretendiente, son dueños de medio pueblo de Acoliseu. Háblalo, analízalo y luego me dices lo que piensas. Ya sabes que la última palabra siempre la tienes tú.

Porque era un manipulador nato y siempre se salía con la suya. Cuando salimos del entresuelo y llegamos al salón de baile, con todos los invitados de la elegante fiesta, con mucha música, alcohol caro y comida diminuta, una idea se formó en mi mente.

Podría funcionar. Desde luego, tenía muchos indicios de que sería una mierda, pero nunca conocería la realidad si no lo intentaba.

Nos acercamos a un grupo de personas, me quedé mirando a la mujer más joven del círculo y deduje que era la víctima. Por la mirada desesperada de sus ojos y sus mejillas enrojecidas, no sólo estaba en desacuerdo, sino que tenía todos los signos de estar fuera de su entorno natural.

Al lado de mi padre, me uní a él en la conversación, riendo y compartiendo historias sobre su vida personal y profesional. Intenté no intimidar a la joven que había sido colocada como moneda de cambio en un contrato comercial, pero cada vez que dominaba la conversación, ella se encogía.

Mi madre apareció más tarde, sonriendo demasiado para alguien que llegaba tarde a una cita. Me apartó, rodeó mi brazo con el suyo y caminamos entre la gente y las mesas, sin rumbo aparente.

— ¿Te lo ha dicho tu padre? — preguntó, disimulando el enfado en su tono.

— Más o menos. Sigo buscando la necesidad de todo esto, la chica tiene la belleza y la capacidad de conseguir cualquier pretendiente.

— Si le gustaran los hombres. — Me miró con una ceja levantada y comprendí muchas cosas. — Una familia tradicional, vinculada a un grupo religioso y llena de prejuicios. Lo odio, pero creo que tenerte cerca le dará la libertad que ansía. — Dejó de caminar y se paró frente a mí. — Han hecho una oferta y la aceptaremos, si no tienes a otra persona en tu corazón. Tampoco voy a impedir que encuentres el amor, aunque creo que tu padre piensa lo contrario.

— Tengo a alguien —. Dije impulsivamente, sin sonreír. — No cierres nada ahora, necesito unos días.

— Bien, pero date prisa. — Volvió a mi lado y caminamos, sin decir una palabra más. Y

no me hizo falta, porque estaba apostando fuerte en un negocio que no sabía en qué dirección me llevaría.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 5

Bostecé antes de conseguir taparme la boca con la mano y ocultar mi cansancio. La abuela había estado enferma por la noche. Cuando volví de la universidad, me quedé cuidándola, aunque me decía que me fuera a dormir cada cinco minutos.

Febril y tosiendo, sentía que iba a escupir los pulmones de lo mal que le había sentado el resfriado. Ni siquiera debería haber ido a trabajar esa mañana, pero se puso una mascarilla e hizo lo que quiso, al fin y al cabo, era la dueña.

Acabé yendo a la universidad más preocupado que el sueño. Por mucho que copiaba el material en mi cuaderno, mi mente estaba alejada de muchas cosas. Mi molesto hermano no me hablaba y estaba claro que había un problema en la cafetería y en su vida. Tratada como una niña, pero que ayudaba mucho en la cocina, intenté encontrar la manera de descubrir el misterio sin causar conflictos.

En realidad, pensaba encontrar mi propio rincón, obtener ingresos y vivir mi vida. Ya era mayor de edad, estaba en la universidad y podía permitirme mi futuro. Por mucho que hubiera sobrevivido a la tía Carmelita durante cinco años, aquellas pocas semanas con mi abuela y mi hermano me estaban desestabilizando.

Me encantaban y eran la única referencia familiar que tenía. Me acostumbré a la soledad, los libros siempre me hicieron más compañía que las personas.

— Dejo una lista de libros sobre el sistema como referencia. Te recomiendo que los leas todos para poder presentarte al examen de esta asignatura. — Con esto, el profesor dio por terminada la clase y se dirigió a su pupitre, bajo protesta porque tenía mucho que leer. — Te has equivocado de curso si no te gusta leer. Aún estás a tiempo de hacer otro examen de ingreso y cambiar de asignatura, sólo estamos en el primer semestre.

Abrí la boca de asombro y me desperté, completamente, por esa afirmación sin filtro. Efectivamente, cuando la gente decía que los profesores en la universidad no eran tan amables como en el instituto, no era mentira.

Me encantaba leer, pero ¿era el curso que me ayudaría a tener un futuro por mi cuenta?

Con varias reflexiones filosóficas, terminé de tomar notas en mi cuaderno, lo guardé todo y mi teléfono móvil vibró en mi bolso. Antes de echármelo al hombro, contesté la llamada y me pareció extraño que mi hermano llamara a esas horas.

— Gabi, ¿estás en clase?

— Buenos días a ti también —gruñí y salí del aula-. — Mi clase ya ha terminado. Voy a comer al restaurante de la universidad y luego a la cafetería.

— Hoy no abriremos, ha reventado una tubería en la cocina y es un desastre. Vamos a organizarlo todo mientras el fontanero arregla esta mierda.

— ¿A qué te refieres? ¿Qué ha pasado? ¿Qué pasa con la abuela?

— Allegra está en casa, no debería haber venido con esa tos. Se mojó toda y casi resbala, testaruda.

— Nadie puede convencerla de hacer nada que no quiera. Tiene fiebre y no quiere ir a urgencias.

— Y no lo hará. A su edad, todo es motivo para hospitalizarla y yo no tengo ni el dinero ni las condiciones para hacer de carabina. Es sólo una tos.

— Por el amor de Dios, Gusttavo, ¿puedes oírte?

— ¡Joder! — Exhaló bruscamente y me lo imaginé con su habitual ceño fruncido, estresado y diciendo tonterías. — Ya me entiendes. Te pondré dinero extra en la tarjeta por si necesitas un chófer que te lleve al centro de salud del barrio.

— Gusttavo, ya hemos hablado de esto, yo sólo quiero mi sueldo. Puedo ayudar en casa y en otras cosas, no necesito una limosna. —Dejé que mi enfado se desbordara en mi tono.

— Es lo único que puedo ofrecerte en este momento, Gabriella.

— Tú no eras así.

— Las cosas cambian, y las personas también.

Me quedé sin habla y me di cuenta de que llevaba mucho tiempo callada. Miré la pantalla del móvil y mi irritación creció, se había apagado delante de mis narices.

¡Idiota! Si hubiera sabido que en menos de un mes me perdería en un lugar que era una cárcel para mí, habría buscado una segunda opción para el futuro. ¿Y qué iba a hacer aparte de ir a la universidad?

Guardé el aparato y me apresuré a cruzar el colegio en dirección a la parada de autobús. Resoplando como un toro furioso, encontré una alternativa a mi conflictiva situación. La distancia.

Lo mejor era hacer un currículum, conseguir un trabajo decente y pagar mis facturas. Intercambiar mensajes con Gusttavo era más afectuoso que formar parte de su rutina diaria en la cafetería.

Y otra cosa que me irritaba era su amabilidad con los clientes. Conmigo eran pedidos y omisiones, para los que pagaban el café, un croissant de chocolate.

Tenía hambre, pero estaba más disgustada. Subí al autobús, me puse los auriculares y abrí el pequeño paquete de galletas que siempre llevaba para emergencias.

"Puedes ser retorcido, pero aún optimista

Ser la oveja negra, pero no una estadística

Puede que no sepas quién eres

Pero sabes lo que tienes

Entonces espera el absurdo

Oye, ¿te has enterado?

La esperanza no es una palabra de cuatro letras"

ShineDown — Esperanza

Como no tenía trabajo y la abuela no aceptaba mi ayuda, me iba a LeParole, leía un libro y me olvidaba de que mi vida era una gran maraña de incertidumbres y decisiones ajenas.

¿Sería diferente mi vida si descubriera quiénes eran mis padres? Pasar tanto tiempo aceptando mi condición de huérfana, criada por mi abuela, no hizo sino avivar lo insatisfecha que me sentiría hasta que revelara todos los secretos familiares.

Admiré la ciudad desde la ventanilla y me levanté cuando se acercaba la parada de la librería. Bajé del autobús con el mismo mal humor con el que había subido, me costaba sonreír incluso a la amable dependienta.

Sintiéndome como en casa, bajé la escalera con sus peldaños llenos de baches, me acomodé en el mismo sillón y miré a mi alrededor en busca de algo. Aunque apareciera el apuesto hombre del traje, yo estaba demasiado amargada para interactuar.

Mi mirada estaba fija en uno de los lomos, "O Cortiço" de Aluísio de Azevedo era uno de los clásicos que siempre me intrigaban. Con tantas historias, secretos y revelaciones, el personaje que tenía mi corazón era Rita Baiana, que siempre estaba bailando e hipnotizando a todos los que la miraban. Segura de sí misma y dueña de su destino, superó el juicio de los demás a pesar de la época en que vivía y de la sociedad.

¿Y qué estaba haciendo yo para tomar las riendas de mi destino?

Parpadeé varias veces cuando unos pasos resonaron y me sacaron de mi trance. En cuanto identifiqué los zapatos bien lustrados y los pantalones de vestir, mi corazón se aceleró al llegar a la cabeza del recién llegado e identificar que se trataba de Andrey.

— ¡A ti! — soltó, jadeante y excitado. Mi cara de consternación debió de sobresaltarle, porque abrió y cerró la boca, y luego miró a su alrededor con torpeza. — Hola, ¿qué tal?

— Hola. — Dejé escapar una risa nerviosa y me levanté, dejando el bolso en el sillón. — Perdón por mi cara de mala leche, tengo la cabeza llena.

— ¿Has comido?

— No y sí. — Me detuve frente a él y levanté la cabeza para mirarle. — ¿Y tú?

— Ahora. — Se rascó la nuca y me miró. Esa mirada decía que quería algo, pero no sabía cómo expresarlo. — ¿Cómo que no y sí?

— No almorcé, pero comí algo para engañar a mi estómago.

— Hay un misto caliente muy sabroso aquí en la cafetería.

— No creo que...

— Yo invito. — Se puso la mano en el pecho y no me dejó replicar. — Insisto, por favor.

— Pero ya has almorzado.

— Voy a tomar un café y podemos hablar fuera, ¿qué te parece? — Señaló la pared de cristal que indicaba al jardín. — Abajo hay una zona cubierta.

— ¿Tienes otra? — Miré la escalera, la parte superior, luego el otro lado. — Vaya, este sitio es precioso. — Volví a mirarlo. — ¿Vienes siempre a la librería?

— Más o menos. Creo que he aumentado la frecuencia de mis visitas desde que te conocí.

— Sentí que se me encendían las mejillas y aparté la mirada.

— Elige un lugar, haré los pedidos y los llevaré allí.

— Está bien.

Se me aceleró el corazón, me acerqué al sillón, cogí mi bolso y me encontré con la puerta de cristal que no tuve más remedio que arrastrar para abrirla: estaba en otra habitación, en la misma librería.

Caminé por el sendero y me sorprendió ver un gran cobertizo de madera, abierto y lleno de mesas. Parecía una sala de fiestas, con una gran escalera que subía a la parte llana.

No podía explicarlo, pero imaginaba que una boda en aquel lugar sería perfecta para una fanática de los libros como yo. Diablos, ni siquiera había besado a Andrey y ya estaba soñando despierta.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 6

Mi pie se tambaleaba sin parar hasta que Andrey apareció en mi campo de visión, con un plato en una mano y dos tazas en la otra. Nunca imaginé que un hombre como él pudiera interesarse por una estudiante como yo, creía que solo ocurría en los libros.

Al menos algo que me calentara el corazón y me sacara de la espiral descendente en la que me encontraba. En ese momento, sonreía como una tonta enamorada y esperaba con todas mis fuerzas que los avances de este joven empresario tuvieran todo que ver conmigo y no solo una amistad.

— A mí particularmente me encanta este café. —Tome un sorbo. Colocó mi pedido delante de mí y se sentó, girando la silla para mirarme en diagonal.

Agarré el asa de la taza y soplé en el borde, sin apartar los ojos de él. Su sonrisa era cautivadora y la pequeña barba de su cara me daba ganas de pasarle la mano por encima solo para que me hiciera cosquillas en la palma.

Probé el café y gemí, asintiendo con la cabeza mientras cambiaba la bebida por un bocado del cruasán.

— Muy bueno. Tiene un ligero toque de canela y castaña.

— ¿Y lo has descubierto con un sorbo? — preguntó, tomando otro sorbo y mirando al techo, probablemente buscando los sabores.

— Me he metido mucho en la cocina y siempre aprendo algo nuevo. No es algo que quiera hacer toda mi vida, pero tengo un don, lo confieso. — Mordisqueé un trozo y también hice un sonido de aprobación. — Está bueno también.

— ¿Has encontrado hoy algún libro interesante para leer dentro? — Movió la cabeza para indicar la casa que teníamos detrás.

Los pájaros cantaban y yo buscaba la dirección, en un árbol cercano debía haber un nido. Sonreí, quería estar en ese lugar más a menudo, me ayudaría a sentirme bien.

— No leí nada, estaba demasiado distraída. — Suspiré, encontrando en aquel hombre educado a alguien con quien desahogarme. — La abuela está enferma, pero no se cuida como es debido. Y mi hermano oculta algo y no me incluye en nada. Me dicen que estudie, que me ocupe de mi vida y que pase todo mi tiempo libre leyendo. No quiero depender del dinero de bolsillo,

nunca he rehuido a trabajar y hacer lo necesario.

— Pero son tu familia y quieres ayudar.

— Pensé que era la única que se sentía así. — El consuelo de su mano en mi espalda en una caricia amistosa fue recibido como un toque que iba más allá. Mis mejillas se calentaron y los pelos de mi brazo se erizaron. — Gracias.

— Quizá yo tenga el mismo problema, pero de otra manera. — Señaló con el pulgar la librería. — La dueña de aquel lugar era mi abuela. Más o menos, yo la veía como una abuela, pero ella se empeñaba en recalcar que yo no era más que un joven irresponsable que se juntaba con alborotadores.

— Parecía poco comprensiva.

— Sólo amargado, la vida puede hacerte así. — Se encogió de hombros. — Era la madre de mi padre, no somos parientes de sangre.

— ¡Ah! — Sonreí con simpatía, porque yo tenía la misma situación en casa. — ¿Podría ser que nos hubieran separado en la maternidad?

— Creo que eres mucho más joven que yo, no hay manera.

— Lo sé, sólo era un comentario para decir que yo también soy adoptada, en cierto modo. La abuela nos crió a mi hermano y a mí, no sé quiénes son mis padres y nunca se me ocurrió buscar. Hasta estos días, por tantos conflictos y la sensación de impotencia.

— Así es. — Dio un sorbo a su café y miró al frente, perdido. — Tengo muchas obligaciones con mis padres. Después de graduarme, me metí en muchos conflictos hasta que acepté mi camino y disfruté de muchos momentos increíbles. — Me miró fijamente, misterioso. — Debe de ser la fase universitaria. El requisito es tener muchos problemas.

— Me siento como en un videojuego.

— O en un libro de fantasía, con muchas batallas y enfrentamientos. Mientras aceptemos la orden de arriba, todo fluye bien. En cuanto nos rebelamos y decidimos hacer algo diferente, todo se convierte en un largo viaje.

— Quiero llegar al clímax y sentir calor en el corazón en el epílogo. — Comí más del croissant y él se rió, dándome una idea. — Sé que es un tópico y que acabamos de conocernos, pero si puedo ayudarte... — Frunció el ceño. — Así que... quiero decir... ya que nadie me deja hacer nada más que lo básico en casa, ofreceré mis servicios a alguien de fuera. Pues eso.

— ¿Ayudarme? — Me miró incrédulo y empecé a avergonzarme.

— Olvídalo, fue impulsivo. ¿Qué puede hacer por ti una lectora voraz y estudiosa de la literatura aparte de señalarte buenos libros y erratas? — Agacho la cabeza y me centro en comer. — ¿Qué películas te gustan ver?

— No cambies de tema. — Sus dedos me tocaron la barbilla y me hicieron levantar la cabeza. Masticando, intenté no ahogarme con la intensidad de su mirada y la calidez de su tacto sobre mí. — ¿Quieres ayudarme?

— Si puedo. — Tragué la comida y la sentí como un ladrillo en la garganta. Cogí la taza de café y bebí un sorbo. Para ayudar, se apartó un poco, parecía demasiado interesado en lo que le ofrecía.

— Me gustaría que me ayudaras.

— Está bien.

— Pero no quiero presionarte. Digamos que... sería una experiencia diferente. Como en tus libros románticos calientes.

— ¿Vas a introducirme en la habitación roja del dolor? — Me llevo las manos a la cara para ocultar mi vergüenza. — Dios mío, detén el suspense o empezaré a pensar tonterías y lo negaré.

— No sé cuál sería esa habitación, pero podemos arreglarlo. — Apartó una de mis manos de su cara y la sostuvo con cariño. — Gabriella.

— Bien, Andrey.

— Gabi. Gabi es más íntimo, lo necesitaremos.

— ¿También tengo que ponerte un apodo?

— En el colegio me llamaban Dezão.

— No lo sé. — De hecho, ese apodo me recuerda algo, pero no pude acceder al recuerdo.

— De todos modos, los hombres no se preocupan por estas etapas, nuestra motivación es diferente. Gabi, ¿quieres casarte conmigo?

Debí de dejar de respirar unos segundos, porque me apretó suavemente los dedos y aspiré profundamente. Se rió y pareció desconcertado, pero no me soltó ni añadió nada a aquella petición totalmente inesperada.

Ni siquiera nos conocíamos bien.

— Pensé que nunca en mi vida haría esta petición, pero aquí estoy, nerviosa por la respuesta. — Buscó mi otra mano y la apretó. — Será falso, un matrimonio concertado para no tener que lidiar con los planes de futuro que mis padres tienen para mí. Tengo otras metas.

— Dijiste que no tenías eso en tu historia.

— Sí, lo hice. — Se mordió el labio y respiró hondo, aún estaba en shock. — Me ayudarías diciendo que sí a la petición. Así podría conocerte un poco más mientras mis padres se me quitan de encima. No será real, no tendremos que firmar nada ni cambiar nuestra rutina. Será una etapa antes de salir.

— Pero con un anillo de compromiso en mi dedo.

— Buena observación, tengo que conseguir uno. — Me soltó las manos y cogió su móvil. — ¿Qué más?

— ¡Andrey!

— ¿Sí? — Me miró de nuevo y todo lo que pude ver fue una disculpa. — ¿Arruiné todo? Mierda, lo siento. Estás llena de problemas, yo también, sólo pensé...

— Una propuesta de matrimonio a la mujer que acabas de conocer no te asustaría. ¿Verdad? — Antes de que pudiera hablar, continué: — Leo libros, muchos, pero no quiero vivir todas las tramas de los que me he enamorado. Sí... Ni siquiera sé qué decir. Andrey, ni siquiera nos besamos.

— No lo hagas. — Dejó el móvil sobre la mesa, puso una de sus manos en mi nuca y me hizo levantarme al mismo tiempo que él. — He querido besarte desde la primera vez que te vi.

Parpadeé, atónita, pero también permitiendo que los intensos labios de mi futuro marido mentiroso alcanzaran los míos. Dios mío, estaba diciendo que sí.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 7

Sus labios cálidos y suaves presionaban y su lengua pedía ir más allá del tacto. Abrí la boca y me relajé en su abrazo, la mano en mi nuca permanecía firme mientras la otra presionaba mi espalda baja para que mi cuerpo quedara pegado al suyo. El olor, una mezcla de café, perfume masculino y algo especial que provenía de él, completaba la maravillosa experiencia de ser besada por el trajeado que me había pedido matrimonio.

En contra de todos los argumentos obvios que deberían haberme hecho retroceder, iba a aceptar por los sentimientos que Andrey despertaba en mí. Curiosidad, pasión, euforia y miedo, todo a la vez, tirando mi lado racional a la papelera.

¿Qué tenía que perder?

Andrey inclinó la cabeza, hundió su lengua en la mía, saboreándola y animándome, recordándome lo mucho que me gustaban las escenas del primer beso en las novelas que leía.

Puse mis manos sobre sus hombros y las deslicé hacia abajo hasta tocar el pelo corto de su nuca, haciéndome cosquillas en las yemas de los dedos. Respondí con más interés, aprendiendo nuevos movimientos con él, abriendo y cerrando la boca, apretando cuando me presionaba, para responder con estos gestos que me interesaba.

Su mano bajó hasta mi culo, suave y posesiva. Antes de que pudiera interrumpirle, lo hizo, mordiéndome el labio inferior y alisándome los hombros y los brazos, inflamándome aún más la piel.

Me retiré el labio con los dientes y lo toqué con la lengua, sintiéndolo sensible y lleno de sabor, no quería acabar tan pronto. Esperó lo suficiente para que levantara la mirada y me encontrara con la suya. Serio, pero sin perder su tono divertido, consiguió infiltrarse aún más en mis pensamientos.

— ¿Eso es un sí? — Enarcó una ceja, respirando como si acabara de correr una maratón.

— Depende. — Primero miré al suelo, en busca del valor para lanzarme de cabeza a esa propuesta. — La aceptaré, pero el matrimonio, creo que será mejor pensarlo después.

— Para mis padres y socios, eres mi prometida. — Su mano agarró la mía y frotó la base de mi dedo anular. — Un matrimonio falso, un noviazgo real.

— Un gran apodo para ti, novio. — Nos reímos, más relajados. — ¿Y ahora qué?

— Creo que podemos seguir besándonos. — Me atrajo hacia sí, más expansivamente, rodeándome la espalda con los brazos. Su cara se cernió sobre la mía y aproveché para tirar de los lados de su chaqueta y desabrocharla todo lo que pude. Quería sentir su cuerpo un poco más. — Vaya, ¿puedo?

Me puse de puntillas y le besé, él dobló mi cuerpo hacia atrás y se puso más salvaje, haciéndome sentir cada ondulación de su cuerpo, especialmente su excitadísima ingle.

Aunque le besaba lasciva y desinhibidamente, mis mejillas calientes mostraban lo lejos que estaba de mi zona de confort. Era lo máximo que había hecho con un chico de mi edad, Andrey era un hombre, joven y mucho más maduro de lo que yo estaba acostumbrada a tratar.

Bueno, mi hermano estaba al mismo nivel que él, pero no contaba y era un tema que no quería sacar en medio de mi intercambio con mi prometido. No quiero ni imaginarme lo que dirían él y la abuela de mi relación con alguien que sin duda está varias clases sociales por encima de mí.

La música sonaba a lo lejos y él gemía de frustración. Volvimos a ponernos en pie, y esta vez bajó la mano con más deseo y me apretó el trasero. Di un respingo, sobresaltada, y él rompió el beso, mirándome lleno de lujuria.

— Ojalá lo sintiera y me disculpara por ser tan atrevidp. Pero... la culpa es de esos pantalones tan ajustados. — Me guiñó un ojo y se marchó, y me tocó a mí quejarme de la interrupción.

La música volvió a sonar y él se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el móvil.

— ¿Bueno? — Respondió. Se alejó unos pasos, rompiendo por completo nuestra burbuja mágica. — Olvidé la reunión, tenía una urgencia en otra parte.

Volví a sentarme, con la razón lista para hacerme cargo, pero verle desde lejos, gesticulando y diciendo cosas que no podía procesar, me calentó el corazón.

Andrey no sólo era guapo, tenía confianza en sí mismo y me atraía en su conjunto. Lo poco que hablábamos también generaba una conexión, todo convergía para que empezáramos algo.

Y si algo no salía bien, había que dejarlo por hoy, ¿no? Nunca terminaba nada, a los chicos no les gustaba competir con mis libros y sería fácil apartar a Andrey si se ponía demasiado pesado.

Era una combinación perfecta, siempre teníamos un escalofrío en el estómago por el

secreto que guardábamos.

— ¡Gabi! — Me puso la mano en el hombro y me di cuenta de que volvía a sentarse a mi lado. — Tengo que irme, me he confundido de horario y me he perdido una reunión importante.

— Ah, sí, claro. — Pasé las manos por las solapas de su chaqueta y suspiré. — Eres un hombre de negocios, tienes que pensar en nuestro futuro, tenemos una boda que planear —forcé un tono bromista y acabamos riendo.

— Tu número de contacto.

— ¿Cómo? — Parpadeé varias veces mientras me tendía el celular.

— Guarda tu número. No quiero tener que ver las cámaras de seguridad de la librería para saber si has venido a LeParoli o no. Puedo llamarte, es más fácil.

— Por supuesto. — Sentí que se me calentaba la cara porque sus palabras decían mucho de él y de su interés por mí. Guardé mis datos de contacto y le añadí el apodo «Novio».

— Ya te llamaré. — Me dio un beso y se levantó, se alejó dos pasos y volvió para darme otro beso.

— O envíame un mensaje. Me gusta leer, es mi pasatiempo favorito. — Asentí mientras se alejaba riendo.

Se interesó por mi culo y yo me fijé en el suyo, los pantalones no ayudaban mucho. Estuve un buen rato mirando la librería, mi móvil vibró y lo cogí automáticamente, sintiéndome en las nubes.

Miré la pantalla, la desbloqueé y sonreí como un tonto, era un mensaje de un número desconocido, pero por el texto, sabía de quién era.

Desconocido>> Todavía no estoy satisfecho con tus besos, necesito más. ¿Puedo verte más tarde? Y no olvides guardar mis datos de contacto, novia.

Guardé su contacto con el corazón acelerado y a punto de saltárseme por la boca. Luego tecleé una respuesta, con las palmas de las manos sudorosas por la emoción.

Gabi>> Necesito llegar a casa y ver cómo van las cosas. No te precipites, podrías quemarte.

Novio>> ¿Eso significa que estás bien?

Gabi>> Todavía estoy bebiendo el café, es realmente delicioso. Gracias por el almuerzo.

Novio>> ¡Maldita sea, lo sabía! Necesitaba unos minutos más para que te hiciera efecto. No cometeré el mismo error.

Gabi>> Creo que todo ha ido muy bien. Ve a trabajar, hablaré contigo más tarde.

Novio>> Hablar contigo es más interesante. "¿Cuánto tiempo ha pasado desde que sucumbí a las emociones mundanas?"

Gabi>> ¿Es una cita?

Novio>> Qué absurdo, y todavía dice que es fan del libro. Con amor, Gabi. Esperando tu mensaje.

Mi mente estalló en busca del origen de aquella cita. ¿Cómo podía lanzarme una frase y luego atreverse a decir que era de mi libro favorito? Por Dios, yo era una lectora, tenía muchos favoritos.

Cerré los ojos y traté de buscar en mi mente: nada. Molesto —en el buen sentido—, recompuse mi mochila, recogí la vajilla y fui a la cantina a entregar lo que habíamos utilizado.

Miré a mi alrededor, suspiré apasionadamente y volví a saborear sus labios con la lengua. Quien dijo que no se podía encontrar el amor en una librería no había pisado nunca LeParoli.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 8

Mi sueño había sido turbulento, daba vueltas y vueltas en la cama, pensando en todos los acontecimientos del día. Mi hermano seguía excluyéndome de las acciones en la Cafetería Allegra y la abuela no tenía buen aspecto cuando llegué, pero intentó disimularlo diciendo que estaba preocupada.

Por no hablar de la insólita proposición en LeParoli. Acepté un noviazgo, que yo llamaría matrimonio, para ayudar a Andrey a salir de la vista de sus padres. Fue bonito, despistado, pero algo que hizo que se me acelerara el corazón, se me revolviera el estómago como si volaran mariposas dentro de mí y me sudaran las manos. Me sentía tan bien que ni siquiera me importaba —tanto— la opinión de los demás.

Seguro que mi hermano desaprobaría esa actitud e incluso me diría que estudiara. Por eso no quería seguir viviendo a su sombra, necesitaba mi independencia.

Miré la hora en el reloj y me levanté: era la una de la madrugada. Lo único que podía hacer en aquel momento era asegurarme de que la abuela estaba bien. Vestida con mi pijama de ositos, salí de mi habitación y bostezé antes de abrir la puerta de la otra habitación.

La abuela no estaba en la cama y se me aceleró el corazón. Retrocedí unos pasos, el cuarto de baño estaba vacío y la casa había permanecido en silencio desde que me acosté.

Con el corazón acelerado y un mal presentimiento en el pecho, corrí a la cocina y me arrodillé al ver su cuerpo en el suelo.

— ¡Abuela! — la llamé, fuerte y angustiada, sujetándole la cabeza. — Abuela, ¿estás bien?

Su gemido sólo alivió un tercio de mi preocupación: estaba viva, pero muy enferma. Le acaricié la cara, sentí la temperatura de su piel y se me llenaron los ojos de lágrimas, ya no era fiebre, hacía demasiado frío.

Me asusté durante unos segundos antes de que la acción encajara en mi mente. Volví a bajarle la cabeza, fui a mi habitación y llamé a Gusttavo. Nadie contestó, para mi consternación.

Nerviosa e incapaz de pensar con claridad, me dirigí al buscador para encontrar el número del servicio público de emergencias. Unos clics después, estaba hablando con un asistente mientras volvía a la cocina y apoyaba la cabeza de la señora Allegra en mi regazo.

Dios, ¿se moriría justo ahora?

Entre sollozos y explicaciones sobre la situación de mi abuela, así como la dirección de mi casa, sus datos personales y todo lo que sabía de memoria, me dijeron que en menos de diez minutos llegaría una ambulancia para llevarla al hospital, para que me tranquilizara.

Terminé la llamada llorando y volví a llamar a Gusttavo, en vano. Debía de estar dormido o había puesto el celular en silencio, pero no paraba hasta que contestaba.

Una película se reproducía en mi cabeza mientras contemplaba a la abuela en aquella frágil posición. Su pelo estaba deslucido, las arrugas y las marcas de expresión le daban un aspecto de anciana y sus labios, en aquel momento algo azulados, me hacían preguntarme si habría experimentado algún gran amor a lo largo de su vida.

Nunca había visto ni oído hablar de Allegra y su pareja. Desde pequeña, le gustaba decir que eligió ser madre y abuela de dos hijos, además de dueña y cocinera del café, no tenía sitio para nadie más.

No admitía preguntas ni respondía a mis dudas sobre mi origen, hasta que perdí el interés. No tenía derecho a quejarme si tenía todas mis necesidades básicas cubiertas. Cuando era más joven, aceptaba sus argumentos. En ese momento de desesperación, sentí ganas de sacudirla y exigirle respuestas. No era ingratitud, sólo una necesidad de llenar el vacío de mi corazón.

Oí la sirena y miré la hora, menos de diez minutos después llegaron. Me levanté del suelo y me dirigí a la puerta principal para abrirles. Había olvidado mis chanclas y mi atuendo, que no era nada apropiado para recibir a una visita.

— Hola—. Dije angustiada, acababan de aparcar delante de la casa. — Aquí es.

— Hola, soy Marcus y estoy a cargo del servicio. — Un uniformado bajó por la puerta del copiloto y otros por la de atrás. — ¿Dónde está el paciente?

— En la cocina.

— ¿Puedes enseñármelo?

Avergonzada, aunque su mirada se posaba discretamente en mi cuerpo, entré en casa y me dirigí a la de la abuela, arrodillándome en el suelo.

— I...

— Haz sitio para que podamos verte, ¿vale? — Se arrodilló a mi lado y trató de sonreír cálidamente. Se llevó la mano a la muñeca y miró el reloj. — Demasiado bajo.

Aunque me había pedido que me apartara, le seguí fuera de la cocina, luego dentro con la camilla acompañada de otros profesionales. Menos mal que la habitación era grande y la puerta amplia. La abuela había cuidado de una hermana que usaba silla de ruedas cuando yo era muy pequeña, ni me acordaba.

Tardaron un rato en subirla a la camilla, debido a la delicadeza que necesitaba para tratar a la señora Allegra. Cuando lo hicieron, antes de que pudiera seguirla como un cachorro perdido, Marcus me puso la mano en el hombro y me detuvo.

— ¿Estáis tú y ella solas?

— No, ahí está mi hermano. — Levanté el móvil, pegado a la palma de la mano. — Le estoy llamando, pero es difícil.

— Vamos al Hospital General en el centro de la ciudad. Cámbiate y habla con él primero.

— Pero la abuela es mayor, no puede estar sola.

— Su situación es delicada, va a someterse a muchas pruebas antes de ir a una habitación. — Enarcó una ceja y me dio un suave apretón en el hombro. — Si se va ahora, se quedará esperando noticias. Recupérate primero, si no, no podrás ayudar a tu abuela.

— ¿Y cómo se hace en un hospital?

— Ve a recepción y busca la planta de admisiones. Allí, cuando des el nombre de tu abuela, te pedirán que completes el registro en el sistema y te indicarán la ubicación. — Ella respiró hondo y yo la seguí. — ¿Todo bien? ¿Puedo irme?

— Vale—. Respondí, molesto, aunque sabía que era lo más sensato.

Le seguí hasta la puerta, vi alejarse la ambulancia y me dolió el pecho al sentir que ése sería el último recuerdo que tendría de la abuela.

Volví a entrar, llamé a Gusttavo y le maldije por no estar ahí cuando más le necesitaba. Realmente estaba sola y tenía que ocuparme de mis cosas sin depender de los demás.

Estuve tentada de llamar a Andrey, pero nuestra relación era demasiado reciente para llenarle de mis problemas. Quizá se asustaría y saldría corriendo hacia la futura —verdadera— prometida que sus padres tenían en mente.

Me lavé los pies, me cambié de ropa y llamé a un conductor de app para que me llevara al hospital. Me llevé el cargador del móvil y material universitario en el bolso, con la esperanza de que solo fuera un susto y no algo tan grave como me decía el corazón.

Lo negaba, consciente de lo patético que era, pero no juzgaba, porque cada uno tenía una forma distinta de sobrevivir a una situación crítica. ¿Y si la abuela moría? Entonces mi hermano me llevaría a cuestas o yo encontraría por fin mi camino, dejando a un lado la universidad y buscando un trabajo que me diera ingresos suficientes para mantenerme.

Aferrada a mi bolso, subí al coche y controlé las lágrimas que amenazaban con caer una vez más. La música del coche no ayudaba a mis emociones y estuve tentada de pedirle al conductor que la apagara, pero todo era culpa mía por ser tan sensible.

"¿No es precioso, tú sola?

Corazón de cristal, mente de piedra

Tear me to pieces, skin to bone

Hola, bienvenido a casa"

Lauren Babic — Encantadora

Cerré los ojos y el viaje pasó rápido. Frente al hospital, intenté hacer una llamada más a Gusttavo, en vano. Si le interesaba, que me prestara atención, porque a partir de ese momento no podría contar con su apoyo.

Estaba sola en esta vida. Sobreviví y me mantendría firme.

Entré en recepción, hablé con la recepcionista y me indicaron la tercera planta. Había un ascensor y una rampa larga y ancha, que me dio la sensación de vacío. Di la vuelta larga, paso a paso, y me di cuenta de mucho más de lo que me hubiera gustado. El olor, la sensación y la energía del lugar me parecieron el camino para cambiar mi vida, de una forma dolorosa.

Tragué saliva y subí cada planta, leyendo los carteles e intentando tranquilizarme cuando vi la maternidad. Al menos no había sólo muerte en aquella dirección, sino vida. Por desgracia, no fue suficiente para consolarme, porque en la otra planta estaba la enfermería y me acerqué al mostrador.

Si esa visión era el presagio de lo que estaba por venir, ya me sentía miserable y me hundiría aún más.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 9

Al amanecer, todos parecían somnolientos o enfurruñados. Pasaban a mi lado sin prestarme atención. Tuve la tentación de hablar y tomar la iniciativa, pero no conocía el protocolo y no quería estorbar. Dios, era mi primera vez en un hospital, en aquel lugar. Pez fuera del agua era algo sencillo comparado con la sensación de no pertenencia que se apoderaba de mí.

Tuve que esperar a que dos profesionales terminaran su conversación para poder llamar su atención.

— Hola, buenas noches. Buenos días. — Hice una mueca, confundida sobre la hora y el saludo adecuado. A nadie pareció importarle. — Acaban de hospitalizar a mi abuela. Allegra Almeida.

— ¿Ha venido de urgencia? — preguntó secamente el hombre.

— Sí, al amanecer. La ambulancia vino a la casa.

— Espera a que terminen todos los procedimientos, no han llegado nuevos pacientes a la sala. — Señaló el maltrecho banco de plástico que había junto a la pared.

Abrí y cerré la boca, sin saber qué decir ni qué preguntar. Espera, no había otra forma y no iba a ir a ningún otro sitio.

Fui al asiento más cómodo y me acomodé, apoyando el bolso en el regazo y mirando a mi alrededor. El fuerte olor de algo que no reconocí, pero que supuse que era material de limpieza, me molestó y me entraron ganas de estornudar. Intenté contenerlo, pero acabé poniéndome las manos delante de la boca para amortiguar la acción y llamar la atención de todos.

Mierda, era rinitis, no otra enfermedad contagiosa. Abrí mi bolso, saqué la botella de agua que siempre llevaba conmigo y bebí un sorbo, controlando mis emociones. Necesitaba ser fuerte para afrontar el diagnóstico de la abuela.

Guardé la bebida y cogí el móvil, buscando actualizaciones en mensajes y redes sociales. Nada captaba mi atención lo suficiente, necesitaba algo más potente que mi preocupación por la señora Allegra y mi enfado con Gusttavo.

Andrey.

Aunque sabía que era un despiste por mi parte, escribí un mensaje, sintiendo como si

fuera un abrazo suyo.

Gabi>> Casi las tres de la mañana, ¿sería buenos días o buenas noches? ¿O decimos buenos días? Nunca he sido fiestera ni he tenido vida nocturna, necesito referencias sobre el tema de alguien que parezca más informado que yo.

Volví a las redes sociales, encontré un anuncio de un juego gratuito para el móvil y fui a instalarlo para pasar el rato. Miré a mi alrededor en busca de algún indicio de wi-fi para cuidadores o pacientes, pero todo lo que encontré fue información sobre procedimientos médicos y campañas sanitarias. Predije que mi paquete de datos se agotaría en un día.

Al poco rato, apareció un mensaje en la notificación, era Andrey. Mi corazón se aceleró, una mezcla de felicidad y culpabilidad por haber perturbado su sueño me desconcentró de tener que esperarle.

Novio/a>> Cuando viajo en avión, las azafatas me dan los buenos días a partir de la una y media. En fiestas y reuniones, siguen siendo buenas noches. Depende de dónde estés.

Gabi>> ¿Te he despertado?

Novio>> Sí, y fue agradable, antes de que te preocupes. He dejado un tono diferente para tus llamadas y mensajes. No quiero perderme nada de ti.

Gabi>> Si intentas ser romántico, has conseguido mucho más que eso. Llamé y dejé un mensaje para mi hermano y me ignoró.

Novio>> Es mayor, ¿verdad?

Gabi>> Sí. Un idiota que no me dice nada y me ignora en el momento más importante. Si me preocupaba su opinión, ahora la estoy jodiendo.

Novio>> ¿Demasiado enfadado?

Gabi>> Lo siento, estoy volcando mi frustración en tu regazo.

Novio>> Mientras vengas, no hay nada malo en ello.

Gabi>> No llevamos ni 24 horas saliendo.

Novio>> Boda. Tengo tres ceremonias para visitar esta semana, estás invitada.

Gabi>> ¿Qué quieres decir?

Tenía la cabeza hecha un nudo, pensando no sólo que esta boda podría hacerse realidad, sino que la broma se haría realidad y tendría un pequeño arrebato porque todo estaba sucediendo muy deprisa.

Se suponía que iba a ser un noviazgo, lo que para sus padres sería una relación a largo plazo. La intención era conocernos mejor mientras disfrutábamos del matrimonio concertado.

Novio>> Este soy yo tratando de que me digas qué está pasando. Está amaneciendo, me estás pidiendo ayuda. Dime dónde o qué tengo que hacer, estoy listo.

Gabi>> No puedes ser tan perfecto. ¿Qué tendré que hacer para recompensarte?

Novio>> Tal vez, leyendo mi libro favorito.

Gabi>> Si no lo he leído ya. Andrey, es en serio.

Novio>> No huyas del ahora, el después está muy lejos. ¿Qué es lo que pasa?

Gabi>> Mi abuela ha caído enferma y la ambulancia se la ha llevado al hospital. Estoy aquí, esperando noticias suyas mientras le hacen pruebas. Ni siquiera sé dónde está.

Novio>> ¿Qué hospital? ¿Humberto Silveira?

Gabi>> No podemos permitirnos un tratamiento privado. Es la primera vez que vengo al Hospital General. Es tan... extraño.

Novio>> Ya voy, no está tan lejos de casa.

Gabi>> Por favor, no vengas. Mañana es día laborable, trabajas y me siento mal por despertarte. No tienes que hacer más que eso, sólo hablar conmigo aquí.

Novio>> Puedo hacer más si estoy allí contigo.

Gabi>> O podrías contarnos un poco más sobre las ceremonias de nuestra fiesta. ¿De verdad? ¿No fue sólo una boda falsa? ¿Has hablado con tus padres?

Novio>> Rápido para cambiar de tema, pero de acuerdo, te daré lo que pides. Distracción, soy bueno en eso.

Novio/a>> He hablado con mi madre, no me ha dado la oportunidad de decirle que estamos pensando en algo a largo plazo, pero ya se ha puesto en contacto con sus contactos y me ha pedido que elija un catering para la fiesta. Con o sin registro civil, en menos de un mes quiere que la fiesta se celebre en casa.

Gabi>> ¿Hablas en serio?

Novio>> Releyendo mi mensaje, creo que estoy diciendo muchas tonterías mientras tú estás desesperado por tu abuela. Ignóralo, hablemos de otra cosa. ¿Has encontrado el libro de la cita que te envié?

Gabi>> ¿Tendremos una verdadera ceremonia de boda? Como... ¿vestido de novia, padrinos y todo?

Novio>> Salir conmigo es como estar en una montaña rusa, llena de caídas y giros. Será divertido. Pero si crees que es demasiado, lo cancelaré todo.

Gabi>> Y tendrás que lidiar con la otra mujer que tienen para ti.

Novio>> En cierto modo. Pero soy paciente y sé negociar, es mi estrategia.

Gabi>> No seré la amante de nadie. Aunque sea un acuerdo temporal, no comparto ni presto. No hago eso con los libros, y menos con mi hombre.

Novio>> ¿De verdad no puedo ir a verte? Me gustaría oírte decir esas dos últimas palabras junto a mi oreja, sin que nadie nos vea.

Gabi>> ¿Qué palabras?

Novio>> Mi hombre. Ese beso que te di no es ni el diez por ciento de lo que puedo hacer.

Gabi>> Quiero saber todo lo que puedes hacer antes de ponerte un vestido de novia. Tú deberías hacer lo mismo, quizá no seamos compatibles en otras cosas. Amor a primera vista, perfecto e impecable, sólo creo que ocurra en mis libros románticos.

Novio>> Ah, Gabi, será un placer mostrarte lo que puede ser igual o diferente de los libros. Pero antes, estaré aquí para abrazarte o echarte un hombro, que tienes la cabeza en otra parte.

Aparté los ojos del móvil cuando se abrió la puerta del ascensor. Me levanté

apresuradamente al reconocer a la abuela en la camilla, llena de aparatos, una sábana cubriendo su cuerpo y el trabajador del hospital con la mirada más amable. Mi bolso cayó al suelo al dar un paso y olvidé cualquier consuelo de la conversación de Andrey. Había sido tan dulce que casi había olvidado el problema que me había hecho hablar con él en primer lugar.

— Es mi abuela—. Dije, buscando a alguien que me dijera qué hacer.

Me agaché para recoger mi bolso, la abuela se dirigió al pasillo de habitaciones y un empleado detrás del mostrador me miró fijamente. Me acerqué, tragando saliva y esperando instrucciones. Nada.

— I... Sobre... ¿Cómo puedo saber de mi abuela?

— ¿Es usted el acompañante de Allegra Almeida? — Cogió una carpeta llena de papeles y la abrió por una página con varias líneas. Asentí con la cabeza, tenía la boca seca y me costaba responder en voz alta. — Necesito sus documentos y su nombre.

— Gabriella Almeida. — Abrí mi mochila, saqué la cartera de la abuela y le entregué su DNI.

No sólo sus datos personales, sino también su dirección y otros datos sobre su salud. No sabía gran cosa y la mirada juzgadora de aquel profesional me hizo sentir peor.

Me llevaron a una de las habitaciones, que era una enfermería. Ocho camas estaban ocupadas, había mantas, gente durmiendo y el fuerte olor a enfermo —no había otra descripción para ese olor— me hizo llorar más.

— ¿Cómo está? — pregunté, mirando a la abuela con los ojos cerrados, una vía intravenosa en vena y el semblante sereno.

— Un médico vendrá por la mañana. Pregúntele usted. — Y el funcionario se fue, dejándome no sólo con dudas, sino con un sentimiento de soledad peor del que ya sentía.

Esperar era la única solución por el momento.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 10

Dejé la mochila en el suelo junto a la cama de la abuela, salí de la sala y bajé por la rampa, dando largas y decididas zancadas. Tenía sueño, estaba malhumorada y muy enfadada con mi hermano.

Fue un mal día.

Afortunadamente, los cuidadores se mostraron comunicativos y una joven, hija de un paciente, vino a hablar conmigo sobre la situación. Aproveché la oportunidad para aclarar mis dudas, aunque no era lo correcto. Como no obtuve ninguna apertura ni receptividad por parte de los profesionales médicos que estaban allí, opté por improvisar.

También me enteré de que estaban atrasados con los sueldos y de que escaseaba el material de limpieza, así que, si podía llevar jabón y otros artículos, ayudaría a mantener limpio el lugar.

Aún no he tenido el valor de ir al baño, por mucho que me lo exija la vejiga. Según tengo entendido, cuando se ingresaba a un paciente, el cuidador hacía lo mismo, cuando no había nadie para turnarse.

Cuando el médico apareció antes de las ocho de la mañana, parecía el más simpático y hablador de todos. Luego descubrí que era residente, todavía estudiante y a la espera de todos los resultados de las pruebas de Allegra. La abuela necesitaría una UCI, le fallaban los riñones y tenía la tensión alta. Estaba estable, aunque la situación era grave y no había camas disponibles.

Gusttavo me llamó justo después de que el médico se hubiera marchado y me dejó descolocada con esa información, sin decirme si la abuela viviría o moriría. La conversación fue extraña, no parecía sorprendido y me preguntó si era posible quedarse con ella durante su hospitalización o si tendría que contratar a un acompañante.

Conociendo las condiciones del café, no me lo pensé dos veces antes de abandonar la universidad para cuidar de la mujer que era una madre para mí. Terminé la llamada sin poder pensar con claridad más allá de la espera.

Minutos después, Gusttavo volvió a llamarme, diciendo que estaba en la puerta del hospital con mi ropa. Cuando llegué hasta él, de pie en su moto junto al bordillo, le miré fijamente con la misma frialdad con la que él actuaba.

— ¿Se encuentra bien? — Su tono indicaba que sólo preguntaba por obligación.

— No. Estoy insomne y preocupada por la abuela. No dicen nada detallado, es todo muy vago y no me gustó la investigación que hice sobre sus síntomas.

— Tú no eres su médico. — Me da su bolsa de viaje. — He cogido la ropa que creo que necesitas, también hay una sábana y una manta.

— ¿Y ahora qué? — Me abracé a mi pesada mochila.

— Tiene cáncer, Gabi. — Se alisó el pelo y apartó la mirada, avergonzado o simplemente triste. — Allegra se enteró hace un año y no quiso recibir tratamiento. Me fui de su casa por eso, no quería verla marchitarse sin poder hacer nada.

— Pero tú podías hacerlo. — Se me llenaron los ojos de lágrimas. — ¿Cómo ha ocurrido? ¿Por qué no me lo dijiste? Dios mío... va a morir.

— Nos vamos todos. — Se puso el casco y levantó la visera para echarme una última mirada. — Y lo intenté, Gabriella. Pero hay un límite al sufrimiento que podemos soportar para ayudar a alguien. Elegí ocuparme del café y ya está. Tú... algún día lo entenderás.

— ¿Lo entenderé? — pregunté en voz alta, indignada.

Me ignoró, se bajó la visera, arrancó la moto y se alejó, di unos pasos hacia atrás y sentí que se me humedecía la cara de lágrimas. Estaba tan mal saber que cuando pasara lo peor. O que no hubiera tenido la oportunidad de hablar con la abuela para que recibiera tratamiento, lo habría dejado todo para ayudarla.

Volví a entrar, subí de nuevo las rampas, con más peso en la espalda y los brazos. Estaba sentada en el suelo de la sala, porque no había ninguna silla disponible en ninguna de las habitaciones. Necesitaba una ducha y comer, me había saltado el desayuno que ofrecía el hospital.

Cuando llegué a la sala, había una silla de metal junto a la abuela. La chica que había hablado conmigo sonreía mientras hacía la maleta; al parecer, habían dado el alta a su madre.

— ¿Te vas? — pregunté, feliz y triste al mismo tiempo.

— Sí. Diez días en el hospital, necesito ver algo más que enfermos. — Se volvió hacia su madre, que estaba sentada en la cama. — Tú también.

— Sí, hija mía—. Confirmó débilmente.

— Gracias por la silla.

— Aférrate a él, de lo contrario podrías perder.

Puse la maleta en la silla, comprobé cómo estaba la abuela y la vía, que seguía medio llena. Le toqué la mano y respiré hondo, con un deseo incontrolable de exigir respuestas, pero también con el corazón dolorido porque era muy frágil.

Puse mis cosas en un rincón, me senté en la silla y flexioné las piernas, con los pies en el borde del asiento. Saqué el móvil del bolsillo y miré los mensajes perdidos. Era hora de hablar con la gente y reconfortarme un poco, aunque fuera virtualmente.

Como no le contestaba, Andrey empezó a enviarme muchos mensajes divertidos, que me emocionaban aún más. Un día se cansaría y yo esperaba tener tiempo para devolverle lo que hacía.

Novio>> ¿Te gustan los dulces duros o blandos? Es para mi CBT.

Gabi>> Chocolate con fruta, siempre esa mezcla, para que uno equilibre al otro.

Novio>> Tomo nota. ¿Caramelos o libros?

Gabi>> Ambos, es casi imposible elegir entre ellos. Añade esta pregunta a tu TCC, es poco probable que los lectores voraces elijan, porque uno complementa al otro.

Perfecto. Tenemos más en común de lo que pensaba.

Gabi>> ¿Te gustan los libros y el chocolate?

Novio>> Mi interés se centra en el que os gusta a los dos. ¿Cómo estáis? Sigo disponible para ayudarte en lo que sea.

Gabi>> Ya está hecho, gracias. Prefiero hablar de otra cosa que no sea la muerte de mi abuela.

Prometido>> Quizá te ayude desahogarte. Dime qué le pasa. ¿Cómo sabes que es tan grave?

Gabi>> He hablado con mi hermano y estoy esperando a que aparezca el médico con los resultados de todas las pruebas. También estamos esperando un hueco en la UCI. Dios, ¿por qué ha tenido que caer enferma mi abuela en el peor momento para la sanidad pública de la ciudad? Nadie parece amable.

Novio>> Sí, he visto las noticias. Lo siento, Gabi. Yo contrataría un seguro de vida y la trasladaría a otro hospital.

Gabi>> ¿Cómo? No tenemos nada, ni siquiera ahorros. Ah, Andrey, creo que tiene cáncer.

Novio>> ¿No tienes más parientes que tu hermano?

Gabi>> Estoy sola. Ni siquiera Carmelita, la tía con la que viví cuando estaba en el instituto, es una opción a la que recurrir.

Novio>> Puedes contar conmigo.

Gabi>> Gracias. Y si tienes que cancelar nuestra falsa boda, no lo sientas, lo entenderé. Soy un paquete a punto de explotar y no tienes que lidiar con ello.

Novio>> Estoy deseando que llegue el día en que te unas a mí en una de las fiestas de la empresa. Bailaremos, leerás un libro en tu móvil y comentarás conmigo mientras yo finjo prestar atención a los amigos de mi padre. Será divertido.

Gabi>> O seré yo hablando de lo triste que estoy de que mi abuela esté en esta situación.

Novio>> Entonces llamaré al amigo de mi padre, que es oncólogo en Barretos, para que te dé una segunda opinión.

Gabi>> Parece que tienes una solución para todo.

Novio>> He aprendido a solucionarlo todo y a apagar fuegos. Confieso que preferiría estar apagando tu fuego (ya me entiendes), pero también acepto este otro tipo.

Mis mejillas se calentaron y sonreí, aunque mi corazón sangraba por mi abuela. Seguía sin saber qué había hecho para atraer la atención de un hombre como él, tan interesante y con un corazón tan grande, pero no tenía tiempo para ese tipo de inseguridades. Iba a disfrutarlo, aunque nunca se materializara.

Gabi>> Creo que primero tendremos que encender un fuego para calentarme, como tú dices. Tengo la cabeza muy lejos.

Novio>> También conozco técnicas infalibles para hacerte hervir, Novia. ¿O crees

que eres la única que lee caliente? "No importa lo mal que mi mente tratara de hacerlo, mi cuerpo y mi corazón sólo podían decirme que estaba bien".

Gabi>> ¡Andrey! ¿Qué libro es ese? Todavía no puedo pensar en los extractos que enviaste.

Novio>> "Tu sabor es extraordinario".

Gabi>> ¿Estás tratando de llevarme a la cama?

Novio>> Para el coche, en la oficina y tal vez en la piscina, ¿qué te parece?

¡Una locura! Pero de la mejor clase. Aunque existiera la posibilidad de que sólo fuera un gilipollas jugando con mis sentimientos y después de un polvo me diera una patada en el culo, habría merecido la pena por esos mensajes en mi peor momento.

Afortunados los que tenían a alguien, cercano o desconocido, que les ofreciera consuelo en una situación de crisis. Muchos huían, era una carga demasiado pesada de llevar.

Gabi>> ¿Cuándo tendré el honor de ser invitada como novia del poderoso empresario Andrey...? ¡Caray, no conozco tu apellido!

Novio>> Bianchi.

Gabi>> Encantado de conocerte, Andrey Bianchi. Gabriella Almeida.

Novio>> Me parece que te conozco de alguna parte. ¿No fuimos juntos a la escuela? ¿O en la misma escuela?

Gabi>> Difícilmente, yo sólo fui a un colegio público aquí en la ciudad y tú parece que nunca has estado cerca de uno.

Novio>> Me siento como el chico malo playboy que conquista a la joven inocente recién llegada del campo.

Gabi>> Tenlo en cuenta la próxima vez que me veas. Quizá necesite algunas aventuras al estilo Romeo y Julieta.

Novio>> ¿Esta noche? ¿Puedo recogerte?

Gabi>> Te avisaré cuando salga del hospital.

Suspiré, enamorada y triste, teniendo el mejor y el peor momento sucediendo al mismo tiempo.

Encontré un mensaje de Alecsandra y sonreí ante su indignación por su lectura actual. El joven era un tacaño y después de la primera noche, había rechazado a la joven sin sentimiento de culpa.

Alecsandra>> Necesita arrastrarse y pedir perdón, Dean Clark se ha unido a mi lista de buenos chicos que merecen una patada en las pelotas.

Gabi>> Me encanta esta serie, todavía tengo que leer sobre su hija. Creo que paga por todos sus pecados al ver a sus hijas convertirse en mujeres.

Alecsandra>> No, necesita sufrir más.

Gabi>> ¿Has llegado a la parte en la que su madre le da una bofetada?

Alecsandra>> ¿En serio? Todavía no, pero ya me estoy haciendo ilusiones. A eso me refiero, a castigar a los machos literarios buenorros pero descarados.

Gabi>> No hables así de mi pequeño cristal Dean Clark. Tiene toda mi ropa, es un niño rico mimado que por fin encontrará el amor.

Alecsandra>> ¿Qué estás leyendo ahora?

Gabi>> Nada. Mi abuela se puso enferma y tuve que ir al hospital a verla.

Alecsandra>> Vaya, qué bar. ¿Qué le pasa? ¿Necesita algo?

Gabi>> Todo está bien, sólo estoy conmocionada porque aún no sé qué le pasa. Está inconsciente y parece grave.

Alecsandra>> Para lo que necesites, aquí estoy. ¿Quieres que te siga contando mis formas de torturar a un Clark?

Gabi>> Sí. Entonces háblame de Dylan, era un gilipollas.

Seguí intercambiando mensajes mientras miraba a la abuela y observaba lo que ocurría a mi alrededor. Las enfermeras y los técnicos iban y venían, sin decirme nada más de lo que ya

sabía. Necesitaba estar en una UCI o podría empeorar.

Ah, abuela, ¿qué haré sin ti?

Finalmente usé el retrete, me di una ducha rápida e intenté no llorar por haberme puesto en una situación tan precaria. Dios, eso es un montón de gente usando un solo baño y sólo se limpia una vez al día.

Para consolarme, cuando los mensajes no llegaban, ponía música y me quedaba dormida.

"Todo esto duele

No puedo luchar

Como una guerra

Cortes tan profundos

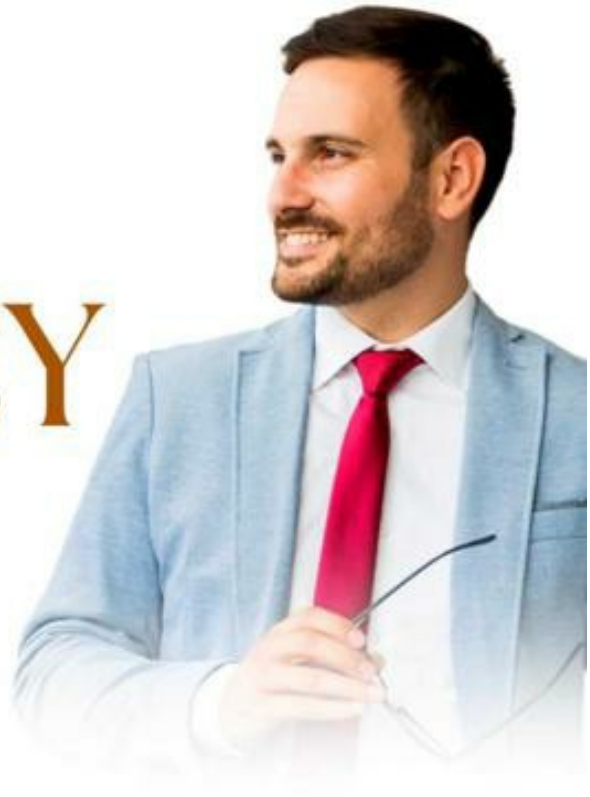
No puedo respirar.

No más"

Esterly, Austin Jenckes — Losing Hold

No sabía que esa sería mi rutina durante los próximos cinco días.

ANDREY BIANCHI



Capítulo 11

Jadeé mientras corría en la cinta. Normalmente, empezaría el día con actividad física, pero como me sentía tan impotente por no poder ayudar a Gabriella, necesitaba un desahogo extra.

Lo más sensato sería salir corriendo, ignorar el hecho de que mi corazón se aceleraba a cada pensamiento que tenía de aquella mujer, o incluso la forma en que su cuerpo encajaba en el mío mientras la besaba.

Aunque fuera una actitud juvenil, visité la librería a la hora de comer para sentarme en la misma mesa en la que me había propuesto matrimonio. ¿En qué estaba pensando? Buscando problemas, eso seguro.

Yo era un adulto que siempre seguía las normas y buscaba estrategias para conseguir lo que más quería. Nunca me metía en peleas, siempre era yo quien esquivaba los conflictos y conseguía victorias.

Mis padres querían una boda. Conseguí a la novia, que estaba dispuesta a disfrutar del lado bueno de una relación. Pero ella no era sólo diversión, Gabriella vino como el paquete completo.

Era como si la conociera desde hacía mucho tiempo. Los mensajes fluían, no era tímida y siempre estábamos de acuerdo. Me sentía como el adolescente soñador que eligió una carrera pensando que sería libre para emprender.

Un fraude, que siguió las reglas de su padre y se aprovechó de todo lo bueno que el dinero podía ofrecer. Hice enemigos y perdí algunos amigos, pero uno en especial volvió a mis recuerdos por el apellido que llevaba.

Almeida. ¿Era Gusttavo el hermano mayor del que siempre hablaba Gabriella? Sabía que tenía un pariente, pero nunca me reveló su nombre ni dónde estaba. Como era tan rebelde y misterioso, acabamos peleándonos y nunca volvimos a hablar.

Escuchando música en mis auriculares bluetooth, seguí corriendo y respirando agitadamente, incluso después de ver a mi madre entrar en el gimnasio de casa.

"No te llamaré hasta las cinco y media

La única vez que estaré a tu lado

Sólo me encanta cuando me tocas, no cuando sientes algo

Cuando estoy jodido, ese es mi verdadero yo

Cuando estoy jodido, ese es mi verdadero yo, si"

Endgame — Las colinas

Se puso las manos en la cintura y mostró su descontento. Mierda, por el traje de fiesta que llevaba, había olvidado algún evento.

Me quité los auriculares e intenté sonreír, apagando la cinta y sintiendo el sudor que me resbalaba por la piel. Ella no respondió y asintió con la cabeza.

— ¿Qué te pasa? — pregunté inocentemente.

— Deberías ir bien vestido con tu prometida a la fiesta de Marcondes & Azevedo.

— Sigue ocupada. — Me bajé del aparato y cogí la botella de agua para dar un largo sorbo.

— O estás mintiendo. No huimos de los compromisos, Andrey. Hay un límite para darle cuerda a tu padre.

— No te estoy engañando, Gabriella es real. Yo sólo... — Me encogí de hombros, porque conocía la lista de argumentos que sacaría a relucir sobre el trato con una chica sin recursos económicos suficientes y un familiar enfermo. Pensaban que todo el mundo iba detrás de nuestro dinero, analicé y probé antes de emitir un juicio.

— ¿Cuándo, Andrey? Acepté a esta mujer como sustituta de lo que tu padre tenía en mente, porque pienso en tu felicidad. Pero tu forma de actuar sólo demuestra lo poco maduro que estás para dirigir una empresa tan poderosa. Tienes que ser más observador.

— Ya no tengo dieciocho años, señora Ludmila. Y no necesito estar al frente del Grupo Bianchi para ser un empresario de éxito, tengo mis propios negocios.

— Cerrado con el dinero de tu padre. Ninguna de las empresas que compraste gana dinero.

— ¿Quieres un milagro en tres meses? Yo hago negocios y ellos tienen un plazo de dos

años para darme algo. — Solté un suspiro agudo y mi mamá no se defendió, cambió su semblante a uno de preocupación, poniéndome como adolescente y no como adulta.

Llevaba mucho tiempo notando ese tipo de comportamiento y no hice nada por cambiarlo. Era cómodo, hasta que conocí a una mujer que podía ser compatible para satisfacer mis deseos. Pero... esta persecución me estaba pasando factura.

Tenía que salir de esa casa o nunca me tratarían como a un adulto.

No estaba obligada a asistir a todos los actos a los que invitaban al Grupo Bianchi. Ni siquiera tenía que dar cuenta de mi vida, y mucho menos aceptar la presión de casarme. Pero esto último no cambiaría nada, porque acababa de empezar con Gabriella. Muchas personas estaban unidas en la felicidad y la prosperidad, pero era en el dolor donde hacían inquebrantables sus vínculos.

— No voy a ninguna fiesta contigo. En cuanto Gabriella esté disponible, volveremos a hablar.

— ¡Andrey! — gritó mi madre, indignada.

Pasé junto a ella, todavía sorbiendo mi agua, y me dirigí a la cocina. Me siguió, pensando que podría disuadirme presionándome psicológicamente con su presencia.

Subí a mi habitación y cerré la puerta, dejándola fuera. Sabía que mi padre me exigiría explicaciones y que tal vez me dejaría decidir por mí mismo, si se trataba de fiestas o de trabajo.

Me di una larga ducha y me puse con el portátil a buscar piso. El dinero que tenía en las cuentas a mi nombre procedía de mis padres. Llevaba trabajando con ellos desde los dieciocho años, sin sueldo ni contrato firmado.

Si me lo merecía o no dependía de mí, ya que era el único hijo de Francisco y Ludmila. No quería dejarle el trabajo a mi padre, sólo para que dejara de controlar mi vida personal.

Miré el móvil y encontré un mensaje de Gabi: su abuela había sido ingresada en cuidados intensivos a causa de una parada cardiaca. No había buenas noticias y ella era una ganadora por buscar alivio en lugar de hundirse en el dolor de ver morir a un familiar.

Gabi Novia>> No se ha despertado en ningún momento, Andrey. No puedo entrar en la UCI y las enfermeras no me dicen nada más que tengo que esperar. Lo siento, creo que se ha ido.

Andrey>> ¿Cuál es el recuerdo más divertido que tienes de ella?

Gabi Novia>> Cuando me enseñó a hacer magdalenas. Utilicé todas las decoraciones posibles para un dulce. Cada uno que hacía era una experiencia diferente y ella sonreía. La abuela siempre era muy seria y seca, pero ese día sonrió conmigo. Su amor por la cocina se me ha contagiado y a mí también me encanta cocinar.

Andrey>> ¿Qué me prepararás, además del té que tanto ansío beber, directamente de la fuente?

Gabi Bride>> Me gustaría decir que yo también sé hacer brigadeiro de cuchara, y que usaría otro instrumento para disfrutarlo, pero estoy tan... Oh querida, es un sentimiento tan extraño estar feliz y triste al mismo tiempo.

Andrey>> Me ayudaría que me permitieras ir a verte. Un abrazo o unos dulces. Pero también lo entiendo, quieres superar esto y saber que puedes hacerlo solo. Tu hermano es un gilipollas por dejarte allí, sin cambiar turnos contigo.

Gabi Novia>> En lo único que pienso es en salir de aquí y volver a una casa que me recuerda a la de la abuela. No puedo permitírmelo, necesito encontrar otro sitio donde quedarme.

Andrey>> "Encontré la solución a **mis preguntas en medio del placer de la inevitable conexión". Justo cuando creo que es imposible que estemos más en sintonía, dices eso. Mira lo que hay en la pantalla de mi ordenador.**

Hice una foto del piso que me interesaba y se la envié, así como el fragmento del libro que tenía en las manos cuando nos conocimos, que formaba parte de mi arsenal de frases para ligar. No sabía si lo había cogido ese día, estaba debatiendo con otra chica, pero me había marcado de por vida.

Gabi Novia>> ¿Podemos vivir juntos como una mentira también?

Andrey>> Te haré dormir cada noche, de forma que al día siguiente quieras volver a mi cama. Nada más justo que ayudarme a elegir.

Gabi Novia>> No sé si llamarte loca o decirte que te quiero.

Andrey>> Puedes empezar con "ven a verme".

Ella no contestó y yo controlé mi necesidad de apresurar las cosas para obtener el resultado esperado. Debía de haber pasado algo o simplemente necesitaba un minuto para relajarse. De cualquier manera, no me alejaría hasta que experimentáramos el lado bueno de una relación. Lo peor ya estaba pasando y no me había alejado.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 12

La plaza en la UCI nunca llegó. La abuela ni siquiera tuvo un momento de lucidez en el hospital, sólo de soledad. Cuando me di cuenta de que su respiración se entrecortaba, llamé a una enfermera y corrió con otros profesionales para atenderla. Pusieron un biombo con una cortina y me asomé por una rendija.

Todos en la sala se pusieron tensos y yo ya no tenía lágrimas que derramar. Su diagnóstico no era el mejor, el cáncer de nivel cuatro que padecía significaba el final de la línea para muchas personas. Ya me estaba preparando para la ruptura, era inevitable.

Cuando el médico encontró mi mirada y se acercó a mí, las palabras me golpearon como una daga en el pecho.

— Estaba muy débil y su estado era delicado. Intentamos reanimarla, pero...

Pero ella quería morir, llevándose todos los secretos que cargaba consigo.

Asentí rápidamente y finalmente se me saltaron las lágrimas. Tardé demasiado en coger el móvil, buscar los datos de Gusttavo y llamarle, porque me dolía mucho.

Murió sola y mi destino sería el mismo si no encontraba mi propio camino y tenía mi propia familia. Siendo tan antisocial, no podía imaginar tener gente a mi alrededor, pero tenía que reaccionar.

— Gusttavo—. Murmuré, sin querer apartarme del lado de la abuela, pero también sin querer armar jaleo a los demás pacientes de la sala. De hecho, el trauma era colectivo. Todos compartíamos nuestro dolor y el de todos los que estaban con nosotros.

— ¿Qué ocurre? — preguntó preocupado. En cuanto soltó un suspiro agudo, debió de darse cuenta. — ¿Murió?

— Sí. — Me puse en cuclillas para coger papel higiénico y secarme la nariz. — ¿Qué hago?

— Cálmate, Gabi. Ya has hecho mucho. — Intentó controlarse, pero había demasiada emoción en su voz. — Pregunta a una enfermera por los trámites para entregar el cadáver y el certificado de defunción. Dejaré la cafetería cerrada, te recogeré y podrás quedarte aquí en la caja hasta que lo haya solucionado todo. Cecília ha dimitido y yo... Mierda. — Respiró hondo, tenía ganas de llorar, pero se aguantaba. — En fin. ¿Qué pasa?

— ¿Voy a parecer un imbécil atendiendo a los clientes? Cierra el maldito local—. Me quejé, molesta.

— Es nuestra única fuente de ingresos, Gabi. Por Dios, no discutamos, haz lo que te digo y hablamos después del velatorio. De todo.

— Quizá sea mi turno de no querer saber más.

— ¡Gabriella! — gruñó y cerré los ojos, dejando que más lágrimas corrieran por mi cara.

— Ven pronto.

Terminé la llamada, me senté en el suelo y continué mi momento de sufrimiento. Sola. Pero me vino a la mente la imagen de dos personas, Andrey y Alecsandra. Eran recientes, pero habían llegado en el momento perfecto y se estaban eternizando rápidamente.

Realmente no había reglas para las relaciones. Ya fuera amistad o noviazgo, dependiendo de la vida y la experiencia emocional de cada persona, un día parecían diez años, o un año eran sólo unas horas.

Estaba en el momento de vivir intensamente.

Les conté a las dos personas que se habían convertido en importantes en mi vida la situación de mi abuela, me levanté, dispuesta a tragarme las lágrimas y hacer lo necesario, pero me quedé helada cuando la vi cubierta con una fina tela.

Tragué saliva y alcancé su mano, fría y dura bajo la tela. Debía asustarme o hacerme llorar, pero memoricé la sensación de consuelo, porque era yo quien calentaba, era capaz de proporcionar algo bueno.

Centrada en buscar y encontrar, no me di cuenta de que podía ser una fuente y atraer. Cualquier sentimiento que atrajera a otras personas podía proceder de mí. Recordé que me quedaba en el café mientras mi hermano iba a arreglar las cosas, así que podía poner a prueba la teoría.

Di un último suspiro, recogí mis cosas y salí de la sala, dirigiéndome al mostrador de recepción. Estaba acostumbrada a sus miradas cansadas y serias, y me di cuenta de que no tenía nada que ver con los pacientes, pero la falta de acogida no me dolió menos.

No busques lo desconocido, sé una fuente.

Forcé una sonrisa y me encontré con la mirada del hombre sentado junto al ordenador. Tenía compasión y suavizó su semblante, llenándome de esperanza en medio del caos.

— ¿Puedes decirme qué hacer a partir de ahora? Es la primera vez que me pasa.

Atenta y concentrada, presté atención a toda la información que me había facilitado el profesional, para entregársela a Gusttavo. Mi móvil vibró en mi bolsillo nada más terminar, contesté a la llamada y recibí otra orden de mi hermano:

— Baja, hay un conductor de app para llevarte.

— De acuerdo—, respondí, concentrándome en no caer en su trampa emocional de pelear.

Abandoné la planta y bajé por las rampas, sintiendo que la ruptura se hacía más fuerte. Era un hilo que se arrancaba de un gran tejido llamado vidas entrelazadas. Todo lo que pudo hacer por mí, sé que se esforzó por hacerlo lo mejor posible. Lo que pude devolverle fue en esos últimos días, a su lado. Y por mucho que no hablara ni mostrara afecto, sé que era lo mejor que tenía por el momento. Estaba aprendiendo a relacionarme, no podía exigir facilidad y gracia a alguien que había sido moldeado por los golpes.

Al salir de la recepción del hospital, sentí como si se hubiera soltado el último trozo de cuerda. Alivio, pero también anhelo. Me quité un peso de encima, pero otro tomó forma en mi corazón. Estaba tranquila, pero con una punzada de empatía.

No existía la serenidad completa. Toda tranquilidad iba acompañada de pizcas de caos. Vivir en equilibrio era la verdadera paz.

Encontré la moto de mi hermano, y él estaba junto a ella hablando con un hombre. En cuanto me vio, me estrechó en un abrazo y suspiré, la conexión con él era problemática, pero aún había amor.

— ¿Estás bien? — me preguntó, besándome la frente. — ¿Cansada?

— Sí, pero no podré descansar hasta después del velatorio. — Miré hacia el hospital. — Está en el tercer piso.

— No pasa nada. Ve con Luiz, es mi amigo. — Me dio un manojo de llaves y un papel, era la contraseña de la alarma.

Saludé, subí al coche, puse las maletas a mi lado y apoyé la cabeza en la ventanilla. Segundos después sonó mi móvil, lo cogí y sonreí al ver que era Andrey.

— Hola—. Dije en voz baja.

— Siento llamarte, pero no contestabas y quería ayudarte. ¿Qué tal está?

— Agitada, pero también resignada. No hay nada más que hacer.

— ¿Necesitas algo? Sé que estas cosas del entierro tienen que estar a la vista. Puedo...

— Mi hermano se hará cargo. Voy a trabajar para cubrir su turno. Está bien, Andrey. De verdad. Cuando todo termine, aceptaré una noche de cine en tu casa.

— Más que listo, con vino y una tabla de embutidos.

— Yo prefiero el clásico de palomitas y guaraná.

— Uf. — Nos reímos. — Eres mi tipo de chica.

— Novia. — Me senté en el banco. — ¿Estás trabajando?

— Paré para comer. ¿Te llevo algo de comer?

— Mmm… Esta etapa quiero hacerla junto a mi hermano, sin tener que decirle que tengo novio y que pretendemos casarnos.

— No hace falta que le digas la segunda parte.

— ¿Has buscado tu nombre en Internet? En cuanto aparezcamos en una fiesta, saldremos en las noticias. Incluso hay una foto tuya en el centro comercial con tu familia, comiendo un bocadillo.

— Mis padres, Gabi. Ellos llaman la atención, no yo. Pero eso también está a punto de cambiar, voy a tener mi propio legado.

— Aún me pregunto qué vio en mí un empresario de éxito, inteligente y guapo.

— Precisamente porque soy inteligente y guapo, te conviertes en la elección perfecta. — Nos sentamos en silencio un momento. — ¿Me prometes que me llamarás cuando acabe?

— Si llego tarde, también puedes llamarme.

— Puedes contar con ello, novia.

— Que tengas un buen almuerzo, Groom.

Terminé la llamada y contesté a Alecsandra, ella también estaba preocupada. Le expliqué que iba a trabajar en la cafetería mientras mi hermano solucionaba la parte burocrática de morirse y quedamos en vernos en cuanto estuviera disponible.

Solitaria pero no sola. Podría recorrer este camino.

Llegué a la Cafetería Allegra, di las gracias al conductor y me quedé unos segundos en la acera mirando a mi alrededor. El cartel y todo el ambiente tenían un aire nostálgico. Pensé en lo que mi abuela querría que hiciera ese día, levanté la cabeza y sonreí, segura de que me divertiría y aprendería, sus palabras eternas, de cuando me dejaba en el colegio.

Cargué mis maletas, cogí la llave y abrí la puerta principal. Sonó la alarma, los segundos que tardé en desactivarla, y lo dejé todo, corriendo hacia la pared de detrás del mostrador, apartando el marco y abriendo el panel.

Mi corazón se aceleró, preocupada por si hago sonar la alarma y molesto a Gusttavo. En otra ocasión, tal vez lo haga, solo para llamar su atención.

Volví a la oficina para guardar las maletas, me puse el delantal del uniforme y respiré hondo. Hoy te honraré, abuela, me dije.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 13

No había entendido muy bien por qué era un despertar tan rápido, pero opté por aceptarlo sin rechistar. Descubrí que la cafetería sólo tenía dos empleados, Gusttavo trabajaba con tres personas y yo tenía que hacer lo mismo para estar a la altura de la demanda.

De hecho, un grupo de lectoras de la ciudad había elegido nuestro establecimiento para hacer su revelación del amigo invisible. De todas las edades y estilos, mientras las atendía, vislumbré la conversación.

— Tiene el mismo gusto literario que yo.

— Cuando fui a comprar el regalo, me di cuenta de que me había equivocado de nombre y fui a la tienda a cambiar el libro.

— Acabé comprando un libro para mí y otro para mi amiga secreta, porque me encantó tu elección.

Como había comentado que me encantaban los libros, guardaron mi número y lo añadieron a su grupo virtual. De ese modo, podía relacionarme con personas que tenían los mismos intereses que yo.

Sin duda fue un regalo de la abuela.

El grupo se quedó hasta tarde, se hicieron fotos y se rieron mucho. A pesar de la pena y el dolor que sentía, verlos me reconfortaba. Así era el mundo, mientras a unos les iba bien, a otros les iba mal y todo daba vueltas. Así que dependía de cada uno elegir en qué lado de la rueda quería estar.

Durante unas horas más, quise ser el dolor, pero ya estaba anotando todo lo que quería hacer en cuanto terminara este ciclo, empezando por el grupo de lectores de la ciudad.

La universidad. Con tantos días de ausencia, estaba seguro de suspender. Otra cosa que tendría que hacer era anular la matrícula y buscar trabajo, según la conversación con Gusttavo.

En cuanto los amabilísimos y sonrientes lectores abandonaron el café, lo cerré y despedí al personal. Mi hermano no tardó en aparecer, cargó mis maletas en el coche y nos dirigimos a la funeraria.

— ¿Cómo ha ido? — preguntó, tenso.

— Tranquilo. El movimiento fue bueno y Elisa dejó algunas cosas extra congeladas para mañana.

— No se puede hacer todo por adelantado, hay que estar fresco.

— Lo sé, sólo quería ayudar y se lo permití. — Miré su perfil, tan rústico y serio, con el pelo recogido y la barba sin afeitar. Las ojeras le daban un pasado misterioso y oscuro, que yo estaba seguro de que Gusttavo tenía. — Deberías probarlo.

— ¿Cómo?

— Ayuda.

Sonrió, extendió la mano y me apretó la rodilla. Le acaricié la parte posterior y él se apartó rápidamente, al parecer no estaba de acuerdo con mi sugerencia.

— La tía Carmelita no vendrá, pero ha enviado dinero para ayudar con los gastos. — Ha girado el volante. — La vecina María y el señor Antonio esperan en la capilla. Rezaremos una oración y el cuerpo será enterrado mañana al amanecer. Pero no nos quedaremos toda la noche velando.

— Mañana tienes que trabajar, ¿verdad? — ironicé, incapaz de resistir la provocación. Lo trataba todo como una molestia. La abuela tenía muchos defectos, pero seguía siendo la que nos criaba y ponía comida en la mesa.

— Yo no soy el villano, Gabi.

— Ni la abuela.

— Recoges lo que siembras. — Apretó el volante con fuerza y sólo entonces me di cuenta de que era el mismo coche de que aquel amigo, Luiz. — Recibió el diagnóstico y no se cuidó. Nos peleamos. El café estaba descuidado. Tuve que cuidar de mi vida, de la suya y de la empresa. Ninguna mujer quería quedarse conmigo, era demasiado complicado tener un hombre que sólo pensaba en el trabajo y en la abuela. ¡Estoy jodido! — gritó la última frase y yo me encogí. — Así que, si estoy lidiando con todo esto con un enorme nudo en la garganta, enfadado por no poder pelearme con ella y más frustrado porque no lo entiendas, lo siento.

— ¿Es así como va a empezar nuestra conversación? — Me crucé de brazos, exigente, y él me ignoró. — ¿Por qué estás con el coche del conductor de la aplicación?

— Porque tenías dos maletas enormes y habría sido imposible llevarlas en moto. Y Luiz es el único amigo que, aunque esté más jodido que yo, me tiende la mano.

— Siempre fuiste popular en el colegio y en la universidad. Tus redes sociales estaban llenas de fotos tuyas de fiesta.

— Eso fue antes de que te fueras. Las cosas cambian, la gente también, Gabriella.

— Ya lo sé. Pero no hay manera de que pueda adivinar lo que está pasando si no hablas. La abuela no se cuidó y todo a su alrededor se vino abajo. ¿Por qué dejarme protegida mientras estudiabas? Volvería para ayudarte.

— Porque te necesitaba, al menos, para hacer algo diferente. Pero la vida de esta familia es estar quebrada y frustrada. Cartas... — murmuró, irritado. — No te harás rico enseñando portugués.

— Insensible—. Gruñí, conteniendo las lágrimas ante su crueldad. Él sufría, lo comprendía, pero yo también. — Y el poderoso administrador convertido en cajero de cafetería, siempre malhumorado. Su universidad fue muy útil, por lo visto.

— Los que reciben su paga cada semana no se quejan. Yo puedo recortarla si quiero.

— Por favor. — Junté las manos en señal de oración, burlona. — Ve a vivir tu vida, tus sueños y tus elecciones, así no tendrás que culpar a nadie si fracasas. Seguiré con mi vida y no me tratarán como basura. Gracias por ser un ejemplo de un hombre con el que no debería tener una relación.

Debí de ir demasiado lejos, porque se quedó callado, apretó los labios y una lágrima corrió por su mejilla. No se la limpió ni se justificó, le dolía y yo hurgaba en una herida que ni siquiera sabía que existía.

— Lo siento—, murmuré, abrumada.

— No eres la primera persona que me lo dice.

— Todos estamos de luto por la muerte de la abuela. No eres una mala persona, sólo actúas porque te lo guardas todo para ti. Un día explotarás y lastimarás a la gente que amas. Es el cliché básico del chico bueno con un pasado trágico que no quiere relacionarse con nadie, que hace todo lo posible por estar y quedarse solo.

— No soy un personaje de libro.

— Ah, pero actúas como tal, Gusttavo Almeida.

Aparcó el coche delante de la funeraria, yo salí primero y me di la vuelta para darle un abrazo por sorpresa. Intentó no corresponderme, pero me quedé en esa posición el tiempo

suficiente para derretir el hielo de su corazón.

— Tú no eres mi enemigo. Yo tampoco lo soy. Somos hermanos y superaremos esto sin empezar una guerra.

— Tienes razón. — Respiró hondo y me di la vuelta, mirándole seriamente. — ¿Cuándo has crecido tanto, Gabi?

— Aprendí algunas cosas de mi hermano mayor, otras de Allegra y aún más de la tía Carmelita.

— ¿Y tiene paciencia para enseñarte algo? — preguntó en voz baja, aligerando el ambiente.

— Exacto. Tuve que apresurarme para entender las cosas a medias. Pensamiento rápido y acción inmediata, para que no me dieran lecciones durante dos horas sobre un tema que podría haber durado cinco minutos.

Con un brazo alrededor de mis hombros, rodeé su cintura y entramos en el tanatorio, dejando atrás nuestras diferencias y uniendo nuestras fuerzas.

Los dos conocidos ya estaban en su sitio, el ataúd en el centro y me dolió el pecho al ver a la abuela en la misma posición en la que estaba en el hospital. Era el momento de despedirme, de contarle mi día al frente de la cafetería y lo mucho a lo que tenía que renunciar porque necesitaba dejar sitio a Gusttavo y vivir mi vida.

Todo pasó muy rápido, conseguí hacer lo que quería y los vecinos presentaron sus respetos. En cuanto se nos acabó el tiempo, mi hermano se encargó de que fuéramos al cementerio y nos fuimos a casa, aunque tenían una habitación para que descansáramos.

Fuimos a la casita de Gusttavo, un kitnet cerca de la universidad. Me duché y no me relajé, no podía despertar a mi hermano, que estaba a mi lado y parecía dormir como una roca.

Éramos los únicos en el funeral, recé una última oración y me prometí a mí misma que seguiría adelante, con la esperanza en la cabeza y la añoranza en el corazón. No tuve el tiempo necesario para hacer el duelo, pero sabía que todo lo que había vivido en los últimos días había sido suficiente para mí.

Era hora de vivir mi vida, de cumplir mis sueños. Y el primero de la lista era conocer más a Andrey.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 14

Seguía sin querer revisar las cosas de la abuela, aunque mi hermano me había dado una semana. Era una vivienda alquilada, él se la devolvía al propietario y yo tenía que buscar otro sitio. En el piso de mi hermano no había sitio y no quería acercarme, tenía otros planes.

Antes que nada, quería hablar con Andrey e incluirlo en mis decisiones. Era una farsa de matrimonio, pero si él insistía tanto en querer ayudarme, yo iba a poner a prueba los límites de su apoyo. Cuando le viera enfadado, me echaría para atrás.

Lo primero que aprendí en este nuevo ciclo fue a aceptar ayuda, por mucho que quisiera hacerlo todo yo sola. Para mí era fácil, siempre tenía a alguien que me guiaba, como Gusttavo y la abuela. Pero ponía límites, no molestaba, era participativa. A quien me diera algo, se lo devolvería.

Plantada frente a la casa, esperé a que Andrey viniera a recogerme. Le había llamado antes y él me había querido a su lado desde el principio, pero yo necesitaba dormir. Acordé que después de las ocho de la tarde veríamos una película en su casa y quizás conoceríamos a sus padres.

No estaba preparada, pero iba a aceptar lo inesperado en mi vida.

En cuanto su coche se detuvo, cerré la puerta y me apresuré hacia la verja. Andrey ya estaba junto al coche, esperándome con los brazos dispuestos a rodearme.

Vestido de forma más informal, incluso con pantalones cortos y un polo, parecía el elegante hombre de negocios que había conocido en la librería. Llevaba el pelo revuelto y húmedo, debía de haber salido de la ducha y venido a recogerme.

Le rodeé el cuello con los brazos y él me rodeó la cintura con los suyos. Su olor no hacía más que aumentar la intensidad de lo cariñoso que podía llegar a ser. Nuestros intercambios de mensajes, en aquella situación crítica, nos acercaron más de lo normal.

— Hola—. Murmuró cerca de mi oído, me besó la mejilla y se apartó para mirarme a los ojos. No lo solté y él tampoco. Al darse cuenta de mi franqueza con una tímida sonrisa, acercó su boca a la mía y me dio un beso. — ¿Estás lista?

— Sí. — Me acerqué a él y le di otro beso, sin ninguna delicadeza. Andrey correspondió, abriendo la boca y rozando nuestras lenguas, dominando la situación. Pasión y calor, me sentía

tan deseada cuando él actuaba así. Pero se detuvo demasiado deprisa, y acabé haciendo un mohín de protesta. — Te echaba de menos.

— Yo también. — Sus manos se deslizaron por mi espalda, luego bajaron, se detuvieron en mi trasero y lo apretaron suavemente. Antes de que pudiera protestar, me guiñó un ojo y nos apartó del coche para abrir la puerta. — Vamos a casa, será toda nuestra.

— ¿No estarán tus padres?

Cerró la puerta, rodeó el coche y se sentó al volante. Me puse el cinturón de seguridad y me incliné hacia delante, intentando comprender cómo funcionaba aquel salpicadero digital.

— Mis padres están en una fiesta. Tal vez te reúnas con ellos para desayunar.

— Qué vergüenza, Andrey. — Pulsé un botón y luego el otro. Algo sucedió en el salpicadero mientras sonaba la música y me volví hacia el conductor, el volante tenía varios botones y él los manipulaba allí. — ¿Te va a molestar que sea tan diferente a ti?

— ¿A qué te refieres?

— Ni siquiera sé cómo funciona esta pantalla. — Me relajé en el asiento y él arrancó el coche, conduciéndolo con una mano mientras la otra se extendía a mi lado, entrelazando nuestros dedos. — Soy huérfana y no tengo dónde vivir. Va a ser toda una aventura salir con un hombre como tú, pero también sé lo que parece.

— Contrariamente a lo que todo el mundo cree, no creo que la gente se acerque a mí por el dinero. De hecho, he tenido más experiencias de distanciamiento por ser el heredero del Grupo Bianchi. — Me apretó la mano, suavemente. — Y nos acercamos por otra razón.

— Me viste peleando con Alecsandra por un libro.

— Quizá quería que me defendieran como tú hiciste con Scorn. — Sonrió y la canción llegó a su estribillo.

"Despertar en una habitación vacía

Los muros se desmoronan

La ira llama a tu puerta

Se acabó la paciencia

Todavía escondido

Nunca pensé que caeríamos tan bajo

Dividir

Sin saber nunca adónde ir".

Crashing Atlas — No queda nada

— No necesitas que nadie te proteja. — Le di la mano y puse la otra en su brazo, sintiendo el músculo oculto en su polo. — Con este brazo, podría derribar a cualquiera.

— Que sepas esto, Novia. Te salvaré si estás en peligro. — Alzó las cejas, divertido. — Incluso a tu hermano. ¿Está todo bien con él?

— Sí y no. Se suponía que íbamos a hablar del futuro de la empresa heredada de la abuela, pero yo quería dejarlo estar. — Le acaricié la espalda con los dedos. — Yo también necesito un trabajo. Voy a la facultad a usar el laboratorio de informática y a entregar mi currículum. No hay salida fácil, he aceptado el largo camino que me espera.

— Puedes hacerlo en el ordenador de tu casa. También tengo una impresora. E... — Giró la cara rápidamente para mirarme, pero estaba concentrado en la dirección. — Necesito a alguien que me ayude con la transición. Quiero dejar de ser el heredero de Bianchi y hacerme cargo de mi propio negocio.

— Puedo ayudarte, como en unas prácticas, pero sin sueldo. — Mi corazón se aceleró y quería salirse por la boca. — En algunos aspectos ya vamos demasiado rápido. Hay mucho más que perder en los negocios que en el amor.

— ¿Y por qué el universo conspira para que todo suceda a la vez? Créeme cuando te digo que, desde que nos conocimos, parece que lo inesperado se ha convertido en algo natural y yo simplemente lo acepto como cierto.

— Podríamos estar decepcionados en el trabajo y eso podría afectar a nuestro romance.

— O no. Aceptaré tu ayuda sin cobrar, siempre que pueda ayudarte con el alojamiento. ¿Qué te parece?

— Que tienes que prometerme ser siempre sincero y no preocuparte por mis sentimientos si algo no va como tú quieres.

— Quiero lo mismo, Gabi. — Me apretó la mano y yo le correspondí. — Sé siempre sincera. Así que voy a empezar a hablar, porque la idea de tenerte conmigo en el trabajo me hace pensar en sexo sobre la mesa o en la silla.

— Y sólo nos hemos besado hasta ahora. — Miré al techo a través de la ventana y traté de no dejar que el aire en mi estómago me abrumara. Me sentía bien, pero también me avergonzaba, porque nunca había hecho este tipo de coqueteo, no había llegado a ese nivel. Pero le había pedido que fuera sincero y no podía reprocharle que lo hiciera. — Estoy muerta de vergüenza, pero he visualizado la escena y no sé qué decir sin sonar como una... puta.

— Si es sólo para mí, puedes estar segura de que seré tu gigoló particular. — Llevó mi mano a sus labios, dejó un beso húmedo y me soltó, sonriendo más comedidamente. — Pero puedo ir más despacio.

— Entonces no serías tú.

— Exactamente.

— No parecer tan...

— ¿Libertina? — rió, acomodándose en su asiento. — Todos los hombres tienen una fuerte tendencia a sexualizarlo todo. No todos hablan de ello abiertamente, pero eso no significa que no piensen en ello. Y tú eres mi novia, que ha leído un libro en el que el personaje habla de una forma mucho más vulgar.

— ¡Pero es ficción!

— ¿No te gustaría que algunas cosas se hicieran realidad? — Giró el volante y me miró de frente, sonriendo con malicia. Se me calentó todo el cuerpo, conocía mis libros y daba a entender que había aprendido de ellos tanto como yo. — Te estoy presionando un poco, porque no es algo que no te guste, sino una limitación que te estás poniendo a ti misma por culpa del juicio de la sociedad.

— Deja de ser tan perfecto. ¿Estás siquiera adivinando? — Moví las piernas y los brazos, maldita sea, podía leerme tan bien.

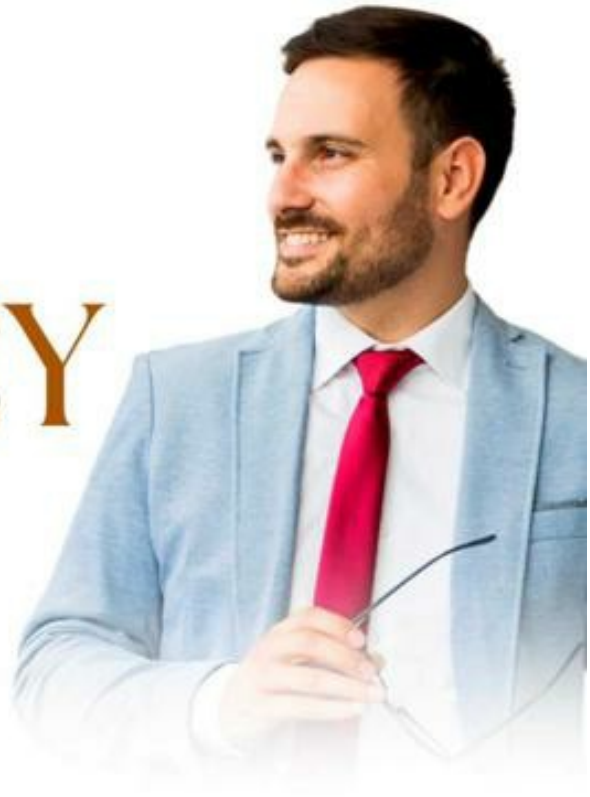
— Así que si no quieres oír nada más sobre cómo tengo segundas y terceras intenciones para estar contigo cada día, pídeme que pare.

— Tal vez quiero que continúes.

— Esa es mi chica.

Su posesión me hacía sentir deseada y, por mucho que me poseyera, me permitía compartir.

ANDREY BIANCHI



Capítulo 15

Había estado muy callada desde que entramos en la casa. Le enseñé las habitaciones de abajo, sus ojos se fijaron en la gran librería del estudio de mi padre y subimos a los dormitorios.

Sujetando su bolsa de viaje, la coloqué en el banco del armario y la vi mirar a su alrededor, fijarse en mi pared de fotos de los lugares que he visitado, la mayoría de ellos solo, y en el escritorio con el portátil.

— Has viajado mucho. — Tocó uno de ellos y me acerqué, dándome cuenta de que era de Italia. — He visto este lugar.

— *Fontana di Trevi* — Forcé el acento y ella sonrió. — Aprendí un poco de italiano cuando fui y pasé un mes entre reuniones y visitas turísticas.

— Vaya, ¿haces negocios internacionales?

— El Grupo Bianchi empezó con mis abuelos en Italia. Tenemos un hotel y un restaurante, gestionados por otras personas, pero obtenemos una parte de los beneficios gracias a lo que invertimos. — Su mirada de admiración me hizo sentir el hombre más jodido del mundo. Pero esto era lo que mi padre había construido, yo quería algo para mí. — ¿Has estado alguna vez en el extranjero?

— En los libros, sí. — Bajó la mirada y volvió a mirar el mural. — Es una realidad lejana para mí, lo confieso. Pero los directores generales italianos siempre han ocupado un lugar especial en mi corazón.

— La estreché entre mis brazos y rodeé sus caderas con los míos, apoyando las manos en sus costados. — *Si no te toco pronto, podría morir.*[1]

— Tendrás palomitas y guaraná, Andrey. Si empiezas a hablar así en italiano, me voy a convertir en la novia pegajosa que no para de suspirar al pasar.

Lo sensato sería parar o espantarme. He tenido muchas mujeres que se me han pegado y me han seguido llamando porque querían más de lo que yo podía dar. Así que yo lo daba todo y para ella, si era menos, sería más que suficiente.

Observé sus ojos, la oscuridad de la pupila y el brillo que tenía, sólo con mirarla. Besé entre ellos, luego su nariz, ella sonrió y no necesitó que la sedujera. Ese día no. Había perdido a su abuela y necesitaba un lugar seguro, y yo podía ofrecerle mi habitación.

— ¿Andrey? — gritó en un susurro. — Gracias por todo. Por todo lo que estás haciendo.

— ¿Puedo imprimir el contrato de trabajo? — Me aparté para sacar la silla y la empujé suavemente para que se sentara. — Mientras nos preparo un tentempié, puedes usar el portátil, está desbloqueado.

— ¿Y si manipulo algo personal y resulta dañado?

— Para eso existen los profesionales de la informática, para arreglar lo que no sabemos. — Di la vuelta a la silla y pulsé la barra espaciadora del teclado, y la pantalla cobró vida. — Me pediste que fuera sincero, ¿verdad? No tengo nada criminal en mis archivos, pero hay muchas cosas comprometedoras. Si no te asusta, no tiene sentido ocultarlo.

— Sólo voy a acceder a mi correo electrónico y utilizar Word en línea.

— Enseguida vuelvo.

Me detuve un segundo, deseando estar más tiempo cerca de ella, pero me obligué a salir de la habitación e ir a la cocina a preparar las palomitas y el refresco. Estaba acostumbrado a mujeres a las que les gustaba el vino más caro o el queso más curado, Gabriella conseguía sorprenderme con su sencillez.

Puse las palomitas de microondas en un cubo temático, llené dos vasos térmicos con refrescos y subí los escalones a grandes zancadas, porque mi corazón acelerado indicaba lo emocionado que estaba por este momento. Me recordaba al instituto, cuando mis padres apenas me dejaban traer chicas a casa, pero después de empezar a trabajar dejaron de regañarme. Sólo tenía que ser discreto.

Entré en el dormitorio, cerré la puerta y encendí el aire acondicionado. La dejé trabajando en su ordenador, me quité los zapatos y acomodé los cojines en la cabecera de la cama, poniéndome cómodo. Encendí la televisión y busqué una película que pudiera gustarle, recordando que era una apasionada de los libros.

Ciertamente parecía que había visto Crepúsculo diez veces. ¿Le importaría ver la undécima conmigo? Sólo para comentar las escenas y burlarme de ella, porque podría hacerlo mejor que un vampiro que brilla.

— No tienes que esforzarte tanto, prometido. — Gabriella echó hacia atrás su silla y me miró con una sonrisa misteriosa. — Me quedo con algo como "Misión imposible" u "Once hombres y un secreto".

— No conozco este segundo. Lo pondré aquí.

— Estoy terminándolo. He encontrado una plantilla de CV muy bonita. — Sus dedos teclearon rápidamente en el teclado, sorprendiéndome por su agilidad. — No tengo mucha experiencia, pero hice muchos cursos gratuitos en la ciudad. Prácticamente vivía en la escuela.

— Nerd.

— Estudiosa. — Volvió a mirarme fijamente. — No me van los superhéroes, las grandes sagas ni la cultura pop, sólo los libros, sobre todo las novelas románticas.

— Puntos calientes.

— Contenido adulto de calidad, sí.

— Podemos ver "50 sombras de Grey".

— O "365 días". — Volvió a mirar el ordenador, moviendo los hombros, debía de estar conteniendo la risa.

— Esa tampoco la conozco.

— Dejémoslo para la tercera reunión.

— Pero esto es el dormitorio. En un dormitorio. — Sonreí con picardía y le oí reír. — Lo dejaré para el séptimo entonces, es un buen número.

— Eso es. — Se dio la vuelta, con cara de diversión. — ¿Cuál es su dirección de correo electrónico? Solicito el puesto de secretaria.

— Asistente ejecutiva. Tendrás que hacerme el café y levantar acta de las reuniones, novia. — Dije mi dirección de correo electrónico y ella la tecleó.

— Es mucho trabajo, pero si eres un buen jefe, puede que hasta acaricie a tu perro.

— Ay—. Bromeé y ella soltó otra carcajada, esta vez la vibración me llegó a la ingle y quise hacer mucho más que sonreír.

Se quitó los zapatos, se subió a la cama y cogió el vaso de refresco para beber un sorbo. Se sentó a mi lado y dejó que pusiera la película para que pudiera acercarla a mí. Al parecer, tenía muchas ganas de comerse las palomitas y beberse el guaraná.

— Gracias. — Levantó su copa en un brindis y yo cogí la mía para tocar la suya. — La última vez que tomé esto, como en el cine, fue antes de irme a estudiar.

— ¿Te llevó tu abuela?

Ella asintió y suspiró, cambiando el ambiente. Pulsé el botón de reproducción para iniciar la película y utilicé el otro mando para apagar las luces de la habitación. Gabriella era fuerte y tenía un gran corazón, conquistaba por la pureza que había en sus palabras y en su mirada.

Como era de esperar, mientras la película estaba en marcha, ella comía vorazmente y se entusiasmaba con la trama de suspense que rodeaba la película. Descubrí que había otras dos y estaba más que dispuesta a maratonearlas si ella estaba a mi lado.

Casi al final, tanto la olla como los vasos estaban en la mesilla de noche, su cabeza descansaba sobre mi pecho y su cuerpo se amoldaba perfectamente a mi lado. Su pierna estaba doblada sobre la mía y el calor que emanaba de ella me inspiró para dar el siguiente paso.

Acaricié su espalda, olisqueé su pelo de vez en cuando y dejé que mi cuerpo reaccionara al suyo, llenándose de excitación. Y aunque no fuimos más allá de los besos, quise encenderme con los juegos preliminares.

Toques, conversaciones e insinuaciones, los que dominaban la paciencia se saciaban con el plato principal y el postre. En otras palabras, comían muy bien.

Y yo era un amante del acto sexual, convirtiéndolo en un ritual que agitaba no sólo los sentidos, sino también las emociones. Acostumbrado al club que mi padre mantenía en secreto, para que una mujer me interesara tenía que hacer las cosas de forma distinta a la habitual.

Con Gabriella, lo inesperado nos había acompañado desde que nos conocimos y era con ello con lo que nuestra relación nos llevaría.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 16

Aunque no había dormido mucho por estar con alguien y en una cama diferente, me sentía bien. La sensación de protección y afecto en los brazos de Andrey era tranquilizadora incluso en medio de la tormenta.

Al terminar la primera película me había puesto un pijama, el más modesto que tenía. Con bragas y un sujetador debajo, aún me sentía bien cubierta en comparación con los pantalones y la camiseta de tirantes de Andrey. Sus brazos eran musculosos y su piel agradable de acariciar.

Todo era tan perfecto, nos besábamos mucho y él no tenía reparos en tocarme. Me acostumbré a su desparpajo, no sólo reaccionaba mi barriga, sino también mi vientre. Me quedé dormida a mitad de la segunda película, a pesar de lo temprano que era. Mi cena acabó siendo palomitas con un refresco, lo que no me molestó ya que a esa hora sólo merendaba.

El timbre de mi móvil nos despertó. Con gran dificultad, me zafé de sus brazos y salí de la cama hacia mi mochila en el armario del dormitorio. Al asomarme a la ventana, ya hacía sol y la hora del aparato indicaba casi las ocho de la mañana.

Era mi hermano y la llamada había terminado. Con un largo suspiro, devolví la llamada y me alejé todo lo posible para no despertar a Andrey, contemplando mi reflejo en el espejo de cuerpo entero de la pared.

— ¿Dónde estás? — me saludó a su manera mandona. — Llegué a casa y no había nadie.

— Buenos días a ti también —murmuré, alisándome el pelo revuelto y colocándome el pijama.

— Gabriella, no estás aquí.

— ¡Dios mío! Relájate, ¿vale? — Suspiré. — Me diste hasta el fin de semana para solucionarlo. Así que eso es lo que estoy haciendo.

— ¿Encontraste algún sitio donde quedarte?

Permanecí en silencio mientras me miraba a mí misma, molesta. Gusttavo no me dio ninguna sugerencia de lugar donde alojarme, me estaba presionando para que buscara uno por mi cuenta.

Aunque ya había aceptado que estaba sola y estaba decidida a seguir mi propio camino sin apoyo, no me dolió menos cuando mi hermano me lo recordó.

— Todavía no, pero te avisaré cuando lo haya solucionado.

— No puedo permitirme pagar otro mes de esta casa.

— ¡Ya lo sé! ¿Puedes confiar en mí?

— Lo siento —. Murmuró, con tono de derrota — Es todo un lío, Gabi. No sé si cerrar el café o ir al despacho del idiota a reclamarle el dinero que invertí cuando me engañó.

— Si tienes pérdidas, es mejor que cierres. Eso lo controlas tú. He hecho mi CV y voy a buscar trabajo extra.

— No es tan sencillo. Y tienes razón, ve a buscar tus cosas, yo me las arreglaré. Mantente en contacto, me tengo que ir.

Abrí la boca sobresaltada, sintiéndome como una mierda por intentar encontrar mi propio camino, cuando él mismo me había dado todos los indicios para hacerlo.

Me quité el móvil de la oreja y la visión de Andrey detrás de mí me hizo olvidar cualquier problema. Sus brazos me rodearon la cintura, apoyó la barbilla en mi hombro y su cuerpo, muy cálido y firme, se amoldó al mío.

Sus ojos se cerraron e inhaló profundamente, cerca de mi cuello.

— Buenos días—. Murmuró y rozó mi piel con sus labios. Mi corazón se aceleró y su apretón aumentó. — ¿Qué tal estás?

— Sí, sólo mi hermano.

— ¿Celoso?

— Protector. — Le miré a los ojos, que se abrieron por reflejo. — Y mandón. Como nuestra diferencia de edad es tan grande, siempre ha sido una figura masculina, como un padre. Pero yo ya soy mayor y sé cuidarme sola.

— Estupendo.

Andrey levantó el torso, su cabeza por encima de la mía y sus manos aplastaron mi vientre. Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo; aunque mi pijama no era transparente, era ajustado y dejaba ver cada curva. En la oscuridad, no tenía muchas oportunidades de mirar. Con la luz del sol iluminando el armario, no perdió la oportunidad de echarme un vistazo.

— ¿Y bien? — pregunté, con el corazón a punto de salírseme del pecho.

— ¿Qué? — Sonrió de lado, sabiendo lo que le preguntaba, pero provocándome para que entrara en más detalles que mis pocas palabras.

— ¿Te ha gustado lo que has visto?

— De hecho, estoy disfrutando de todo lo que no puedo ver. — Sus manos subieron cerca de mis pechos, luego bajaron, se detuvieron en mis muslos y apretaron. Como siempre, me soltó antes de que pudiera protestar por el inesperado gesto. — ¿Quieres ducharte primero?

— Podría ser. — Me di la vuelta mientras se alejaba, retrocediendo y ofreciéndome una hermosa vista de su escultural cuerpo. Fue mi turno de comprobarlo, incluso lo que no estaba expuesto, y mi cara se calentó por el escrutinio. Acerqué la cabeza y él me miró divertido. — ¡Oh!

— Aparte de mí, ¿qué te apetece desayunar?

— ¡Vaya viaje, Andrey! — Hice un gesto con la mano, despidiéndolo, y nos reímos de mi bochorno. Me estaban encantando estas bromas y estaba deseando que llegara el momento de hacerlas realidad. — Café y tostadas, pero si no tengo, como cualquier cosa.

— ¿Huevos revueltos y macedonia? — Me levantó una ceja y me encogí de hombros.

— Mientras no sea pan duro y leche, me los llevo todos.

— Te haré cambiar de opinión, novia. — Me guiñó un ojo, lleno de malicia. Salió de la habitación y fruncí el ceño, sin comprender el motivo de su reacción.

Pan duro. Leche. Me llevé las manos a la cara y controlé mi risa, Dios mío, lo interpretaba todo con malicia, haciéndolo todo más intenso.

Guardé el móvil, cogí una muda de ropa y un nécessaire y me dirigí al cuarto de baño contiguo al dormitorio. Lo hice todo deprisa para no hacer esperar a Andrey. Me recogí el pelo en un moño, lo aseguré con un gancho, y lo encontré sentado en la cama, mirando hacia la puerta mientras yo salía.

— Estoy lista. — Me acerqué a él, le besé la frente y él rodeó mis caderas con sus brazos, envolviéndome el culo y apretándome contra su cabeza. Acepté su caricia y le alisé el pelo, que era corto y suave, y una sensación maravillosa vibró por todo mi cuerpo. — Gracias por la película, la cama y el ordenador.

— ¿Qué quieres hacer hoy?

— Estoy recogiendo mis cosas en casa de mi abuela y ordenando todo lo que haya que donar. También voy a seguir entregando mi CV y esperando las llamadas para las entrevistas de trabajo.

— ¿Has encontrado ya un sitio? — Levantó la cabeza y seguí alisándole el pelo, empezando por la frente. En esa posición, parecía aún más joven, pero no menos seguro de sí mismo.

— No. Pero...

— ¿Pasar el día conmigo? Te ayudaré con lo que necesites por la noche. — Sonrió y apreté mis labios contra los suyos.

Era como la primera vez que le besaba, un sabor nuevo y una posición diferente que me producían sensaciones inusuales. Mis pechos estaban cerca de su cara, subían y bajaban, rozándole a pesar de que llevaba un sujetador push-up.

No razoné, apoyé una rodilla en el colchón junto a su cuerpo y luego la otra, cabalgándolo sin pudor. Los vaqueros se me pegaban a los muslos, presionando aún más mi piel e inflamándola.

Me aplastó la parte baja de la espalda y luego subió lentamente, provocándome un escalofrío. Incliné la cabeza a un lado y luego al otro, y él gimió mientras yo me acomodaba en su regazo, sintiendo cómo se endurecía entre mis piernas.

Me retiré, dejando castos besos en sus labios, me levanté y controlé la calentura que quería anular mi lado racional. Por mucho que no tuviera a nadie a quien responsabilizar de lo que hacía, aún no estaba preparada para tener mi primera vez, no sin la seguridad de un hogar.

— ¿Cuál es tu plan para hoy? — le pregunté, cogiéndole de la mano y tirando de él para que se levantara y se duchara.

— Tengo que ir a la oficina, hablar con el abogado y luego ver los tres pisos a los que les he echado el ojo.

— ¿Por quién? — Me quedé sin aliento, imaginando que hacía todo esto por mí. Era demasiado.

— Necesito mudarme de casa de mis padres. Por mucho que siga siendo socio de mi padre, quiero tener mis cosas separadas de las suyas, empezando por la casa.

— Bien, bien. — Le empujé hacia el baño, aliviada y tensa al mismo tiempo. — No

perdamos tiempo. ¡Vamos, vamos!

— Creía que ibas a ser mi ayudante, no mi jefe—. Se burló.

— Se me da bien optimizar el tiempo, señor Bianchi, empezando por la rutina personal. — Entró en el cuarto de baño y se dio la vuelta, dispuesto a hacer una broma, pero levanté el dedo índice y mantuve una postura seria. — Aproveche para lavarse los dientes mientras se duchaba.

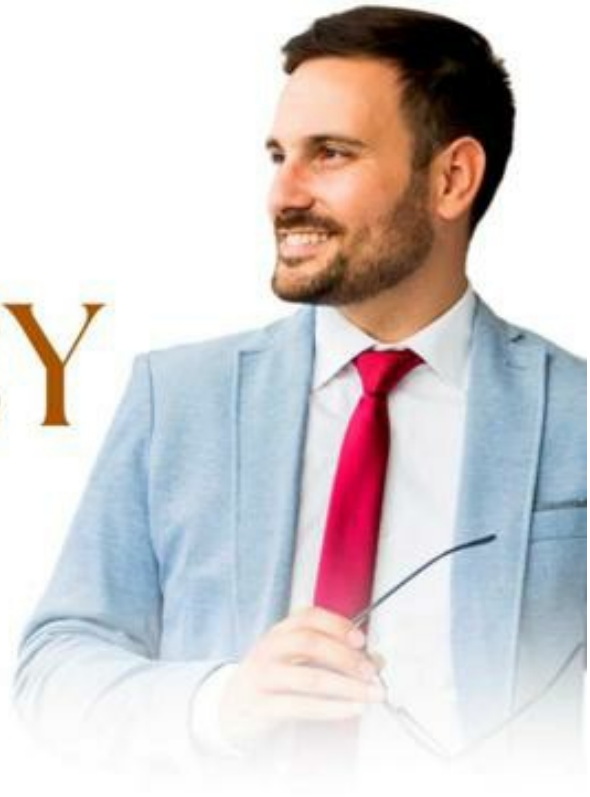
— Está contratada, señorita.

— Espera a que pasen los cuarenta y cinco días. Quizá sea demasiado aburrido.

— Siendo mi prometida, sé cómo domarte. — Me guiñó un ojo y cerramos la puerta juntos.

El día podría haber empezado tenso con la conversación de Gusttavo, pero tenía todo lo necesario para acabar con un montón de emociones. No me había dado cuenta de que en el desayuno tendría que lidiar con mis padres, mis suegros.

ANDREY BIANCHI



Capítulo 17

A pesar de lo tranquila que estaba, hubo un atisbo de tensión cuando salí de mi habitación con Gabriella y fuimos al comedor a desayunar.

Mis padres, que habían asistido a una fiesta nocturna, se despertaron ese mismo día y se cruzaron en nuestro camino. Preferí presentar a mi prometida con un traje de fiesta y maquillada, porque mi madre siempre juzgaba a las que no se molestaban en estar maravillosas.

La cuestión era que mi concepto de belleza era muy diferente y Gabriella tenía más presencia con su sencillez. Y no me avergonzaba de mi elección, mis sentimientos por aquella mujer crecían cada vez más.

Entramos en la habitación y mi madre se levantó al verme. Su sonrisa se desvaneció al verme acompañado, pero no perdí mi postura confiada, como había aprendido de mi padre.

Él, por su parte, estaba sentado a la cabecera de la mesa, con su habitual ropa seria.

— Buenos días, hijo mío. — La señora Ludmila me abrazó y miró a Gabriella de forma intimidatoria. Intentó disimular lo mucho que mi madre la juzgaba con la mirada, pero sus mejillas sonrojadas dejaban ver su nariz respingona. — Hola, jovencita.

— Esta es Gabriella, mi prometida. — Mi padre nos miró y los dos intercambiaron besos en la mejilla.

— Es un placer y gracias por recibirme.

— La invitación era enteramente de Andrey — La objetividad de Francisco Bianchi me hizo estrechar la mano de Gabi y ella respiró hondo.

— Sí, pero es tu casa y te lo agradezco de todos modos.

— ¿Comemos? Optimizar el tiempo, ¿no? — Tiré de ella para sentarla al otro lado de mi madre, lejos de mi padre, para protegerla.

Mis padres no eran malos ni mezquinos, simplemente eran demasiado desconfiados y no tenían en cuenta los sentimientos. Nunca he sido impulsivo, esta era la primera vez y todas las señales del universo indicaban que iba por buen camino.

— ¿Desde cuándo estáis juntos? — Mi padre centró su atención en mi mujer, sorbiendo lentamente su café.

Ya no tenía dieciocho años y estaba cortando ese cordón umbilical, no necesitaba darle ninguna satisfacción. Por mucho que el matrimonio fuera una exigencia suya, la forma en que lo estaba afrontando era a mi manera.

— La conocí en LeParoli —dije, aunque no era la respuesta a su pregunta. Sería vago y objetivo, como lo era mi padre.

— ¿A ella también le gusta leer? — preguntó mi madre, más emocionada. Había adquirido el hábito de la lectura con ella.

— Sí, me gusta mucho leer, desde libros románticos hasta técnicos—. Respondió, mirándome con aprecio mientras me servía una taza de café.

— Andrey leía muchos libros de mitología y fantasía cuando era niño. Pero después de la universidad, sólo piensa en trabajar. — Mi madre cortó un trozo de papaya y se lo metió en la boca, elegante. Se equivocaba, yo siempre seguí leyendo, pero cambié los libros físicos que siempre escogía mi padre por los digitales, para que nadie supiera lo que pasaba en mi móvil. — ¿A ti también te gustan este tipo de libros?

— Sí, y también otras variantes, con suspense, terror y romance.

— Y caliente — me burlé de ella, pero era el momento equivocado y con mis padres alrededor.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó mi padre y Gabi me dio una patada en la espinilla, haciéndome reír.

Ah, joder, ya no era un niño avergonzado de decir lo que me gustaba. Pero tampoco pondría a mi novia, que estaba comprometida con ellos, en una situación tan comprometida.

— Sólo se está divirtiendo con algo de lo que hablamos ayer —Gabriella hizo muy bien en desviar el tema, y yo la admiré un poco más.

— ¿Vas a ir hoy a la empresa, Andrey? Podemos ir juntos. — El director general del Bianchi Group se levantó y supe que no era una pregunta, sino una orden. Si no hubiera estado tan decidido a ser independiente, quizá le habría acompañado.

— Primero iré al abogado y luego a la oficina.

— ¿Sigues pensando en esas empresas en quiebra? — preguntó, lleno de ironía. No creía en mis proyectos, sólo funcionaban si yo seguía sus ideas.

— Todo tiene un principio, ¿verdad? Un negocio, una relación y una familia. He

aprendido a seguir, ahora quiero hacerlo de forma un poco diferente. — Sonreí, devolviéndole la sonrisa con mi sarcasmo.

— Quieres demostrar algo que no tiene importancia para mí.

— Exactamente, papá. No se trata de ti. Pero muchas gracias por el ofrecimiento de llevarme, hoy me quedo con Gabriella.

Con una última mirada de superioridad a la mesa, se marchó y mi madre exhaló bruscamente, preocupada por la impresión que pudiera causar aquella discusión.

— Los hombres y su testosterona—murmuró. divertida. — ¿Cómo son tus padres, Gabriella?

— No los conozco, soy huérfana—. Respondió con tanta naturalidad que se me formó una pesadez en el pecho, y ciertamente era así con mi madre. Oí su risa floja y la vi tomar un sorbo de café para disimular el mal humor. — Lo siento, estoy tan acostumbrada y tan resuelta en este tema que a veces olvido que no todo el mundo tiene la misma opinión que yo.

— ¿Están muertos?

— Me crió mi abuela, no los conocí y no sé quiénes son.

— ¡Andrey! — Entendió el brazo sobre la mesa y chasqueó el dedo. — ¿Recuerdas a ese detective? El que encontró pruebas de la traición de Augusto Conte. Fue un escándalo.

— ¿Qué tiene eso que ver, mamá? — Fruncí el ceño, confuso por la conversación. Miré a Gabi, que intentaba comer mientras yo seguía su hilo de pensamientos.

— No hay nada que no pueda averiguar, el hombre tiene contactos en cada esquina. — Sonrió a mi prometida como un depredador. — Deberías contratarlo y recuperar a tus padres.

— ¿Eh? — Dejó los cubiertos, se rió torpemente y metió la mano bajo la mesa para apretarme el muslo. — Creo que llegas a tiempo, Andrey. Si no, nos perderemos la reunión con el abogado.

— ¿Te has terminado el café?

— ¡Estoy lista! — Sonrió con la boca cerrada y una mirada de ojos muy abiertos hacia mí, quería salir corriendo y yo no la juzgué.

— Me voy, mamá. — Me levanté y parecía perdida. — Dame sus datos, hablaremos más tarde.

— Por supuesto. — También se levantó y recorrió la mesa para despedirse. — Y arregla todo para que Gabriella lleve un bonito vestido en el próximo evento, además de hidratarle el pelo. Tu futura esposa no puede aparecer tan sencilla como hoy.

Aparté a mi novia del ataque, cogí su mochila del dormitorio y prácticamente corrimos hacia el coche. Le abrí la puerta para que subiera, se acomodó tranquilamente y cuando me senté al volante, ella reía y se secaba las lágrimas que le brotaban.

— ¿Va todo bien?

— ¡Dios mío!

— ¿Gabi?

— Un momento.

Me di cuenta de que se estaba riendo, pero también llorando, un conflicto de sentimientos. Dejé que se desahogara, arranqué el coche y bajé mucho el volumen para poder concentrarme y no rebatir todo lo que decía mi madre.

"El amor es lo suficientemente duro

Sin renunciar

En tiempos difíciles

Espere un poco más

Sé un poco más fuerte

Necesitamos

Luchar por el amor

Tenemos que

Luchando por amor"

FITUMI — Lucha por el amor

Respiró hondo para tranquilizarse, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. Aunque sonrió, era una sonrisa triste y nostálgica.

— Tus padres son geniales, Andrey. De verdad. — Me miró fijamente y yo le sostuve la mirada durante segundos mientras conducíamos. — Pero debo de ser la peor nuera que podrían desear. ¿Te hidratas el pelo? Ni siquiera sé qué es eso, nunca lo he hecho.

— ¿Te ofendió?

— Creo que estoy más conmocionada que eso. Están preocupados por su hijo, no voy a juzgar porque me subestiman. Y esta boda es sólo un arreglo, será interesante aparecer a mi manera sencilla en esta fiesta.

— O podríamos usar su tarjeta y darles lo que quieren. — Levanté la ceja en señal de desafío. — Pues demuéstrales que querer cambiar a alguien tiene un precio.

— Pero no quiero ser una aprovechada.

— Por eso se convertirá en una de nuestras actividades. Las fiestas forman parte del trabajo y el código de vestimenta es responsabilidad de la empresa. — Detuve el coche delante de la oficina de contabilidad de la empresa y la miré fijamente, con picardía, mientras ella no salía de su asombro. — ¿Quién dice que el trabajo tiene que ser aburrido y monótono? Hagámoslo interesante, eres la compañera ideal para mis planes.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 18

Mi primer pensamiento fue abandonarlo todo y volver a casa. Luego recordé que ya no tenía motivos para alejarme, a menos que Andrey lo decidiera o que la cosa se pusiera demasiado fea para mí.

Y no era aburrido ni tedioso, era todo muy surrealista y me removía los sentimientos. Era la misma sensación que leer un libro cuyo protagonista tuviera momentos monos y momentos gilipollas, consiguiendo hacerme suspirar de amor y maldecir indignada.

Bueno, esta era mi nueva vida y tenía que lidiar con ella. Como los padres pijos y engreídos de Andrey. No podía ofenderme ni enfadarme, eran demasiado surrealistas para mi vida tranquila y sencilla.

Dando prioridad a mi lado profesional y servicial, en cuanto entramos en la sala de reuniones con el abogado, utilicé mi teléfono móvil para tomar todas las notas que consideré pertinentes. Me presentaron como novia, pero sabía cuál era mi lugar y quería aprender algo nuevo cada día.

Con Andrey, estaba experimentando lo desconocido y aprendiendo a lidiar con un terreno inestable. Como había comentado el abogado, que apoyó la decisión de Andrey de separar sus empresas del Bianchi Group, dirigir una empresa con dinero era fácil. Para ser considerado un buen gestor, había que convertir el caos en tranquilidad.

No pensó que Andrey empezaría de cero, enumeró sus cuentas de inversión y otras empresas virtuales en las que trabajaba, la mente de aquel hombre le produjo la misma sensación que sus besos, el escalofrío en el vientre y la excitación.

Guapo e inteligente, seguramente tendría algún defecto que me haría dudar si quedarme a su lado. Entonces recordé su desparpajo y lo sexualmente activo que debía de ser, pero yo estaba en otra etapa de mi vida.

Paciencia, necesitaba dejar que las cosas sucedieran antes de deducir lo que podría pasar entre nosotros.

Volvimos al coche, con el móvil aún en la mano y los dedos volando por la pantalla. Me senté en el automático, me puse el cinturón de seguridad y esperé a que el conductor empezara a hacerme preguntas:

— ¿Es su dirección de correo electrónico personal o la de su empresa?

— Da igual, yo uso los dos.

— No debería, los temas son distintos y hay que tratarlos por separado. — Hice una mueca y él me miró divertido. — Sonaba tan arrogante, como si llevara años en el mercado laboral. Lo siento, amigo.

— Dijiste algo muy coherente, y no me importó, porque aprendí de mi padre que todo estaba mezclado. ¿Dónde aprendiste eso?

— Un fin de semana había un curso de liderazgo y espíritu empresarial, y acabé haciéndolo. Recuerdo que era la más joven y todos los participantes querían decirme algo importante para que no cometiera errores al principio de mi carrera.

— ¿Fuiste a fiestas o disfrutaste de actos escolares?

— No, sólo las obligatorias. — Solté una carcajada por lo bajo, dándome cuenta de cómo sonaba. — Si no hacía lo que mi tía me decía, me obligaba a limpiar todos los rincones de la casa. Siempre odié limpiar los baños y tenía que fregar la lechada con un cepillo de dientes.

— ¿No es una tortura?

— Creo que fue una lección importante. Los que estudian poco tienen que esforzarse mucho. — Le di unas ligeras palmaditas en la pierna. — Dime la dirección de correo electrónico de tu empresa, te reenviaré el acta y podrás decirme qué he anotado de más o de menos.

— Como voy a crear un nuevo nombre de empresa, necesitaré un profesional informático para crear la parte tecnológica. Quiero que todo sea digital, nada de papel ni carpetas.

— De acuerdo, buscaré empresas o técnicos autónomos que ofrezcan este tipo de servicio. — He tecleado su dirección de correo electrónico personal y le he reenviado el acta de la reunión. — Mientras tanto, vamos a mezclarnos.

— Es nuestro destino, ya que estamos atrapados entre un matrimonio concertado y el trabajo. — Detuvo el coche delante de una verja que se abría y se inclinó sobre la consola central para besarme. — Aunque hay normas y buenas prácticas empresariales, de las que han probado y llevan muchos años en el negocio, podemos hacer las nuestras.

— Lección aprendida, Sr. Bianchi.

— Dilo cuando estemos entre cuatro paredes y estés muy dispuesta a dejarte dominar. — Me sujetó la barbilla con posesión y me miró fijamente, ajeno a todo lo que ocurría a su

alrededor. — Sin presión, Novia. Por ahora...

— Haré como si no hubiera entendido lo que quería decir con eso. — Me reí suavemente mientras entraba en el aparcamiento subterráneo de un elegante edificio comercial del centro de la ciudad. Todo mi cuerpo estaba caliente y mi vientre palpitaba de una forma totalmente nueva.

— Podríamos volver a encontrarnos con mi padre. Si dice alguna tontería...

— No te preocupes, me lo tomaré todo con calma. Después de todo, estoy aquí como asistente.

— Pero también eres mi prometida, así que tendrás que aprender a ser ambas cosas.

— No voy a faltarle el respeto a tu padre y no creo que sea apropiado que te tomes mi dolor si no me ofendo. Entiendo que los hombres son más... brutales y sin filtro.

— Nadie te va a intimidar delante de mí, por muy valiente y fuerte que seas. Así que acostúmbrate. — Aparcó y apagó el coche. — Voy a cambiar tu concepto de los hombres.

— Será divertido cuando conozcas a mi hermano.

— Sí. — Salió del coche y yo hice lo mismo, poniéndome la bolsa sobre el cuerpo. — ¿Cuándo será?

— Prefiero que sea el último punto de la lista. — Me apresuré a reunirme con él, entrelazó nuestros dedos y nos dirigimos al ascensor. — Por ahora, mi atención se centra en el trabajo y en un lugar donde vivir.

— De acuerdo. — Entramos y subimos al décimo piso. — ¿Qué te apetece comer?

— ¿Puedo elegir? — Hice una mueca, me preocupaba que no le gustara mi idea, pero quería arriesgarme.

— Sí, lo hizo. — Me besó en la frente, se abrieron las puertas y me condujo entre recepciones y gente.

Me presentaron como su prometida, una vez más, y no sabía si se me iría de las manos, ya que actuaba como empleada. Él mandaba, mejor le dejaba hacerlo a su manera.

Entramos en una sala elegante, Andrey sacó una silla de la mesa de reuniones que había cerca de la puerta y la arrastró hasta la mesa auxiliar. La puso a un lado, se sentó y me indicó que me sentara a su lado.

— Te enseñaré un poco mi rutina y lo que me gustaría que hicieras. Si tienes alguna

duda, sólo tienes que preguntar.

— Claro que sí, yo también lo escribiré. ¿No tienes papel o cuadernos? Lo digital facilita las cosas, pero aún así me gusta escribir de mi puño y letra para reforzarlo en mi mente.

— Toma. — Se inclinó, abrió un cajón y sacó una agenda de cuero negro, elegante y masculina. — Me la regaló mi madre en cuanto empecé a trabajar y nunca la he usado. — Volvió a inclinarse y me entregó un bolígrafo, también elegante. — Haz realidad el deseo de mi madre y úsalos, yo también seré feliz.

— Gracias, prometo honrar este regalo con trabajo duro.

— Y divertido, por favor. — Guiñó un ojo y abrió el cuaderno que tenía sobre la mesa. — Puedes tener ambas cosas y no convertirte en un viejo aburrido que sólo habla de finanzas.

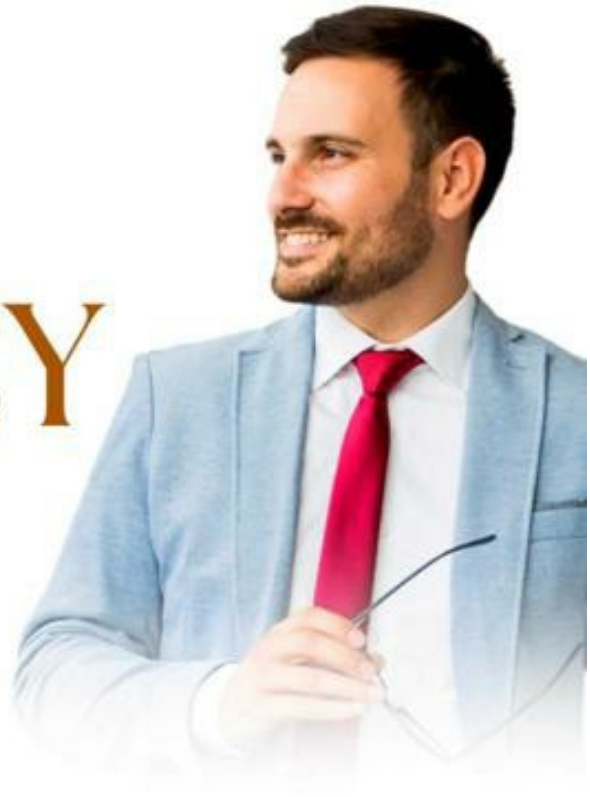
— ¿De verdad dejaste de leer después de ir a la universidad? — Cambié de tema y recordé la conversación del desayuno.

— Dejé de comprar libros físicos, siempre leo en digital. — Abrió el primer cajón del escritorio y sacó el dispositivo Kindle. Mis ojos se iluminaron y él sonrió. — Este es nuestro secreto, ¿verdad?

— De acuerdo. — Le besé la mejilla y asentí cuando quiso acercarse. Abrí mi elegante agenda, saqué el bolígrafo y me acomodé en la silla para empezar a tomar notas. — ¿Cómo gestionas las empresas de aquí?

— Voy a abrir los sistemas y empezar con LeParoli.

ANDREY BIANCHI



Capítulo 19

Lo más apropiado sería estar cansado por el doble viaje, ser empresario e instructor. Pero tener una mujer tan decidida y proactiva como Gabriella, no me hizo perder el interés por nada, descubrí muchas cosas al mismo tiempo que ella aprendía.

Almorzamos entre risas y divertidas discusiones sobre nuestros libros favoritos, en un restaurante popular que vendía platos cocinados. Me dijo que solía comer allí con su abuela cuando estudiaba y que la comida era muy buena. También hablamos de música y películas, así como de nuestros gustos gastronómicos y de las estaciones del año.

Por la tarde, visitamos los pisos que me interesaban, todos amueblados y listos para que me mudara enseguida. Me di cuenta de que se quedó más tranquila en ese momento, sabiendo que era un gran paso.

Estaba pensando en invitarla a vivir conmigo, por muy inesperada que fuera aquella propuesta. Además de la boda y de todo lo que nos había pasado, no podía alojarla en mi piso sin que la ruptura se complicara. Si no funcionaba, ¿cómo iba a dejarla sin trabajo y sin casa?

Entonces recordé la principal lección sobre el espíritu empresarial: analizar el mercado era distinto de ser inseguro. Cuando dudaba de que la relación pudiera funcionar, perdía el derecho a hacer que funcionara. Pero si analizaba los puntos débiles para reforzarlos, entonces merecía el éxito.

Con todo hecho por mi parte, había llegado el momento de ayudar a Gabriella. El barrio en el que vivía coincidía con el de una querida amiga, con la que había tenido un desencuentro en el pasado y entraba en mis planes aclarar el malentendido. Esperé a que mi padre me diera el control, pero nunca lo hizo y tuve que cambiar de dirección.

Al tener mi propio negocio e inversiones, podía tener el socio que quisiera.

Dejé esas preguntas sin respuesta para poder encontrarlas más tarde. Con Gabi a mi lado, muchas cosas se resolverían más rápidamente. Mientras visitábamos los pisos, pidió cuatro presupuestos a empresas tecnológicas, dos de las cuales solicitaron reuniones para averiguar exactamente lo que necesitaba.

Al entrar en su casa me quité la chaqueta y la corbata y subí al dormitorio. Muy humilde e impersonal, no recordaba cuándo había entrado por última vez en casa de un amigo o de una mujer con la que tuviera una relación en ese momento. Siempre había sido en el club, con los

amigos de mis padres o en un motel.

Sin darme cuenta, acabé anulando mis propios deseos y anhelos para seguir el camino predeterminado de otra persona. Me sentí más segura cuando me di cuenta de que acercarme a Gabriella no hacía sino confirmar lo que había planeado antes de conocerla: quería algo propio.

— Siento el desorden, estuve en el hospital muchos días, luego murió la abuela y... — Se encogió de hombros, su semblante cambió de atento a triste.

La estreché entre mis brazos y ella me apretó, necesitaba cariño y un hombro en el que apoyarme, podía ser mucho más.

— Estás siendo demasiado fuerte, Gabi. Es muy reciente y aún necesitas deshacerte de tantas cosas que te recuerdan a ella. Si quieres, te pago...

— Los últimos días han sido una preparación para mí. — Se apartó y se pasó la mano por la cara, probablemente para secarse las lágrimas que se le habían escapado. Le alisé el pelo, le apreté la nuca y ella sonrió, de esa forma triste y fuerte que me hacía admirarla cada vez más. — Todavía me duele, la echo de menos, pero no tiene sentido quedarme llorando. Mi vida continúa y la estoy desperdiciando con sufrimiento.

— Eso es parte de ello.

— Quizá me tome un día o dos de descanso, tumbada en la cama sin hacer nada, como si mi mundo se hubiera derrumbado. Pero lo único que pienso es: ¿cómo voy a hacerlo sin mi casa? Así que céntrate en la acción. — Me señaló. — Creo que debes tener algo de la ropa de mi hermano para no estropear la tuya.

— Estoy bien. — Me paré derecho frente a ella. — Te toca dar órdenes, novia.

— Compraré las bolsas de basura de cincuenta kilos para meter la ropa de cama y baño. Me quedaré sólo con dos de cada. — Se quitó los zapatos, salió de la habitación y yo la seguí. — Aunque todo está muy viejo y tendré que comprar nuevas.

— Podría regalártelo.

— ¿En serio?. — Me miró por encima del hombro, emocionada. — Pero será el vestido y el día de belleza en el salón, a juego con tu madre.

— No me importaría hacerlo a tu manera, de verdad. Pero tu forma de pensar es muy estratégica.

— Es parte del negocio, ¿no?

— Voy a divertirme mucho.

Estaba en un pequeño lavadero, abrió un armario y sacó un paquete negro con varias bolsas. Sacó unas y me dio otras.

— Me llevaré lo que necesite, el resto puedes ponerlo en la tuya.

— ¿No tienes una maleta?

— Se llevarán mi ropa, es la única que hay aquí. — Volvemos a nuestras habitaciones y entramos en otra, con un fuerte olor a cerrado. — Tengo la tentación de limpiarlo todo, pero no puedo perder la concentración. Si hay algo estropeado o con moho, puedes tirarlo a la basura, no puedo permitirme acumular nada.

— ¿Puedo poner algo de música mientras tanto?

— ¡Perfecto! — Se acercó a mí, se puso de puntillas y me besó los labios. Se suponía que era solo un agradecimiento, pero fui más allá, rodeé su cuerpo con mis brazos y la incliné, para excitarla tanto como yo.

— Tu boca es perfecta en la mía, Gabi. — Mordí y chupé su labio inferior, ella jadeó y cambió su semblante a uno atrevido. — Quédate con ese pensamiento, podemos hacerlo cuando estemos en la ducha.

— ¡No se leen los pensamientos! — Su mirada desorbitada me indicó que había tirado a verde y recogido maduro, jugoso. Sus mejillas se sonrojaron y mi polla se agitó, pero la contuve, porque no tendríamos acción en este lío.

— ¿Me hablarás de ellos?

— Si eliges una lista de reproducción adecuada.

Saqué el móvil del bolsillo, subí el volumen y lo puse sobre el cuadro descolorido que colgaba en el pasillo. Abrió el armario y empecé a cantar con ella.

"Lucharé para abrir camino

Ya no intentaré ser el mismo

Un mártir mío

Generación atrapada en el tiempo

Porque nadie sale vivo

Moriremos para ser los mismos

Pero voy a marcar el camino".

Sixlight — Guía el camino

Riendo, examinó lo que había dentro y sacó dos juegos de toallas, metiéndolos en su bolso. Señaló el resto y capté el mensaje: preferiría que lo tuviera todo nuevo, pero no podía asfixiarla con buenas acciones. Algunas batallas podían perderse para poder ganar la verdadera guerra, que en aquel momento era tenerla a mi lado.

Con sólo música y algunas palabras, trabajamos bien y llenamos muchas bolsas. No sólo ropa u objetos, sino todo lo que no sería útil para el nuevo ciclo de Gabriella.

Cuando me entró hambre, pedí dos bocadillos en un restaurante del barrio, que ella me señaló con argumentos sobre la relación calidad-precio. Yo había ahorrado en la comida y la cena, ella se merecía una recompensa por pensar en buenas opciones a bajo coste.

A casi las veintidós, ella bostezaba y yo añoraba mi habitación con aire acondicionado. Ya me había abierto algunos botones de la ropa, me había doblado las mangas y me había quitado los zapatos, igual que ella. Estábamos sucios y necesitábamos descansar, no podíamos hacerlo todo en un día.

El salón y el dormitorio de su abuela ya estaban ordenados, pero quedaban por hacer la cocina y el dormitorio. Mientras la veía meter la ropa en la maleta, Gabi tarareaba la melodía mientras doblaba tranquilamente algunas prendas. Había hecho una bolsa con su propia ropa que sería donada, lo que me brindaba la oportunidad de proporcionarle ropa nueva.

— ¿Qué te parece si nos detenemos aquí? — Apoyé las manos en el marco de la puerta y me incliné hacia delante. Su atenta mirada se desvió hacia la mía, soltó un largo bostezo y se rió, y yo le seguí. — Estás agotada.

— Si quieres irte, terminaré aquí.

— ¿Y dormir sin ti? — Entré en el dormitorio, me agaché y me la puse en el hombro, arrancándole un grito de sorpresa. — Una vez que has probado algo que te gusta, no lo dejas tan fácilmente.

— ¡Pero si sólo hemos dormido! — replicó ella, aún riendo, mientras yo recogía mis

cosas y las suyas con la mano libre.

— Lo sé, te estoy haciendo esperar. Es que es mi primera vez y quería tomármelo con calma. — Le apreté el culo y se rió.

— ¿Es eso lo que le decías a las chicas con las que salías en la universidad?

— Oh, no. Con ellos, tuve que decir que sabía dónde estaba el clítoris y mi polla hizo un buen trabajo, al igual que mis dedos. — Volvió a gritar, dejé las cosas en el sofá y la hice bajar de mi hombro, restregándose contra mi cuerpo. Sus manos se apoyaron en mis hombros y la admiré, tan intensa y toda mía. No necesitaba mentir ni medir palabras, me sentía cómodo simplemente estando. — También dije que me gustaba besar sus coños.

— Sólo puedo pensar que necesitaría un baño para eso. Los dos. — Escondió la cara en mi pecho mientras me rodeaba con los brazos, apretándome el cuello. — Gracias, me habéis ayudado mucho. Puedes contar conmigo.

— De nada, novia. — Le besé la frente y le alisé la espalda. — Por mucho que quedarme aquí fuera una opción, no creo que dormir en la cama de tu abuela fuera romántico.

— Puedo dormir aquí.

— No estás sola. Este barrio no está vigilado y mi conciencia no me permite dejar desatendida a alguien a quien quiero tanto, aunque tenga una cama, un baño y un armario.

— No voy a vivir contigo en casa de tus padres. — Se alejó, frunciendo el ceño y haciendo pucheros, mostrando lo disgustada que estaba.

— Pero puedes venir a pasar unos días en mi nuevo piso. — Silencié su intento de réplica con un beso, ella gruñó y yo me reí. — No es un asunto que debamos discutir ahora. Vayamos a mi rincón y hablemos más mañana.

— Siempre al mando.

— Sólo ofrecía las mejores posibilidades. — Le guiñé un ojo y se derritió, porque pensaba en nosotros dos en la cama y esta vez no iba a quitarle las manos de encima.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 20

Aquella vez, el sueño fue mucho más placentero y menos turbulento. Debido al ajetreo del día y al agotamiento de la noche, después de la ducha que me había dado en casa de Andrey, me tiré en la cama, él se acurrucó a mi lado y yo me rendí.

En cuanto me desperté, no podía moverme mucho porque unos fuertes brazos me rodeaban. Me asomé por encima del hombro, ni siquiera me había dado cuenta de que había dormido sin camiseta, mi espalda estaba bien calentita con su pecho.

Volví a cerrar los ojos, escaneando mentalmente lo que sentía por todo el cuerpo. Las caderas y el trasero eran las zonas que más me llamaban la atención, porque tenía que controlar los latidos del corazón para no asustarme.

Estaba duro y encajaba muy bien. Apreté los labios para no soltar una carcajada excitada o apartarme por miedo, sabía que podían ser solo ganas de ir al baño, no excitación por estar conmigo.

Para mi sorpresa, se retorció, acercando mi cuerpo al suyo y se frotó, encendiendo todas mis alertas emocionales. En lugar de retroceder o detenerme, activé el lado que estaba dispuesto a seguir adelante con la vida y suspiré, devolviendo la fricción a esa región íntima.

No tenía previsto hacer otra cosa que besar, e incluso llevaba bragas y sujetador bajo el pijama. Pero era imposible ignorar la sensación de bienvenida y de ser deseada, no quería interponerme en lo que estaba sucediendo, porque era bueno.

Fue increíble.

— Buenos días—. Susurró roncamente, cerca de mi cuello. Apartó el pelo y besó suavemente la zona, y todo mi cuerpo se estremeció en agradecimiento. — ¿Has dormido bien?

— Sí, demasiado. — Puse mis brazos encima de los suyos y moví tímidamente las caderas. Él me siguió y su respiración cambió de ritmo, convirtiéndose en gasolina para mi libido. — ¿Y tú?

— También estuvo bien, pero sería mejor que te despertara de otra manera. — Empujó sus caderas contra mi culo y me estremecí, pero me obligué a relajarme. Era lo desconocido con alguien que me hacía feliz. Volvió a besarme el cuello y a mordisquearme, y sentí que mis pechos se sensibilizaban ante la incitación. — ¿Te interesa?

— Siento curiosidad. — Nuestras piernas se entrelazaron, nuestra temperatura subía un grado con cada palabra pronunciada. — ¿Te llevas el café a la cama?

— Sí, pero soy el único que come.

Me separó el vientre y lo acarició, apretando aún más su pelvis contra mi culo. Moví las piernas, la sensación de tener que ir al baño con la excitación hizo que mi corazón se acelerara aún más.

Nuestras respiraciones estaban sincronizadas, jadeantes. La mano tonta que Andrey nunca escondía bajó hasta el dobladillo de mi blusa y subió hasta mi sujetador. Acarició la piel y el tejido, dejando que su dedo rozara los bordes y me provocara una sensación de expectación.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, su otra mano bajó hasta el dobladillo de mis calzoncillos, enganchándose descaradamente en el elástico y rodeándolo, dispuesta a recorrerme el cuerpo.

— ¡Oh! — Era demasiado para mí, tal vez no podía ir más lejos.

— Puedes relajarte, no te quitarás la ropa y yo tampoco. Sólo mis manos harán el trabajo, y tal vez mi boca. — Me lamió el cuello y luego chupó el rastro más frío que quedaba. Me retorcí, interesada en lo que iba a hacer. — Y también puedes interrumpirme en cualquier momento. Tendremos otros días para continuar.

— Pero...

— No pasa nada, de verdad. — Dejó de mover las manos y soltó un fuerte suspiro. — No quiero presionarte, pero también acordamos ser sinceros. Así que ese soy yo con una erección a primera hora de la mañana.

— Yo... quiero continuar. Quedémonos con la ropa, ¿sí? ¿Necesitamos protección? Nunca he hecho eso.

— No hay riesgo. — Le sentí sonreír contra mi pelo y sus manos volvieron a moverse, una hacia mi bulto y la otra hacia mis calzoncillos. — Es sólo un orgasmo, Novia, para empezar el día con buen pie.

¿Sería capaz de afrontarlo? No tenía mucha gente con la que hablar de sexualidad, todo lo que aprendía lo hacía a través de Internet y de mis novelas.

Relajarse, despejar la mente y renunciar al control: estos eran los principios para alcanzar un orgasmo femenino. Solté una carcajada mientras gemía, porque si no podía tener control, no

debía tener reglas y ya lo estaba haciendo todo mal.

Sus dedos encontraron puntos sensibles que me obligaron a gemir un poco más, mi excitación era inconmensurable. Con uno de ellos frotó y apretó el pezón de mi pecho, mientras el otro hacía movimientos circulares sobre mis bragas. Dios, menos mal que me había afeitado totalmente en cuanto Andrey me pidió que me casara con él, aunque fuera de mentira. Prefería estar segura a pasar por una situación embarazosa.

Era una mujer adulta y me di cuenta de que mis relaciones ya no se centrarían en los besos y el cine. Había calentura, pasión y momentos intensos de caricias íntimas. Me sentía preparada para dar ese paso, y Andrey me hizo sentir cómoda.

Su mano abandonó mi pecho para subir hasta mi barbilla y girar mi cara hacia él. Suelto una carcajada, huyendo de su boca y de mi aliento matutino.

— Primero tengo que lavarme los dientes.

— Relájate, somos sólo tú y yo, sin filtro.

Consiguió capturar mis labios, cambió la posición de sus manos, mientras una se sumergía bajo el otro bulto y la otra cubría todo mi sexo. Su sabor era diferente, pero la experiencia de besarle mientras me acariciaba en todos los sentidos se volvió sexual con un toque de lo prohibido.

Me entregué sin reservas, chasqueando la lengua, frotando el culo contra su erección y jadeando con cada suave apretón del pezón de mi pecho. Antes de que todo cobrara ritmo, me apartó las bragas y me tocó los labios mayores, frotando la zona, sumergiéndose en mi humedad y encontrando mi clítoris.

— Eché la cabeza hacia atrás, interrumpiendo el beso para recuperar el aliento y gemir.

No perdió el tiempo y me mordisqueó y chupó el cuello, frotándomelo de nuevo y llevándome al clímax. Contorsioné mi cuerpo y sentí cómo las oleadas de placer se apoderaban de mí.

— ¡Andrey!

Aumentó aún más la fricción y me apretó el pecho con la palma abierta. Apreté las piernas y pronto me relajé, dejándole prolongar la sensación de plenitud.

Ese fue el orgasmo, la sensación de haber llegado al final de la línea y haber logrado la victoria. Realmente, estaría de buen humor el resto del día.

Me abrazó con fuerza mientras yo suspiraba, satisfecha. Me di la vuelta para rodearle con los brazos y las piernas, muy agradecida por sus caricias desvergonzadas. ¿Podría darle yo también algo así?

Sentí la dureza entre mis piernas, no debía haberse corrido también, si no estaríamos mojados, hechos un desastre.

— ¿Se ha acabado? — pregunté inocentemente y él se rió.

— ¿Quieres más?

— Yo quería... tú... lo siento. — Escondí mi cara en su cuello y él siguió riendo.

— ¿Te has venido y quieres tocarme también?

— Sabía que leías la mente. — Me revolví encima de tu miembro.

— Para no hacer mucho lío, podemos ir al baño. — Me apartó la cara y nos miramos fijamente. — Pero gastaré mucha energía controlándome en cuanto te vea desnuda. — Cogió mi mano y la puso entre las suyas, apretándola sobre sus pantalones. — Tócalo, siéntelo, acabaré en la ducha. ¿Te parece bien?

— Sí—. Murmuré, moviendo la mano arriba y abajo.

Armándome de valor, metí la mano dentro de sus pantalones y le palpé sin calzoncillos. Su mirada traviesa me animó a tocar, apretar y sentir la zona, que tenía humedad en la parte superior.

— ¿No te duele?

— Sólo estoy caliente, Gabi. Toma todo lo que quieras.

Lo rodeé con los dedos, sintiendo cómo la piel se deslizaba arriba y abajo mientras me movía y pasaba el dedo por el glande, extendiendo la humedad.

Besé su boca y apreté la base. Saltó de la cama y corrió al baño, gimiendo ruidosamente segundos después. Sobresaltada, me acerqué a él, que tenía los pantalones bajados y la mano apoyada en los azulejos, la otra en su miembro.

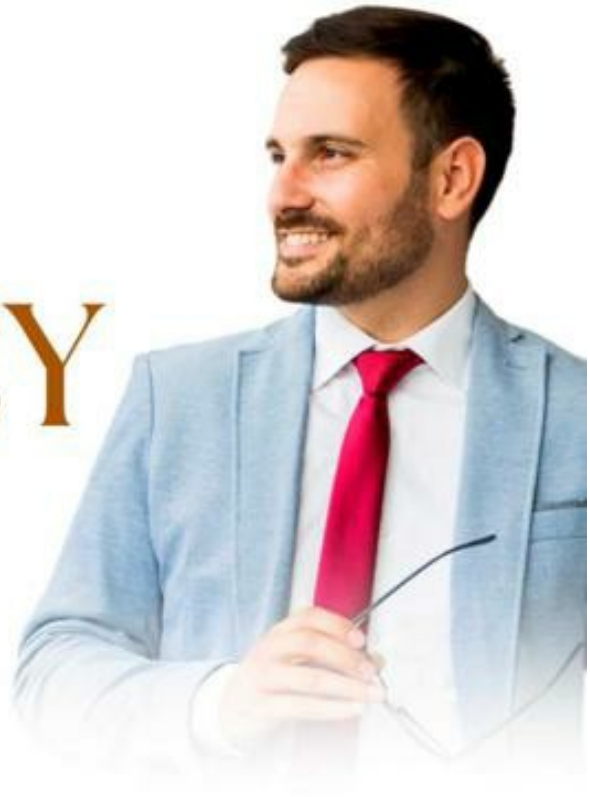
— ¿Qué pasa?

— Más que eso. — Se separó los pantalones con sus propias piernas, sonrió por encima del hombro y enarcó una ceja. — Sólo quería terminar lo que empezaste. Buenos días, novia.

— Buenos días, novio. Dúchate primero, yo esperaré. — Revisé su cuerpo desnudo antes de darme la vuelta y cerrar la puerta.

Con las piernas temblando y las ganas de ir al baño volviendo, me senté en la cama y suspiré enamorada, más de lo que nunca había imaginado que podría estar con alguien, en la situación en la que me encontraba. Inesperado y bienvenido.

ANDREY BIANCHI



Capítulo 21

Sentado en mi silla, que pronto dejaría de pertenecer a aquella empresa, veía a Gabriella hablando por teléfono, negociando reuniones en línea para presentar el sistema que gestionaría mi nuevo negocio.

El abogado tenía toda la documentación que separaría lo que era mío y lo que era de mi padre. Por fin, tendría mi parte y podría actuar como quisiera.

Mi móvil vibró sobre la mesa y comprobé el mensaje que había recibido: el agente inmobiliario iba a traer la llave y los documentos de aquella propiedad que me gustaba. Amueblado, tendría que ir a una tienda de ropa de cama y baño a comprar esas cosas, así como electrodomésticos. Nada que no pudiera solucionarse mientras estaba dentro.

También tenía los datos de contacto de un jornalero recomendado por el condominio, de modo que ni yo ni Gabi tendríamos que ocuparnos del doble trabajo.

— Muy bien, trato hecho. Gracias. — Terminó la llamada con una enorme sonrisa, haciéndome olvidar todo. — Resuelto. Una empresa tecnológica que no hacía reuniones online no merecía nuestra atención. Ahora incluso nos harán un descuento si cerramos el trato.

— Astuto. — Mi móvil volvió a vibrar, comprobé el mensaje sin sentido sobre el envío de copias de la documentación y fruncí el ceño, intentando recordar de quién se trataba.

— ¿Va todo bien?

— Sí. — Señalé su agenda de cuero. — ¿Te has reservado un viaje al centro comercial y al salón de belleza?

— ¿Sería demasiado aburrido si cancelara esta fiesta y fuera a la siguiente? — Hizo una mueca de disculpa. — Quería arreglar mi vivienda, no podré disfrutarla ni estar de humor sin ella.

Sonaron golpes en la puerta, apareció la secretaria y preguntó si podía entrar el agente inmobiliario. Gabriella recogió sus cosas y me di cuenta de que iba a marcharse, pero volví la cabeza hacia otro lado.

— Quédate, trae la silla a mi lado.

Me obedeció, pero me di cuenta de su incomodidad. Cuando se tranquilizó, le besé la

frente y sonreí misteriosamente ante su mirada asustada.

— No voy a comprar un piso, Gabi.

— Bien, me gustaría resolverlo yo misma.

— Encontrar un lugar no es algo rápido y fácil de hacer.

— Tardaste un día en decidirte.

— Porque me pasé varios días mirando las fotos y los lugares antes de ir a verlos. Ya estaba en el último paso.

El agente inmobiliario entró en la habitación con su secretaria. Nos saludó y se sentó, hablando de lo contento que estaba con mi elección, ofreciéndome más ayuda y otros servicios.

Firmé los documentos necesarios, hice la transferencia bancaria de los seis primeros meses y cogí la llave. Había otros documentos de autorización para entrar en el condominio, entregué uno de ellos a Gabriella para que lo firmara y se quedó helada.

— Autorización de entrada. Mi prometida tiene libre acceso al piso.

— Y cuando vengan los niños, puedes contar conmigo para encontrar un lugar más grande y seguro -dijo el hombre con entusiasmo y Gabi tosió, avergonzada.

Tuve que reírme, porque ya había aceptado que nuestra relación era como tenía que ser, con muchas molestias e intensidad.

Gabi firmó, se lo entregué todo al agente y se marchó. Levanté el manojo de llaves, había dos de cada, y se las puse delante de los ojos.

— Andrey.

— No sé vivir sola y voy a utilizar este argumento para convencerte de que sí sé. — Alcé una ceja irreverente y ella apretó los labios con fastidio. — El principio de una relación es bonito, ¿verdad? Así que disfrutémoslo, celebrémoslo y utilicémoslo a nuestro favor. Has dejado de hablar de la universidad, trabajas conmigo sin contrato y tienes que desalojar la casa de tu abuela. Somos novios a los ojos del mundo, así que unamos fuerzas mientras intercambiamos algunos fluidos.

— Tienes la respuesta a todo.

— No soy un joven empresario afortunado cuyos padres pagan mis facturas mientras yo disfruto de la vida con ilusión. Bueno, lo soy, pero también me parto el culo trabajando.

— ¿Y si todo sale mal?

— ¿Por qué piensas en ello si todo va bien? — Di la vuelta a mi silla y la subí a mi regazo. Se sentó de lado y se abrazó a mi cuello, estaba incómoda, pero la había acorralado. — Dentro de un mes, reserva esa reunión, volveremos a hablar de nosotros. Si quieres tener tu individualidad, pero mantener la relación, me sigue pareciendo bien.

— Ya me he convertido en una carga para mi hermano y mi abuela. No quiero volver a pasar por eso.

— ¿Sabes cuál es tu miedo?

— Lo sé.

— Tú no lo sabes. — Le besé la nariz y le rodeé la cintura con los brazos. — Te preocupa que todo salga bien y no quieres cambiar nada.

— Nuestra relación no estaba escrita en las estrellas, Andrey. Va muy bien y estoy a gusto, pero no puedo evitar pensar en dentro de uno o dos meses. ¿Y cuando tu madre exija una fiesta de boda?

— Lo hará y lo pagará todo, porque mis padres viven para las apariencias y no me importa seguir complaciéndolos mientras lo hago todo a mi manera entre bastidores, porque eso es lo que más me importa. — Besé sus labios secos y asustados y Gabi apoyó su frente en la mía. — Quedamos en que siempre seríamos sinceros, ¿no? Así que me tiré a la piscina. El día que algo sea malo o aburrido, intentaré mejorarlo o hablaré contigo.

— Para que una relación funcione, hay que quererla. Es obvio, pero es importante decirlo en voz alta para que lo entienda.

— Así es. — La ayudé a levantarse y también me puse de pie. Recogí mis cosas y ella se abrazó al diario, esperando mi orden. — ¿Terminamos en casa de tu abuela y lo llevamos todo al piso?

— ¿Podemos ir a algún sitio primero? Hice que fueran a la casa a recoger las cosas para donarlas.

— Por supuesto, vamos.

Cogió su bolso, lo metió todo dentro y caminó de la mano conmigo. Antes de que pudiera irme, se abrió la puerta del salón y apareció mi padre, con cara de tener un problema que resolver.

Mierda.

— Me voy—. Dije relajado, pero no continué mi camino.

— Buenas tardes, señor Bianchi—. Dijo Gabi en voz baja.

— Son las dieciséis — . Se quejó y miró a Gabi con superioridad. — Llevarla aquí podría ser un ejemplo para los demás empleados.

— Que todo el mundo la siga, porque trabaja tanto o más que yo. — Toqué el brazo de mi padre, para tranquilizarlo y no pelearnos por algo que no se convertirá en rutina. — Tranquilo, papá. ¿Ha hablado contigo el abogado?

— Pensé que cambiarías de opinión, no necesitabas compartir la fuerza.

— Seguiré trabajando para ti, pero en algunos temas preferiré asumir riesgos que no concuerdan con los valores del Grupo Bianchi. Así que es mejor tomar otro camino con ellos.

— ¿Vas a trabajar para mí y apoyar tus caprichos?

— Seguiré apoyándote mientras prospero con mis esfuerzos. Estarás orgulloso, papá.

— ¿Es por ella? — refunfuñó, poniéndose aún más serio y malhumorado.

— Sería más fácil suponer que mi prometida manipula todos mis caprichos, pero ambos sabemos que todo esto empezó hace mucho tiempo. Gabriella está en el lugar adecuado en el momento adecuado, encajando perfectamente en esta transición.

— Andrey, tú...

— Gracias, papá. — Puse mi mejor cara de agradecimiento y sumisión, él siempre cedía y dejaba la aburrida conversación para otro día, porque encontraba más argumentos para disuadirme.

Pasé junto a él, tiré de mi mujer conmigo y entramos en el ascensor como si huyéramos de un jefe molesto. La miré divertido y ella soltó un suspiro agudo, estaba tensa.

— Sólo está enfadado porque no nos encontramos con él en el desayuno, Gabi.

— Entonces se quedará así para siempre, porque hoy nos mudamos al piso.

— Cierto. Estupendo.

Salimos por la planta del aparcamiento y me sentí victorioso, una vez más aquel día, porque ella ya estaba aceptando nuestra nueva, inesperada e intemporal realidad.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 22

Metí las últimas cosas en el coche de Andrey y me sudaban las manos de la expectación y la transformación. Nunca pensé que cambiaría vivir con la abuela por la casa de un hombre; de hecho, me dejé llevar por la corriente, ya que Gusttavo no me dio ninguna indicación de que pudiera quedarme en su kitnet... ni tenía sitio.

Antes de que terminara de empaquetar mis cosas y la donación, apareció un camión de la tienda de segunda mano con dos tipos para cargarlo y recogerlo todo. También les interesaban los muebles; me quedaría con mi cama, el armario y la cómoda que tenía en mi habitación. Andrey iba a ayudarme a llevarlo al piso, era mi única garantía de poder alejarme de él sin estar completamente indefensa.

Los electrodomésticos eran muy viejos y cubrirían mis necesidades si fuera por mi cuenta, pero no abusaría de la hospitalidad de Andrey. Tenía que confiar en que podría conseguir mis propias cosas, con mi propio dinero.

— ¿Tienes hambre? — preguntó, sentándose en el asiento del conductor mientras yo me tiraba en el del copiloto, cansada. — Me apetecía un plato de pasta, lleno de salsa y carne picada.

— Si hubiera una cocina en el piso...

— Lo hay. Es una placa de cocina, sólo que no hay horno ni nevera, pero hay un minibar en la suite.

— ¿Vamos entonces al supermercado? — Sonreí, encontrando fuerzas en medio de aquella rutina agotadora. — Esa es mi especialidad.

— ¿No quieres dejarlo para mañana?

— Mientras tú haces los viajes con mis cosas al segundo dormitorio, yo preparo nuestra comida. Dividimos y conquistamos.

— Tendremos que usar tu ropa de cama para poner el colchón.

— No cabe, porque la cama es king y mis sábanas son individuales. — Se preocupó y me tocó a mí tranquilizarle. — Me las arreglaré.

— O podríamos dormir en mi habitación en casa de mis padres sin que nos vean. Todavía tengo que recoger mi ropa.

— ¿Ni siquiera les dijiste que te mudabas?

— No. — Se encogió de hombros y condujo el coche con una sonrisa triunfal. — Volveré, ya sea para disfrutar del almuerzo o para elegir uno de los vinos de la bodega de mi padre.

— Entonces no podrás hacer lo que quieres.

— Sólo hasta nuestra boda, será divertido. — Extendió la mano y me la cogió. — Necesito el anillo antes de la fiesta.

— Creo que tu ayudante aún está despierta, pídele que lo apunte todo. — Cogí mi bolso y saqué el diario de cuero. — Antes del anillo, necesitarás una nevera, ropa de cama y toallas, así como cosas de cocina y comestibles.

— La diarista viene mañana, puede ayudarte con las tareas domésticas y... — Hizo una mueca. — Esto es un asunto personal, no debería mezclarse con lo profesional.

— Pero una persona muy inteligente me enseñó que las buenas prácticas no siempre funcionan para todo el mundo, sobre todo cuando el romance y los negocios van de la mano desde el principio. — Anotaba todo lo que se me pasaba por la cabeza y otras cosas, me encantaba crear y ejecutar listas. — ¿Quieres los mismos artículos de aseo que usas en casa de tus padres? ¿Y el material de limpieza?

— Ni siquiera lo sé. — Se rió y yo me aguanté. — Te digo que no sé vivir sola. Nunca he pensado en ir al mercado a comprar lo de la cena, siempre lo he tenido todo en la mano. — Me miró. — Era la primera vez que cocinaba, y también será la primera vez que compre comida y no bebidas y aperitivos, como en la universidad.

— Qué triste que vivas en el castillo del Príncipe Azul. Te mostraré el lado bueno de ser un plebeyo.

Pulsé la pantalla del salpicadero del coche, tras aprender cómo funcionaba todo y moverme al ritmo de la música alegre que sonaba en la radio. Él me siguió y sacudió los hombros, luego cantamos el estribillo como si no estuviéramos cansados.

Primero fuimos al supermercado, muy cerca del piso. Me hacía mucha ilusión hacer algo rutinario que ya había hecho muchas veces, sobre todo con Andrey a mi lado.

Cogimos un carrito dividido en dos partes, le metí el móvil y le hice una foto empujándolo, con la camisa y los pantalones arrugados. Hizo una mueca y me acercó a su lado, me quitó el móvil de la mano y se hizo varios selfies. Luego cambió al modo de vídeo y empezó

a grabar.

— Planeta Tierra, Supermercado Zanetti, grabación de uno de los experimentos, falso matrimonio con noviazgo real entre Andrey y Gabi.

— ¿Me he convertido en un laboratorio? — pregunté, riendo sin control mientras empujaba el carrito.

— Conejillo de Indias hembra número trescientos ochenta y cuatro...

— ¿Qué quieres decir? — Le di un puñetazo en el estómago. — ¿Has estado con trescientas ochenta y tres mujeres antes que yo?

— Hmm... — Fingió pensar y yo seguí hurgándole en las costillas. — En realidad, dejé de contar a los trescientos. Eso fue cuando tenía veinte años.

— ¡Andrey! — No pude resistirme a darle una palmada en el brazo, pero él seguía riéndose y miraba la pantalla.

— La cobaya hembra es agresiva y tiene ataques de ira cuando hablamos de números, pero sigue siendo adorable con esa mirada asesina en los ojos.

— Y el conejillo de indias macho número uno está dando muestras de que le gusta jugar con cosas serias y pierde la concentración. Tendré que realizar varios estímulos para mantener el equilibrio.

— ¿Eso incluye pinchar mi cuerpo?

— Sí. — Lo modelé según tu costilla.

— ¿Podrías ir un poco más abajo y ser más suave, como en mi ingle? — Contuve la risa y él me soltó, llamando la atención de todos los presentes.

Detuve la grabación y cogí el móvil. Me abrazó y me besó, luego me soltó y siguió empujando el carrito, mirando a su alrededor. Aquel sería sin duda un gran recuerdo y ya estaba en mi memoria, grabado como un tatuaje.

— Dios mío, ¿es jamón de parma todo eso? — Se detuvo en la sección de embutidos, cogió el paquete y me miró incrédulo.

— De momento, vamos a por lo básico y lo esencial. Dejaremos los artículos de lujo para cuando las nuevas empresas den beneficios. — Devolví el artículo al mostrador del congelador, saqué el carrito de las pastas y cogí las que me gustaban.

— Dan, falta gestión. — Se puso más serio y soltó un suspiro, pasándose las manos por el pelo. — Está la librería LeParoli y otra en el centro comercial. Si te gustan los libros, necesitas un entorno más acogedor y familiar, además de un bar decente. El libro físico no se vende solo.

— ¿Ha pensado en eventos o mesas redondas?

— Los lectores suelen ser reservados. — Me miró desafiante y cogí los objetos que iba a utilizar para la pasta. — A menos que haya algo realmente interesante encima de la lectura.

— El autor o artículos relacionados con los libros. — Di la vuelta al carrito para ir a la carnicería.

— Sabía que había elegido a la persona adecuada para acompañarme. — Se inclinó hacia el carrito, comprobando las pocas cosas que había cogido. — Tan económico y lleno de grandes ideas. Ya me imagino una ronda de conversaciones sobre el libro "Sold To Bryan" y las velas que sirven como aceites de masaje, así como el té de jengibre que se vende.

— El conejillo de indias número uno me sorprendió. — Lo observé fingiendo ser normal. — ¿Sabes los libros que leo?

— Busqué el nombre del autor, el que peleaste al principio. "Desprecio", ¿verdad?

— ¡Es suyo! — Señalé con el dedo en su dirección y se regodeó. — Todos los extractos que me enviaste son de ese libro.

— Culpable. Hago mis deberes.

Nos detuvimos frente al carnicero y comprobé el precio de la carne. Estuve tentada de cambiar por pollo o verduras, pero Andrey había pedido carne picada y yo estaba dispuesta a complacerle.

— Quinientos gramos de patito, por favor", pedí.

— ¿Por qué no comprar filet mignon? Que yo recuerde, esa es la carne que como.

— Mucho que aprender, novato. — Te he alisado la espalda. — Cada parte tiene un propósito y necesitas probar mi comida, como yo, antes de cambiar el menú. ¿De acuerdo, novio?

— Sí, novia. — Me dio un besito y asomó la nariz. — Estoy deseando que llegue el postre y espero que no lo vendan aquí en el supermercado.

Se me calentó la cara y no dije nada más, porque estaba demasiado tentada de hacer lo

que su mente quería.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 23

Por maravilloso que fuera, en cuanto cenamos, lo único que queríamos era ducharnos e irnos a dormir. Aproveché para ducharme al mismo tiempo que él, en otro cuarto de baño, y nos tumbamos en el sofá, que se convirtió en cama para no necesitar tantas sábanas y mantas.

Me acurruqué a su lado, apoyando la cabeza en su hombro desnudo. De hecho, todo su cuerpo lo estaba, con sólo una toalla protegiendo sus caderas. Sólo iba a volver a casa por la mañana para cambiarse y hacer la maleta, y yo no iba a quejarme, sobre todo porque era tan cálido y protector.

Cerré y abrí los ojos, no parecía que hubiera pasado una hora. Agotada, pero sabiendo que era la hora por los rayos del sol que entraban por la ventana, murmuré algo y permanecí en brazos de Andrey.

— ¿Gabi? — murmuró, también somnoliento.

— "Hmm"—. respondí, sin querer moverme.

— ¿Puedes faltar hoy al trabajo?

Intenté contener la risa, era muy gracioso y me estaba encantando cada chiste que hacía.

— Mi jefe no parece aceptar una excusa poco convincente para ausentarme.

— Cierto, pero si eres tú, seguro que hace una excepción.

— Me necesita.

— Es verdad. — Se despertó, se apartó de mi lado y se puso encima de mí, acomodándose entre mis piernas.

Abrí los ojos y él también, la seducción nos rodeaba y la toalla estaba entre nosotros, pero no estaba atada a su cuerpo.

— Buenos días. — Levanté la cabeza para besar sus labios, suavemente.

— Todavía no. — Dejó que el peso de su cuerpo presionara contra el mío, calentándome por dentro y por fuera. — Falta algo.

— Tu ropa—. Murmuré, riendo.

— Correcto, es demasiado.

— Tu cuerpo. Los músculos también pesan.

Se arrastró hacia abajo y me levantó la blusa, dándose cuenta de que no llevaba sujetador. Me miró, parecía pedirme permiso y yo asentí con la cabeza. Se arrastró hasta mi cuello y bajó la cabeza, lamiéndome un pecho y luego el otro.

Tragué en seco, retorciéndome y deseando más de aquel contacto. Chupó uno mientras colocaba la mano en mi vientre, deslizándola suavemente hacia abajo hasta llegar entre mis piernas.

Antes de alcanzar mi objetivo, sonó su móvil y el ambiente se rompió al instante. Andrey gimió y apoyó la cabeza entre mis pechos, yo jadeaba y maldecía a cualquiera que nos interrumpiera.

— Mi padre—, murmuró, levantando el cuerpo y alineando nuestras miradas. — Quédate aquí.

— ¿Por qué?

— Recogeré mi ropa, hablaré con mis padres y volveré para empezar nuestro día. No olvides reservarnos un vestido de fiesta.

Me besó y no pude entregarme al momento, estaba pensando en todo lo que había que hacer.

— Necesito Wi-Fi. — Rompí el beso y le aparté de mí, bajándome la blusa. — Y un ordenador, si no es mucho pedir. Las búsquedas en el móvil llevan demasiado tiempo.

— Tendrás que pedir internet para el piso. Pero relájate, espera a que vuelva.

— Necesito una copia de tus documentos y una prueba de residencia. — Salí de la habitación y me dirigí al aseo de invitados, que ya tenía todas mis cosas. — Adelante, haré una lista de lo que tengo que comprar y buscaré un sitio para alquilar un vestido de fiesta.

— De compras. — No me dejó cerrar la puerta y se me quedó mirando. — ¿Conoces esa nueva tienda con ropa de diseño, ERW?

— ¡No, Andrey! — Ensanché los ojos en señal de protesta, pero tuvo el efecto contrario, porque el hombre replicó como si fuera la opción ideal. — Unas bragas cuestan el alquiler del piso de mi hermano. ¿Te imaginas un vestido de fiesta?

— Es algo bueno, así no te asustarás por el costo del vestido de novia. Ni siquiera voy a mencionar el anillo de bodas.

— En realidad no nos vamos a casar.

— Díselo a mi madre. — Me tocó la nariz, encontrándolo muy divertido, y yo resoplé, sin querer aceptar la derrota. — Ahora vuelvo, con nuevas actividades para tu lista.

— Sí, rebatiré las que no se ajusten al presupuesto.

Se dio la vuelta y me di cuenta de que estaba desnudo, sin ninguna preocupación. Cerré la puerta para no comprobar su físico y caer en la tentación de continuar donde lo habíamos dejado.

Me duché, me lavé los dientes y salí del baño envuelto en una toalla, sintiendo que estaba solo. Caminé por el piso, en la suite estaba mi maleta junto al pequeño armario. Recogí la toalla desechada sobre la cama, una cosa más que enseñar al príncipe azul sobre vivir sola.

Fui a la habitación de invitados, llena de mis maletas, y luego a la sala de televisión, con sábanas y otra toalla esparcidas.

Ordené todo, revisé la habitación y soñé con poner un fotomural en una de las paredes. Maldita sea, no era mi rincón, pero podría sugerírselo al dueño. La cocina estaba patas arriba y antes de que pudiera empezar a fregar, aún envuelta en una toalla, sonó el timbre.

Asustado, me acerqué a la puerta y miré por la mirilla; había una amable señora al otro lado. La abrí y sonrió.

— Soy Ana, la jornalera.

— Por supuesto. — Me miré a mí mismo y luego a ella. — ¿Puedes esperar un momento? Voy a cambiarme. O... — Abrí la puerta y la dejé entrar, pensando en optimizar el tiempo. — En la cocina está lo que sobró de anoche. Puedes empezar por ahí.

— Todo va bien.

Corrí al dormitorio, cerré la puerta y me cambié de ropa. Cogí el móvil, puse música y lo coloqué en la mesilla de noche de la cama de matrimonio. Para no sentirme como una intrusa, tenía que actuar como si aquel espacio también fuera mío.

"Hay un psicópata en mi cabeza

Estoy más cerca del borde

Haciéndome sentir que vivo en la miseria, miseria

Insane

Esas voces en mi cerebro

Empiezo a sentir que va a ser mi muerte, mi muerte"

Skillet — Psycho In My Head

Abrí la ventana, miré la ciudad y la brisa me recordó a la abuela. Ah, señora Allegra, me pregunto qué diría de mis acciones de los últimos días. Tal vez nada, porque estaba tan cerrada que no haría ningún comentario. No hasta que me sintiera lo bastante segura para defender mi punto de vista cuando alguien me rebatiera.

Entré en la cocina, dejando que la música resonara en la habitación. La señora Ana estaba fregando los platos con jabón y estropajo, así que recordé que no había comprado nada para la limpieza y cogí lo poco que llevaba en las maletas.

— Dios mío, te estoy dando más trabajo del que debería. Necesito ir al mercado.

— Puedo acompañarte o ir a casa de la señora, si me das una lista -dijo solícita, sin dejar de fregar los platos.

— Gabi o Gabriella, por favor. Todavía no... caramba, tengo dieciocho años, después de todo. — Hice un gesto con los brazos y ella abrió la boca sobresaltada. — ¿Qué vamos a hacer? Se me ocurrió sacar cosas de las bolsas para ver qué falta y qué me puede servir.

— Estoy de acuerdo. — Se enjuagó la mano y se acercó, interesada. — Te casaste tan joven...

— Todavía no, pero es una larga historia.

Salimos de la cocina, fuimos al salón y nos pusimos manos a la obra. En mitad del proceso, saqué mi agenda del bolso y anoté todas las sugerencias de la señora Ana.

Empezar un nuevo ciclo fue todo un reto y estuvo lleno de tareas, y me entusiasmó cada una de estas etapas.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 24

Fueron unos días agitados, en cuanto me metía en la cama, incluso con mi prometido, cerraba los ojos y dormía como una piedra. No llegué a visitar la tienda de REG que Andrey me había indicado y él pensó que huía por exceso de gastos. Así que, la mañana de la fiesta con sus padres, me llevó sin que yo pudiera argumentar que era necesario ir al supermercado a comprar lo que faltaba en la despensa.

Bueno, como eran cosas suyas, como la espuma de afeitar y las maquinillas, le dejé elegir el orden de las citas.

Se habían firmado los documentos de transición y, además de mi contrato de trabajo, sería el primer empleado de AB Negócios Inteligente. La última caja en la oficina de Andrey en el Grupo Bianchi había sido retirada y el Sr. Bianchi me consideraba un enemigo, todavía no sabía cómo lidiar con el rechazo de sus padres.

Una cosa a la vez, tuve que lidiar con la primera fiesta elegante a la que había asistido. Ni siquiera había tenido una celebración de ese nivel en mi graduación del instituto.

Pensé que la presión de mi pecho disminuiría al sumergirme en su rutina y su realidad, pero cuando entré en la elegante tienda de ERW, tuve un pequeño ataque de pánico y me quedé paralizada en el sitio.

— Tiene la misma forma que la tienda de Nueva York. — Sentí que la mano firme de Andrey me apretaba el hombro. — ¿Quieres dar primero una vuelta tú sola y luego vamos al piso de arriba con los trajes de gala?

— I... — Miré a mi alrededor, con los ojos brillantes porque todo estaba tan fuera de mi realidad. El precio era muy pequeño, pero podía imaginar que la mitad de mi sueldo se iría en una sola pieza.

— Hola, bienvenido a ERW. — Se acercó una amable vendedora, que se quedó mirando a Andrey más tiempo del necesario y luego a mí. — ¿En qué puedo ayudarle?

Podía sufrir durante horas, o ir directamente al grano, sin posibilidad de pensármelo. Escapar de la compra del vestido no era una opción, tenía que dejar de sufrir por lo inevitable.

— Vestidos de fiesta. — Forcé una sonrisa, cogí la mano de mi prometido y entrelacé nuestros dedos.

— Arriba, les acompaño.

Seguí a la chica sin echar un vistazo a la tienda, por mucho que lo deseara. Noté la atención de Andrey en una dirección y me soltó antes de que subiera a la escalera mecánica.

— Ahora vuelvo, puede que te interese. — Me besó en la frente y se dirigió al departamento de lencería femenina.

Se me calentó la cara, miré al frente y me repetí mentalmente que aquella era mi realidad y yo la había elegido. Si no hubiera querido, debería haber rechazado la falsa propuesta de matrimonio con un novio de verdad.

— ¿Sois pareja? — preguntó la chica, extendiendo el brazo en dirección a los vestidos de los colores más bonitos que había visto nunca, todos colgados en perchas.

— Mi futuro marido—. Respondí, llena de fingimiento. No tenía vocación para los celos, pero por alguna razón empezaron a brotar.

— Enhorabuena. — La mujer permaneció amable y observó mi cuerpo. — ¿Qué talla? ¿Talla M o G?

— Una fiesta de gala y creo que G es mejor, no me gusta que se me pegue nada al cuerpo.

— De acuerdo. Te enseñaré la opción perfecta. — Empujó algunas perchas y vestidos, acercando algunas telas a mi brazo, como si estuviera probando la combinación conmigo.

Me relajé mientras me enseñaba los modelos y le señalaba lo que me gustaba o no de ellos. Olvidé que Andrey también estaba en la tienda, así que me centré en mí misma y en mi objetivo. Intenté no preocuparme por el precio una vez comprobadas las etiquetas de dos de ellos; por el amor de Dios, tendría que trabajar seis meses para pagarlos.

Elegí tres vestidos, dos azules y uno rojo, ambos con escote y con cintura, dejando la tela de la falda suelta y ocultando mis caderas. No tenía ningún problema con mi cuerpo, pero evitaba llamar demasiado la atención porque... ni siquiera sabía por qué, simplemente así me habían enseñado.

Entré en un probador que parecía más bien una habitación de hotel y me miré en el espejo de varias partes, que me daba una visión completa de mí misma. Mi pelo estaba apagado, las ojeras eran prominentes y necesitaba hidratar mi piel o seguiría pareciendo seca.

Me quité las zapatillas, me desabroché los vaqueros y me los quité, pensando en cómo

podría cambiar mi hábito para ser más vanidosa, sin sentirme una aprovechada o una cazadora de dotes.

Me subí la blusa por la cabeza y pegué un grito de sorpresa cuando se abrió la puerta. Era Andrey y tenía la misma cara que en el supermercado. En sus brazos había dos vestidos de distintos colores, uno crema con hilos dorados y otro negro con detalles brillantes.

— Esta soy yo usando el poder de mi prometido. — Se acercó mientras yo sujetaba mi blusa contra mi cuerpo para taparla. Se acercó al perchero con los otros vestidos, se los puso igualmente y fue a sentarse en un sillón, apoyando los brazos en el respaldo y doblando la pierna, pareciendo más el rey del lugar con vaqueros, camisa de vestir y chaqueta. — Bien, puedes empezar.

— ¿El... qué? — Incliné la cabeza, admirando y también tratando de encontrar las palabras que no había dicho. Su mirada me sobrepasó y me giré, dándome cuenta de que mi espalda se reflejaba en el espejo.

Dios, eran las peores bragas que podría haber elegido.

— ¿Vas a ver cómo me cambio?

— Sí. Quería ver cómo te quedaba ese blanco. — Se humedeció los labios y forzó su mirada hacia la mía, llena de malicia.

— Es crema.

— Creo lo que dices, porque para mí es oscuro, o claro, o blanco o negro. Soy administrador, no arquitecto.

— No sabía que tuvieras problemas para identificar los colores, bromeé. — ¿Es genético?

— Algo en el cromosoma Y, seguro. — Señaló con la barbilla y volvió a mirar mi reflejo, me di la vuelta, luego me volví, dándome cuenta de que no había escapatoria. — Si quieres que me vaya, dame una patada en el culo.

Ah, él quería provocar y yo estaba dispuesta a entrar en ese duelo de seducción. Me desprendí de los obstáculos que ponía en aquella tienda y me centré en mi cuerpo, en lo maravillosa que me hacía sentir bajo su escrutinio.

Dejé la blusa a un lado, me volví hacia la estantería de vestidos y cogí el más ligero, mirándolo antes de ponérmelo en el cuerpo. Madre mía, no sólo era escotado, sino que era transparente y no dejaba mucho a la imaginación. De ninguna manera me iba a decantar por esa

opción, pero podía probármelo y montar un espectáculo privado para mi prometido.

Me desabroché el sujetador, pues era de una sola pieza y sólo había un poco de tela cubriendo los pezones. Me encontré con su mirada en el espejo, había bajado la pierna y la había vuelto a doblar, estaba tan inquieto como yo.

Con paciencia y dificultad, me puse la ajustada prenda y la ajusté a mi cuerpo, me acerqué al espejo y me admiré en el reflejo. No había nada de mí, pero me sentía maravillosa. Me recogí el pelo en un moño suelto y sonreí, contoneando las caderas y dándome cuenta de que estaba enamorada de aquel vestido, aunque nunca me lo pondría.

El suave sonido de la música que salía de los altavoces me hizo pensar en cosas que iban más allá del sentido común.

"Hasta que la verdad salga a la luz

Cada noche muero un poco

Todo este tiempo, estoy atascado en el medio

Toda tu vida has luchado sin ganar

Esto es sólo el final del principio"

Les Friction — El fin del principio

— "Quítate las bragas", oí susurrar y me di la vuelta, mirando a Andrey, que había apoyado los antebrazos en los muslos y estaba inclinado hacia delante. La temperatura de la habitación subió y yo sólo podía pensar en la locura que se me venía encima.

— Estamos en un lugar público.

— Lo sé.

— Podrían interrumpirnos.

— No lo haremos. — Sonrió de lado, mirando fijamente mi cuerpo y anhelándolo, respirando con dificultad y sacando la punta de la lengua para tocarme los labios.

— ¿Y si tengo ideas inadecuadas?

— ¿Y si quiero cruzar una línea? — Levantó la cabeza y se puso serio. — Eres preciosa y

estás perfecta con ese vestido, tal como imaginaba.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 25

Era fácil perderme en una fantasía romántica, porque nunca la había vivido, pero estaba acostumbrada a leerla. Sabía que la ficción era muy distinta de la realidad, que tras un acto irresponsable, las consecuencias llegarían como un tren desbocado. Pero me sentía segura, no sólo con Andrey, sino con todo lo que le rodeaba.

— Sólo quedan unas pocas cosas—. Insistió socarronamente.

— ¿Cómo? — Respiraba con dificultad mientras se subía la falda por los lados para cumplir su primera orden.

— Mi mano en tu cuello, impidiendo que huyas.

— Hmm... — Controlé mi gemido y descarté la lencería inadecuada para el momento sexy.

— Su otra mano en su cintura y hasta su pecho, apretando esa transparencia lo suficiente como para desgarrar y alcanzar su piel.

— Muy posesivo. — Di un paso lento hacia él, se acomodó en el sillón y abrió las piernas, el bulto de sus pantalones evidente.

— Y mi polla enterrada en ese coño mientras te meneas arriba y abajo en mi regazo. — Se sacó la camisa de los pantalones, decidido a llevar a cabo su fantasía. — Quizá tenga que taparte la boca para que no gimas demasiado alto.

Me volví hacia el espejo, alisándome los costados e imaginando todo lo que me había presentado con palabras. Mi mente traspasó la barrera del sentido común, sentí el escalofrío de la excitación anteponiendo mi deseo a todo lo demás.

Me subí la falda larga hasta la rodilla, me volví hacia Andrey y me senté en su regazo. Su mano firme me cogió rápidamente por el cuello y la otra se deslizó sensualmente por mi cuerpo. Cerré los ojos y traté infructuosamente de controlar la respiración.

— Hermoso —. susurró apasionadamente, alcanzando el último hilo de racionalidad que me unía en ese momento. Bajé la cabeza y le miré fijamente; sus manos no se quedaron quietas, me quemaban la piel lenta y apasionadamente.

— Quizá no sea la mujer ideal para tu vida.

— O eres tan perfecta que cuesta creer que tenga la suerte de tenerte, o te merezco. Pero no puedes cambiar la realidad, te quiero a muerte y estoy amando cada segundo a tu lado.

En aquel momento, yo era sólo sentimientos y había olvidado por completo la razón. También me sentí una mujer afortunada por haberme cruzado con Andrey en una librería.

Me subió la falda del vestido y deslizó las manos por mis muslos, acariciándome la ingle y acercándose cada vez más a mi núcleo.

— Ábreme los pantalones—. Susurró.

Me sudaban las manos, pero no se inmutaron ante la orden. Me desabroché el cinturón y lo dejé al descubierto, sus pulgares masajeaban burlonamente mis labios mayores mientras sentía que mi vagina se humedecía cada vez más.

— En mi bolsillo delantero derecho—. Señaló y fruncí el ceño.

Antes de acercarme a su erección, metí la mano y encontré un pequeño paquete: un preservativo. Me quedé inmóvil unos segundos y asentí con la cabeza cuando me encontré con su mirada. Aunque parecía estar al mando, sólo con mi permiso haría algo. Era perfecto y no me importaba que me entregara mi virginidad de esta forma tan inusual.

Otro de los mejores recuerdos que se quedarían conmigo.

— ¿Puedes enseñarme cómo? — Sentí que se me calentaban las mejillas, conocía la teoría, pero sería mi primera vez en la práctica.

— ¿Estás de acuerdo? — Me cogió el preservativo de la mano y lo abrió con cuidado. — Sólo te lo pido para que te sientas cómoda y no presionada.

— Tal vez quiero toda esta presión.

Cogió la punta del látex y con la otra mano expuso su miembro y lo colocó sobre el glande. Reafirmando la parte enroscada, lo bajó un poco y luego introdujo mis dedos para continuar el movimiento. Estaban sucediendo muchas cosas nuevas y necesitaba digitalizarlo todo, desde la textura, la sensación y cómo sucedía todo.

— Espero que no me duela tanto. — Solté un suspiro agudo cuando su pene quedó completamente cubierto.

— Si hago bien mi trabajo, sólo tienes que relajarte. — Deslizó de nuevo sus manos por mis muslos hasta llegar a mi vagina, sin precaución, me metió un dedo en la entrada y yo me revolví ante el tacto diferente. — Bésame, haré que te mojes más antes de meter mi polla.

Incliné la cabeza y le besé, su mano se movió y encontró mi clítoris, frotándolo suavemente. Mi lengua estaba ansiosa y mis labios no tenían prisa, lo deseaban todo con intensidad, no importaba el tiempo que tardara.

A cada segundo que pasaba, me relajaba más. Mis rodillas estaban bien apoyadas en el sillón y esa posición era perfecta para entregarme.

Una de sus manos alcanzó mi pecho y apretó, haciendo lo que había prometido. Frotaba y parecía querer desgarrar el tejido al tirar con cada presión.

Sin darme cuenta, me estaba revolcando, buscando mi propio placer incluso antes de sentirle dentro de mí. Puse la mano entre nosotros, encontré su erección y la dirigí hacia mi entrada, gimió contra mis labios y me sentí poderosa.

Hice una mueca y le mordí el labio inferior mientras entraba. Sus manos bajaron hasta mis caderas y no me soltó de golpe, fue subiendo y bajando, guiándome y preparándome.

Eché la cabeza hacia atrás y sentí su boca en mi escote, lamiendo entre mis pechos antes de chupar uno de ellos lleno de saliva.

— Mírate en el espejo—. Señaló Andrey.

Me perdí en sensaciones y un placer incalculable. Subí y bajé más bruscamente, que él me cogiera el pecho y nos mirara era lo más sexy que había visto nunca. La presión entre mis piernas estaba ahí, un dolor y ardor del que quería tomar el control, pero no le hacía caso

— Joder—. Gruñó, tirando con fuerza de un lado de mi vestido y rasgándolo. No dejaba que dejara de cabalgarlo, me embestía mientras su boca encontraba mi pecho expuesto, chupando sediento mi sabor. — Eso es, Gabi. Date la vuelta.

— Oh! —Cerré los ojos con fuerza, pero luego los abrí, porque estaba enamorada de nosotros en el espejo.

El torrente del orgasmo llegó rápidamente y, aun con sensaciones contradictorias de dolor y placer, me corrí y Andrey me tapó la boca con la mano para amortiguar mi gemido. Lo sentí palpitar dentro de mí al mismo tiempo, las oleadas de excitación eran compartidas y nos rodeaban.

Cuando la bruma de lujuria se disipó, su mano bajó hasta mi cuello y lo apretó suavemente. Luego bajó hasta mi pecho y lo chupó una vez más, haciéndome estremecer por la sensibilidad de mi piel.

— Oh, Dios... Maldita sea -susurré, escondiendo la cara en su cuello-. — I...

— Estuviste perfecta, Gabi. Jodidamente maravillosa. — Me abrazó mientras me alisaba la espalda. — ¿No te ha dolido?

— Me quema, joder — murmuré y él, desesperado, se salió de mí.

— Maldición, lo siento.

— Fue perfecto. — Tomé su cara entre mis manos y besé su boca, un toque delicado que indicaba que probablemente lo amaba y no quería admitirlo tan pronto. — Era...

— Loco. Excitante. — Puso las manos entre nosotros y se quitó el condón, con la punta blanca de su semen. — Lo quiero otra vez, Gabi. Si te gusta, tengo un sitio al que quiero llevarte cuando se te pase el dolor.

— Me preocupa el vestido, Andrey. — Levanté el tirante destrozado y se echó a reír. — En serio, no puedo imaginar cuánto debe de valer.

— ¿Le ha gustado?

— Sí, pero...

— Si vas a hablar de números, ponlo en mi cuenta o en la de los que me quisieron casar en su momento. Sólo quiero saber lo que hay aquí. — Me has tocado el corazón y he suspirado de amor.

— Te quiero—. Murmuré mientras sonreía y me levantaba de su regazo. Se levantó y se ajustó los pantalones. — Y como te quiero tanto, no creo que sea justo gastar tanto.

— Ya te acostumbrarás. — Me puso la mano en la nuca-, porque contigo soy capaz de tomar prestado un libro sin preocuparme de si vas a pasar la página para marcar la lectura.

Era una broma entre lectores, pero decía mucho sobre los sentimientos de Andrey hacia mí. Oh, Dios, que este sueño nunca termine.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 26

Necesitábamos tiempo para recuperarnos y no sabía cómo me las iba a arreglar con el vestido así. Mientras no encontraba la excusa ideal que no me comprometiera, volví a probarme los trajes de gala y elegí el rojo, que resaltaba mi busto con sus finos bordados.

Andrey siempre estaba cerca, tocándome, pidiéndome que desfilara o empujándome a un vals exagerado. No podía estar seria ni un minuto, estaba más que relajada.

— ¿Cómo vamos a hacerlo? — pregunté, con el vestido elegido en un brazo y el estropeado en el otro. El ardor entre mis piernas era igual a la ansiedad que me embargaba.

— Coge la etiqueta y quédate con el vestido, firmaré un formulario de no devolución y nadie revisará el producto.

— ¿Has hecho esto antes?

— No. — Levantó las cejas, divertido. — Fuiste la primera, siempre te recordaré.

— Qué tonta. — Le di un codazo en la barriga y se fue hacia la puerta, despreocupado. — En serio, Andrey. ¿Alguna vez has hecho esto en un lugar público, con otra mujer?

— Tienes que ser más específica, novia. — Puso la mano en el pomo de la puerta y se miró en el espejo. — Por supuesto, compraré espejos para nuestro dormitorio. Sólo he hecho reflejos en el techo.

— No digas eso delante de los demás. — Me apresuré a acompañarle.

Salimos del gigantesco probador y la encargada estaba atendiendo a otra clienta. Nos miró con seriedad, pero luego sonrió cuando levanté los dos vestidos que tenía en las manos.

— Nos llevaremos a los dos, sin ningún interés a cambio. — Andrey me rodeó los hombros con el brazo y yo miré a todas partes menos al asistente.

— Así está bien. ¿Puedo juntar todo con las otras piezas?

— Sí.

— ¿Desea algo más?

— ¿Qué otros? — Busqué una respuesta en Andrey, que me ignoró y asintió a la mujer.

— Estoy listo para pasar mi tarjeta de crédito.

— Les acompaño.

Nos llevó a la caja y yo permanecí en silencio para no asustarme por el importe de la cuenta. Andrey pidió una bolsa y sacó el vestido que iba a llevar a la fiesta para que la chica lo doblara y lo metiera en una elegante caja. Había otra ya cerrada con un lazo, así que sentí curiosidad por lo que había dentro.

Pasó la tarjeta mientras yo miraba a todas partes menos a la pequeña pantalla con la información sobre lo que se había comprado. Tener dinero y no preocuparte por en qué lo gastabas era una forma diferente de ver la vida. La mayoría de mis problemas eran económicos, ¿significaba eso que todo estaba resuelto?

Llevó las cajas cuando salimos de ERW, luego al coche y lo puso todo en el asiento trasero. Me senté, me abroché el cinturón y él hizo lo mismo, arrancando el coche.

— ¿Quieres ir a algún sitio antes del salón?

— Pensé en darme un baño. Ya sabes... — Puse las manos en mi regazo, pensó, divertido.

— ¿Eso es todo?

— ¿Qué tenías en mente tú, mi prometido? — Fingí indignación. — ¿Otro experimento con la cobaya hembra?

— Más tarde. — Guiñó un ojo y giró el volante. — Reservaste maquillaje y peluquería en el mismo sitio que te recomendó mi madre, ¿verdad?

— Sí.

— Sé que allí hay un spa, deberías aprovecharlo y vivir la experiencia al máximo. — Miró la consola central del coche y encendió el equipo de música. — Tengo una cita y volveré cuando sea la hora de la fiesta.

— Si quieres, puedo llevarte a casa.

— No, te atraparé, Novia. — Empezó a silbar. — Si no te has dado cuenta, estoy tramando algo.

— ¿Más de lo que ya hemos hecho?

— Absolutamente. Y sí, me he acostado con mujeres en lugares públicos, pero ninguna de ellas era virgen. — Extendió la mano para coger la mía y entrelazó nuestros dedos. — Por no

mencionar que eres la primera y la única con la que he salido tanto tiempo. Mis aventuras no duraban más de tres días.

— Vivimos juntos.

— Y vamos a tener una boda falsa, aunque nos va muy bien. — Se llevó mi mano a la boca y me dejó un beso en el dorso. — Pero aún faltan algunas cosas.

— Tú y tus misterios.

— ¿No te gusta? — fingió indignada.

— ¿Podré dormir en el spa? Porque pensaba echarme una siesta antes de pasar la noche. O beber mucho café.

— Lo que quieras, te lo daré. — Giró el volante y se adentró en la calle del salón. — O el salón se lo proporcionará, en todo caso.

— Me siento como una princesa que va a debutar en el baile más tarde.

— La diferencia es que el príncipe ya ha llegado para el beso y otras cosas.

— Es el cuento de hadas moderno, no tengo nada de qué quejarme.

Nos detuvimos frente al salón Body & Soul Spa, con altas paredes en naranja, marrón y blanco. Salí del coche y Andrey recogió las cajas del asiento trasero antes de venir a mi lado.

— "Me gustaría cambiarme de bragas, por lo menos", murmuré, imaginando que iba a hacer de todo en aquel lugar y además cambiarme de ropa.

— Todo lo que necesitas está aquí. El resto lo organizaré y te lo traeré cuando llegue el momento.

— ¿Estás seguro de que nos estamos preparando para el baile de gala? Creo que arreglaste nuestra boda y ni siquiera he firmado la solicitud del registro civil.

— Anota en tu agenda que necesitarás todo este tiempo para arreglarte los días de fiesta. No me importa, voy a disfrutar de cada segundo con el vestido y sin él.

Entramos en el salón riéndonos, confirmé mi reserva con la encargada y Andrey utilizó la influencia de su madre para cambiar lo que se había planeado. Un día de spa, con masajes, hidratación y otros tratamientos de belleza, que concluiría con peinado y maquillaje. Descubrí que la otra caja contenía zapatos y lencería, que habían sido limpiados en seco por la tienda mientras utilizábamos el cambiador gigante de la habitación.

Le di un beso de despedida y se fue, dejándome suspirando de amor y contando los minutos que faltaban para volver a vernos.

— ¿Podría acompañarme, por favor? — Uno de los empleados cogió las cajas y recorrió el gran solar.

Aproveché para hacer unas fotos, coger el móvil y enviárselas a mi amigo. Dios, tenía que compartirlo con alguien para saber que no era mentira.

Gabi>> Un día de princesa. Sólo faltaba el helicóptero y el coche deportivo, pero me dan miedo las alturas y no conduzco.

Alecsandra>> Wow, ¿qué vas a hacer en este spa? He visto un anuncio, incluso tiene esas bañeras redondas con champán para los clientes.

Gabi>> Hoy hay una fiesta con los padres de Andrey, me estoy preparando, porque soy muy sencilla. Palabras de su madre.

Alecsandra>> Me pregunto si no le caíste bien a los padres. Pensé que tenía todo bajo control.

Gabi>> Bueno, confieso que no tengo nada de qué quejarme. Que yo sepa, fueron ellos los que le exigieron matrimonio.

Nos detuvimos junto a un ascensor y había un salón con sofás y mesas para tomar café y comer. Con el móvil en la mano, pero la atención puesta en las mujeres que tenía encima, encontré a la madre de Andrey.

Saludé con la mano, emocionado. Ella giró la cabeza en mi dirección, se dio cuenta y fingió no ver, dejándome estupefacto.

— Es Ludmila Bianchi, ¿verdad? — pregunté a la mujer, que entraba en el ascensor y se asomaba por el lateral de la caja.

— Sí, tu suegra, ¿verdad?

— "Sí", respondí, las puertas se cerraron y la mujer fingió no conocerme. Intenté no asustarme, Andrey no parecía interesado en lo que planeaban sus padres.

Así que accedió a mantener la mentira de que nos íbamos a casar, no sólo a salir.

— Esta será tu habitación. — La empleada de la peluquería abrió una puerta y el aroma floral y relajante ahuyentó los malos pensamientos. — Colgaré tu ropa mientras compruebas que te sienta bien. Hay toallas, un albornoz y nuestros productos de belleza.

Había una cama doble en el centro, una camilla en un rincón más apartado y suelos de madera. Paredes de cristal rodeaban el cuarto de baño, con una gran bañera, ducha y una cabina de inodoro.

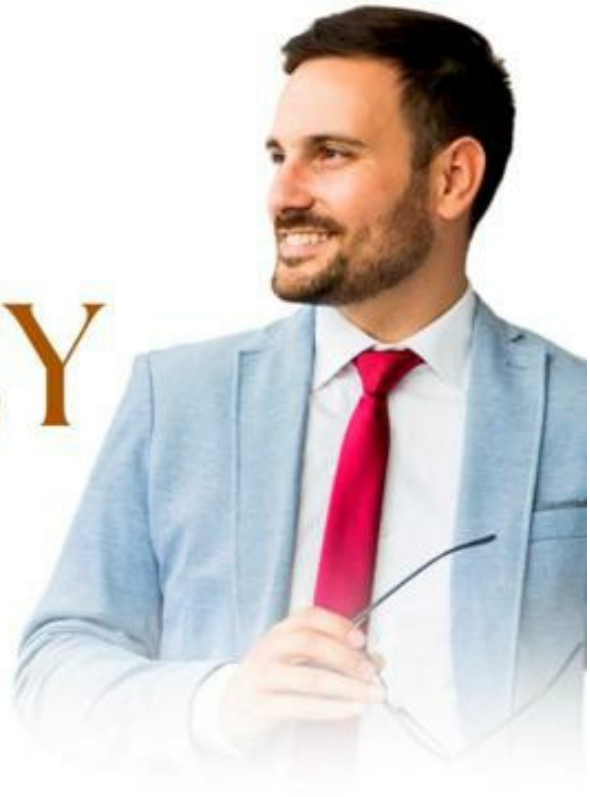
— Comenzaremos los procedimientos en diez minutos. ¿Quiere más tiempo? — La mujer vino a mi lado y me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo admirándolo todo en silencio.

Me di la vuelta y encontré el vestido colgado en el perchero, a su lado había algo de lencería de encaje con lazos y un liguero. En el suelo, un delicado zapato de tacón medio era mi calzado elegido.

— Estaré listo en diez minutos", contesté al empleado, que salió de la habitación y me dejó en la dicha solitaria.

Hice varias fotos, se las envié a Alecsandra y me duché mientras hablaba con ella de todo lo que sentía. Tenía todo lo que podía desear y Andrey comentó que aún me faltaba algo. Pero... ¿qué?

ANDREY BIANCHI



Capítulo 27

Aunque no había duda de lo que iba a ocurrir, estaba nerviosa. Me sudaba la mano y tenía la boca seca, preocupado por la reacción de Gabiella ante mi regalo. Uno más de ellos. Sólo el comienzo de todo lo que quería traer a su vida.

Nunca había creído que los hombres pudieran enamorarse tan ciegamente, hasta que fui arrastrado por esta mujer. Empezó con un encuentro insólito, siguió con ella accediendo a mis locas sugerencias y continuaría con nosotros en una fiesta llena de gente importante.

Iba a ser presentada como mi prometida. Parecía sencillo, pero empezó a pesar tanto como la caja de terciopelo en mis manos.

A la hora acordada con el balneario, me puse el smoking y me dirigí hacia ella. Mientras caminaba con paso firme por el pasillo, todas las mujeres giraron la cabeza para mirarme. Giré en un pasillo, indicado por la recepcionista, y me sobresalté al ver a mi madre que se acercaba, excitada. Sentí una punzada de preocupación, no quería dejar que mi mujer estuviera cerca de mis padres hasta que aceptaran mi retirada de los negocios y de la vida personal.

— Hola, hijo. ¿Qué haces aquí? — Estaba lista, me tocó el hombro y me besó la mejilla al aire. — Hermosa como siempre.

— A ti también. — Sonreí amablemente y miré a mi alrededor. — ¿Has visto a Gabriella? ¿Habéis charlado? También está aquí preparándose.

— ¡Oh!—, escenificó sorprendida, "hacía tiempo que la señora Ludmila no me engañaba. — Es tan tonta que no la he visto.

— Mamá. — Me cabreó. — Golpearla será peor. Pediste una prometida, esta me gusta mucho y no pienso dejarla ir pronto.

— No lo digo en serio, Andrey, es que... — Suspiró y se acercó para susurrar: — Incluso la que eligió tu padre tiene más clase. Tendrás que enseñarle algo de etiqueta.

— Si me lo preguntas, estará más que encantada de aprender si tú y papá le dais una oportunidad. — Me aparté de ella, busqué a Gabriella y la encontré sentada en uno de los bancos de la zona de maquillaje. — Perdona, nos vemos en el baile.

— ¡Andrey! — me exigió que volviera, pero le ignoré.

Me detuve junto a ella, mirándola en el espejo. Tenía los ojos cerrados y un ahumado que resaltaba la zona. En cuanto la maquilladora la soltó, abrió los ojos, sonriente, y entonces me encontró.

— Buenas noches, novia—. Saludé, repentinamente nervioso.

— Vaya, estás preciosa. — Se levantó de la silla y la revisé de pies a cabeza, imaginando la lencería que había elegido bajo aquel vestido. Si al natural, Gabriella estaba despampanante, con ese tratamiento de princesa, estaba envuelta para regalo.

Para mí, ella era toda mía.

— Date la vuelta", le pedí suavemente, y se quedó mirándose en el espejo. No sólo la maquilladora, sino otras mujeres miraban y mi madre también, desde lejos. — Traje lo que faltaba.

Abrí la caja de terciopelo, la empleada se ofreció a sostenerla y le entregué el par de pendientes de diamantes, delicados como ella sola. Estiré los brazos para mostrarlos en las palmas de las manos, ella jadeó y me miró por encima del hombro.

— Me da miedo preguntar qué es esta piedra. ¿Zirconia?

La chica que estaba a mi lado soltó un sonoro bufido y una carcajada, y yo tuve que seguirla, porque nadie que vaya a ese tipo de salón regalaría menos que una joya cara. A Gabriella nunca le daría menos que un diamante. De verdad.

— Es un diamante —Murmuré cuando recogió los pendientes y pude ponerme el collar a juego. — ¿Te gusta?

— Todavía lo estoy procesando. — Se lo puso en una oreja y luego en la otra. Llevaba el pelo recogido en un moño suelto, para que resaltaran los nuevos accesorios. — Guau.

— Mi hijo es un romántico. — Oí los comentarios de mi madre y no les presté atención, porque faltaba una última cosa.

— Ahora mírame.

Cogí el anillo de compromiso y estaba dispuesto a arrodillarme y pedirle que se casara conmigo, pero ella se dio la vuelta, se dio cuenta de mi movimiento y me apretó las manos, deteniendo el descenso.

— ¿Podría recoger mi maleta en recepción? — Gabi habló con el empleado. — Tengo prisa.

— Sí, señora.

— ¿Hijo? — Me di cuenta de su acercamiento, pero también de la tensión de mi prometida. — Hola, tú también estás aquí, no te había reconocido.

— Fue recomendación de la señora", me dijo y la saqué conmigo.

— Hasta pronto, mamá.

Agarré el anillo en una de mis manos, caminé junto a Gabi con mis dedos entre los suyos y llegamos a recepción, con la maleta preparada. El pago ya estaba hecho, recogí mi equipaje y salimos, prácticamente a la carrera.

Cuando se sentó en el coche y yo también, no me puse el cinturón de seguridad ni arranqué el coche, me di la vuelta y levanté el anillo, también a juego con el traje.

— Iba a pedirte que te casaras conmigo.

— Ya lo has hecho, Andrey. — Se llevó las manos a la boca, sorprendida. — ¡Dios mío, quieres matarme!

— Lo tomaré como un pleonasmo, que se refiere a un cumplido.

— Yo... nosotros... ¿Y si todo sale mal? Andrey, no les caigo bien a tus padres. Yo no...

— Aprenderán, porque eres la única que encaja tan perfectamente en mi vida. — Tomé tu mano y detuve el anillo en mi dedo. — Y mi polla tiene el tamaño justo para tu coño. Así que sólo nos queda vivir juntos para la eternidad.

— No soy un vampiro ni un nephilim. — Gabi se quedó mirando el anillo y suspiró, con la duda flotando en el aire. — Pero me apasionan los libros que vamos a leer juntos. ¿Estás segura de que valgo la pena?

— Di que sí, entonces no habrá duda de que ya está resuelto. — Levanté la ceja, expectante. — Falso matrimonio, verdadero noviazgo.

— Sí, y no hay nada fijo en esa respuesta.

Me puse el anillo, besé la parte de atrás y la acerqué para sellar aquel compromiso con nuestros labios. Sólo podría averiguar si era sólo excitación si me permitía experimentarlo.

Que duró lo suficiente como para escribir una historia de amor que iba más allá de nuestra realidad.

— ¡Pintalabios! — Me apartó y bajó el parasol para comprobar mi maquillaje. Yo hice lo mismo, todo estaba bajo control. — Vaya, ni siquiera se había corrido.

Me puse en marcha y acudimos a la cita exigida por mis padres. Copas caras, pequeñas raciones de comida y mucha gente curiosa por mi nueva relación. Pensé que Gabriella sería más tímida, pero se las arregló para meterse en todas las conversaciones que mantuve, con amigos de mis padres, colegas de profesión y futuros socios comerciales.

Intercambiamos ideas sobre el futuro de AB Negócios Inteligente, planeamos nuevas reuniones y la velada, que tenía todo para ser aburrida, se volvió agitada. Pudimos hablar de todo y de nada sin cansarnos.

En cuanto llegó la una de la madrugada, le susurré al oído la última carta de la baraja de mi vida personal:

— ¿Está listo para experimentar un lugar más excitante y sensual?

Sus ojos brillaron y enderezó la postura, segura de sí misma.

— Si estás conmigo, estoy listo para cualquier aventura.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 28

Se podía sentir en el aire que el lugar estaba alimentado por la lujuria. Por mucho que la gente charlara y se divirtiera, la decoración y el ambiente eran muy parecidos a los de un club nocturno al uso, había chispas que llegaban a mis oídos por la sensación de libertinaje.

Debió de ser la música o la iluminación, que recordaba a los libros más sensuales que había leído. Y no había miedo, ni inquietud, sólo excitación por llegar a conocer todo lo que Andrey quería mostrarme.

Con su brazo alrededor de mi cuerpo, su mano estaba firmemente entre mi cintura y mi cadera. Pasamos junto a mesas, gente bailando y riendo, como si estar en un lugar oscuro con música a todo volumen fuera lo mejor del mundo.

En un sofá de cuero ovalado, alrededor de una mesa redonda, Andrey me indicó que me sentara y vino a mi lado, con su brazo alrededor de mis hombros, protector. Era un lugar discreto, alejado del escenario, que estaba oscuro y al que nadie prestaba atención.

— Esta noche es la noche de las fantasías en pareja", me dijo cerca del oído y tragó saliva. — Mi padre es el dueño extraoficial de este lugar. Aquí se hacen muchos negocios.

— ¿Es eso lo que estoy pensando? — Giré la cara para hablar también cerca de su oído.

— Si crees que es un prostíbulo de lujo... — Me miró fijamente y yo esperé, porque sí, eso era lo que pensaba. — Sí.

Todos los pensamientos arcaicos se sobrepusieron a la racionalidad. Lo estaba viendo con mis propios ojos, no había nada demasiado expuesto para ser depravado. Aunque nunca había estado en ese tipo de lugares, había leído sobre ellos, tanto en la realidad como en la ficción. Siempre había sentido curiosidad, pero me faltaba valor para ir a por ello.

Tuve un novio que se sentía cómodo en ese lugar, lo que me llevó a preguntarme si me haría una propuesta indecente, como una relación abierta.

— ¿Cómo funciona? — indagué, optando por su información antes que por mi juicio.

— Hasta las tres de la madrugada funciona como un club nocturno normal. Copas, camareras guapas y camareros descamisados. — Miré a mi alrededor y por fin encontré a los que había mencionado. Tan discretos que el personal vestía de negro y pasaban desapercibidos hasta que se acercaban. Una de ellas se acercó a nuestra mesa, pero Andrey la despidió. — ¿Le apetece

una copa?

— No, puede continuar con su explicación.

— Las mujeres y los hombres que trabajan aquí no están obligados a aceptar clientes. Pero eso podría acabar con los egos heridos, ya que muchos de los clientes habituales piensan que el dinero puede comprarlo todo. Así que la política de la casa es la pulsera. — Señaló discretamente al hombre de la mesa de al lado. — Tras la presentación, los acompañantes circulan y aceptan la oferta si se llevan la muñequera del cliente. Algo para estimular los preliminares, que no gusta a todos, pero mantiene la estabilidad.

— Interesante. — Te agarré la muñeca. — No llevas ninguna.

— Porque sólo he venido a mirar.

— ¿Qué significa eso? — Mi corazón dio un vuelco y recibí una sonrisa irónica como respuesta.

— Cuando era más joven y soltera, iba a muchas fiestas aquí. Me gusta algo más gráfico y explícito, Gabriella. Aprendí de eso. Siendo el hijo del dueño, muchas de las escorts con las que confraternizaba querían ganarse mi corazón, pero desistían cuando no se lo llevaba a la puta. Hasta hoy.

Tragué saliva, traduciendo sus palabras, pero también encontrando otro significado que me destruiría. Por lo que ya sabía de Andrey, le gustaba pasárselo bien, pero no parecía alguien dispuesto a destruirme el corazón.

— ¿Me dirás uno de los pensamientos que cruzaron tu mente? Recuerda nuestro acuerdo, sinceridad.

— No voy a compartirte con nadie", dije enfadada. Los dos nos reímos, porque parecía más un acto desesperado que la constatación de que prefería la monogamia.

— Bien, hemos acordado una cosa más. — Se inclinó hacia mí y me besó el cuello, luego lo lamió. — Yo tampoco tengo planes de volver a la soltería. Estoy muy bien casada.

Me tocó la mano y tiró de ella hacia sí. Sobre la mesa estaba el precioso anillo que me había regalado para celebrar nuestro compromiso. Lo acarició y permaneció en silencio, aparentemente sumido en sus propios pensamientos.

— Te toca a ti darme una idea de lo que pasa por tu cabeza.

— Que nunca pensé que me enamoraría. O que no estaba bien para alguien como yo, que

se había criado con unos padres que tenían una relación abierta. — Se llevó el índice a los labios para que guardara el secreto y me quedé atónita. Realmente mis suegros sólo vivían para las apariencias. — Hoy me doy cuenta de que no era cuestión de lo que yo creyera, sino de la persona adecuada.

— Al menos solías ir a las librerías", bromeé y él asintió con la cabeza.

— Sí. Aunque mi abuela no era muy amable conmigo, siempre quise estar en LeParoli. Algo en ese lugar siempre me atrajo.

— Así fue para mí la primera vez que puse un pie allí. — Apoyé la cabeza en su hombro y suspiró. — Para que quede claro, estamos en un puticlub como parte del experimento de falso matrimonio y citas reales.

— Te traje aquí porque es el único secreto que no le diré a nadie. Y como somos tan compatibles, pensé que podríamos disfrutar de estos momentos juntos. Nada demasiado obsceno o depravado, sólo ver una actuación sexy, ponernos cachondos y echar un polvo salvaje en una de las habitaciones de la discoteca o en el coche, porque será imposible esperar a llegar a casa.

— Hoy he tenido mi primera vez, por si no lo recuerdas. — Puse las manos en mi regazo, sintiendo cómo la presión cambiaba mi estado de ánimo. El miedo estaba presente, por muy segura que me sintiera con Andrey.

Que un hombre fuera a ese tipo de lugar era una cosa. La mujer... quizá la que juzgaba la valía era yo misma. Mi hermano ciertamente no lo aprobaría, ni tampoco la abuela, pero ambos ya no formaban parte de mi vida.

— Lo siento, creo que me he pasado. — Me abrazó con fuerza y yo le devolví el abrazo. Tenía el corazón acelerado, casi saliéndosele del pecho. — Podíamos irnos y dejar esta experiencia para otro día. Todo era tan perfecto que sólo quería quitármelo de encima antes de decirte lo mucho que me gustas. Quizá mucho más que amor.

— ¿Te irías antes de la función porque yo te lo pidiera? — Volví la cara para mirarle y asintió. — En absoluto, tengo curiosidad. Es que no sé si después, tran... tener sexo loco como dijiste.

— No hay nadie que no se empalme. Yo la he visto varias veces y siempre se me pone dura. — Me acomodó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. — Pero volveremos otro día, de verdad.

— Mientras sigas siendo fiel, monógamo y sólo vengas aquí conmigo, estoy dispuesto a

llegar hasta el final. — Me senté en el banco, de cara al escenario. — Y quiero el día libre mañana, voy a dormir y leer todo el día.

— Cuántos pedidos. Creía que era el jefe", bromeó, y yo puse los ojos en blanco, saludando a uno de los camareros descamisados que andaban por allí.

— Un agua con gas y limón, por favor -le pedí, incapaz de concentrarme en su cara porque sus músculos me miraban fijamente.

— Un refresco para mí y ponte una camiseta, tío. Estamos casados — Andrey continuó el número y los tres estallamos en carcajadas.

— Sólo te estaba poniendo a prueba. — Hice un mohín y le miré fijamente. Me besó y volvió a acercarme a su lado, con el brazo alrededor de los hombros. Sentí una presión en el vientre y me di cuenta de que había bebido demasiado líquido sin ir al baño. Si iba a haber una presentación, debería sentirme aliviada, no tensa. — ¿Cuánto faltaba para la presentación?

— Más o menos unos minutos. ¿Por qué?

— ¿Es seguro que vaya al baño? ¿Hay alguno por aquí?

— Por supuesto, nadie va a acosarte. Y si lo hacen, atraparé a quien sea. — Señaló hacia arriba e identifiqué la señal. — Por ahí, al final del pasillo. El baño de mujeres es el más vacío.

— Ni siquiera quiero saber cómo lo sabes.

Me guiñó un ojo y yo me arrastré hacia un lado, luego me bajé del banco, caminando con confianza hacia aquel rincón más apartado.

Abrí la puerta y me encontré con una habitación grande y bonita que parecía más bien el cuarto de baño de la fiesta en el bufé a la que habíamos ido antes. Sobre el lavabo había varios artículos de higiene femenina y preservativos de varios tipos. Al darme cuenta de que estaba sola, me tomé mi tiempo para comprobarlo todo y coger uno de sabores.

Entré en una de las cabinas, me lavé las manos y abrí la puerta para volver al ambiente desvergonzado que despertaba mi interés. Mi sonrisa murió cuando vi a un hombre al otro lado de la pared, esperándome.

Quizá no merecía tanta felicidad.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 29

Era el padre de Andrey. Encontrarme con mi suegro en un prostíbulo no entraba en mis planes, pero lo inesperado le gustaba acompañarme en esta relación. ¡Dios mío, qué vergüenza!

— Ah, así que te trajo aquí.

— Buenas noches, Sr. Bianchi. — Bajé la mirada, buscando una forma de escapar mientras él permanecía de pie en medio del pasillo. — Andrey me está esperando.

— No, debe de haber encontrado una compañía más interesante. — Levantó la mano para tocarme el pelo y yo retrocedí, sobresaltada. — El dinero realmente hace milagros. Incluso ha convertido a una vagabunda en una madame. ¿Te estás divirtiendo con mis bienes?

— Lo... lo siento, señor. Fue idea de Andrey, yo sólo...

— Ya que se te da bien seguir órdenes, ¿qué tal un precio? — Me agarró del brazo y me acercó, su mirada era furiosa y yo no quería ser el blanco de su odio físico. — ¿Diez mil? ¿Cien? ¿Cuánto quieres por dejar en paz a mi hijo?

— Me gusta Andrey, no importa cuál sea su cuenta bancaria. — Intenté liberarme, pero él seguía manteniéndome cautiva. Gruñí, queriendo tomar el control, y el hombre mayor se rió.

— Pero no rechaza ninguno de los regalos. Trece mil por el vestido, cincuenta mil por las joyas...

— ¿Qué esperas que haga si viene de él? — Levanté la nariz. — Andrey me cae bien y espero llevarme bien contigo y con tu mujer, por mucho que hayas demostrado que no me soportas. Yo no soy el enemigo aquí.

— ¡Eres un grano en el culo, tú y tu familia!

— Suéltame, me haces daño. — Tiré amenazadoramente de mi brazo y finalmente me soltó. — Y no te preocupes, soy toda la familia que Andrey tendrá, no tienes de qué preocuparte.

— ¿No es Gusttavo Almeida tu hermano?

— Sí. — Fruncí el ceño, intentando recordar cuándo les había hablado de mi hermano.

— Conseguí ahuyentar a ese patán interesado y haré lo mismo contigo. ¿O crees que no sé qué están tramando algo contra mí? — Dio un paso adelante y yo retrocedí, confuso. — Es mi

dinero.

— Debes estar confundiendo algo. Mi hermano no te conoce, hace días que apenas hablo con él.

— Es mi única y última advertencia. — Me puso el dedo delante de la cara. — Aléjate, porque mis abogados van a destruir tu vida.

Se alejó con paso firme, dejándome con un universo de dudas y preocupaciones. Me apresuré por el mismo camino, porque una canción diferente comenzó a sonar por encima de todos los sonidos de la discoteca y deduje que la actuación estaba a punto de comenzar.

"Ven conmigo

Debemos volar

Vuela libre

Encontrar otra forma de sobrevivir

Para sobrevivir

Salven nuestras vidas"

Watt White, Loch — Corre Conmigo

Conseguí localizar a mi cita con facilidad. Aunque mi corazón se aceleraba y estaba lejos de estar cachonda en ese momento, me obligué a apartar mis pensamientos de lo que no podía resolver de inmediato.

— ¿Va todo bien? — me preguntó Andrey, acercando sus labios a mi oreja.

Parpadeé varias veces para enfocar la mirada. En el escenario había una mujer en lencería sexy, un sillón de cuero y un hombre con traje y corbata, que sorbía una bebida ámbar y admiraba a la mujer.

La escena del vestuario volvió a mi mente, Andrey lo había aprendido en aquel club nocturno y me lo había aplicado a mí. Quizá aquel lugar no fuera del todo malo, siempre que lo mantuviéramos honesto.

Al darme cuenta de que no había contestado, apreté su muslo contra mi entrepierna y

solté un fuerte suspiro para disfrutar de la actuación, que se volvía cada vez más interesante a medida que ella se burlaba del hombre, se sentaba, se frotaba y volvía a dar vueltas.

— Estoy bien, pero creo que mi cerebro se ha derretido.

— De hecho, la sangre ha dejado de fluir por su cuerpo y toda se concentra aquí. — Empujó mi mano hacia su erección por encima del pantalón y me reí, aliviando la tensión.

Miré a mi alrededor, todo el mundo muy concentrado en el paco. Tampoco había rastro de mi despistado suegro, no iba a estropearme la velada, ni la de su hijo. Si tanto miedo tenía de que le robara su dinero como para casarse con separación total de bienes, me daba igual, porque yo haría mi propio patrimonio.

Atreviéndome, hice lo mismo con su mano, llevándola entre mis piernas y subiendo la falda de mi vestido hasta medio muslo, para que pudiera tocarme con el mínimo de tela entre nosotros.

— Estás tensa, novia. — Hizo movimientos circulares en la zona, sin presión. — ¿Ha pasado algo?

— La primera vez siempre es tensa", intenté argumentar.

— No conmigo a cargo. Antes estabas muy relajado. — Dejó de tocarme y yo hice lo mismo, mirándonos fijamente. Era tan hermoso, lo entendía todo, incluso cuando me forzaba a hacer algo para lo que no estaba preparada. — ¿Quieres irte?

— I... — Dios, quería seguir con la lujuria, pero la amenaza de su padre me detuvo. Necesitaba respuestas y no iba a acudir primero a Andrey, sino a mi hermano.

— ¡Vamos!

Se arrastró por el banco y me llevó con él, apresurándose en dirección contraria a la atracción. Salimos de la discoteca en dirección al aparcamiento, y tuve que correr para alcanzar la zancada del hombre.

Antes de abrir la puerta del pasajero, me apretó contra el coche y me besó con fuerza y desesperación, como yo me sentía. Le rodeé el cuello con los brazos y le correspondí, mordiéndole el labio, chupándole la lengua y escuchándole gemir mientras frotaba sus caderas contra las mías.

— Quiero volver en otra ocasión", declaré cuando apoyó su frente en la mía. — Siento haber estropeado el ambiente.

— ¿Qué ha pasado?

— Mi hermano, necesito hablar con él y he perdido toda la concentración.

— ¿Estaba aquí? — Se levantó y miró a su alrededor. Maldita sea, nuestra promesa de ser honestos me estaba matando. Mentir estaba en la punta de mi lengua, o incluso ocultarlo, pero rompería su confianza.

— Antes de que te lo cuente todo aquí. — Me pongo la mano en el corazón — Necesito ver a Gusttavo.

Me di cuenta de su vacilación y sorpresa cuando dije su nombre. Tragué saliva y cogí el pomo de la puerta, no quería empezar con él, había demasiadas cosas que aclarar con mi hermano.

— Gusttavo Almeida. Su abuela era Allegra. Tú...

— ¡Shi! — Le toqué los labios con los dedos e intenté no llorar, porque la preocupación en sus ojos por nuestra relación reflejaba la mía. — No te he contado toda la historia, y tú tampoco. Vamos a dormir, hablaré con mi hermano y luego contigo.

— Ahora entiendo y... Los tres tenemos que hablar juntos.

— ¡Más tarde! — Insistí y él aceptó, resignado.

— No olvides que me gustas. ¡Tú! — Me agarró la nuca antes de que me sentara en el banco. — Nos conocimos en la librería, no hubo nada de eso.

— Es la única certeza, Andrey. Y como acordamos, soy sincera al decir que ya estás en mi corazón y que oculto cierta información porque antes quiero hablar con Gusttavo.

— Gracias. — Apretó sus labios contra los míos y se apartó. — ¿Quieres ir a su casa ahora?

— No, mañana salgo y lo arreglaré mientras tú limpias la casa y esperas a que me meta en la cama en calzoncillos.

Intercambiamos una mirada, nos miramos fijamente durante varios segundos y nos echamos a reír. Por mucho que hubiera secretos e información oculta entre nosotros, necesitábamos mantener fuerte nuestra relación para dar el siguiente paso.

Quería sobrevivir a esta avalancha.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 30

Acordamos no hablar, ejercitando nuestro lado paciente. La ansiedad quiso unirse, quitándonos el sueño y no permitiéndonos dormir abrazados como estábamos acostumbrados.

Andrey se levantó temprano y fue al gimnasio del edificio, mientras que yo por fin pude dormir con una cama grande en la que revolcarme. ¿Me estaba convirtiendo en un aprovechado? Mi suegro me dejó muy claro que sabía exactamente el valor de cada artículo que yo utilizaba y que quería devolverlo. Entonces perdería todo el encanto que había creado mi prometido, mi primera vez y los descubrimientos sobre él.

Cuando me desperté, perdido en el tiempo y el espacio, tardé un rato en orientarme. Cogí el móvil y me encontré con un aluvión de mensajes de Alecsandra.

Alecsandra>> Hola.

Alecsandra>> ¿Estás ahí?

Alecsandra>> Tal vez me estoy volviendo loca.

Alecsandra>> ¿Puedes responderme cuando mires los mensajes?

Gabi>> ¡Me he despertado! ¿Estás bien?

Alecsandra>> He llegado a un punto en el que no sé si estoy enamorada o sólo estoy imaginando cosas.

Gabi>> A lo mejor, si me lo cuentas, te puedo ayudar.

Alecsandra>> Es mi jefe.

Gabi>> Vaya, parece de libro, pero también pasa en la vida real.

Alecsandra>> Y no sé cómo decirlo, porque todo sucedió tan de repente.

Gabi>> Hablas como esos autores que describen hasta el color de las notas a pie de página del libro. Amigo, puedes tirar todo, puedo manejarlo.

Alecsandra>> Me gusta mi trabajo, mucho. Sé que mi jefe es un chapero de primera, cambia de mujer tan rápido como de ropa cada día. Entonces pasó, estoy embarazada y enamorada, porque aunque conozco sus defectos, sigo viéndolo como un

hombre que podría vivir a mi lado el resto de mi vida. Pero... ¿y si él no me corresponde? ¿Y si sólo está conmigo por el bebé?

Gabi>> Ojalá pudiera estar contigo para darte un abrazo muy fuerte. Una cosa es segura, tenéis un vínculo para toda la vida, a un niño no se le puede desechar. No se les puede despedir, como en el trabajo.

Alecsandra>> Tenía muchas ganas de ese abrazo. ¿Nos juntamos?

Gabi>> Tengo algunos problemas que resolver, pero haré un esfuerzo para ir a verte. ¿Cuándo puedes?

Se me estrujó el corazón, no era sólo yo quien estaba pasando por un momento tenso. Alecsandra también tenía una agenda apretada; en algún momento podríamos vernos y ponernos al día.

Me senté en la cama y vi un trozo de papel en el suelo. Lo recogí y me di cuenta de que era un mensaje de Andrey.

"Buenos días, novia.

Estabas durmiendo tan bien que pensé en hacer lo que me pediste, darte este día para hablar con tu hermano, sin mí. Aunque el miedo a perderte me corroe, esperaré tu llamada para volver. Mientras tanto, estaré en casa de mis padres o en la empresa, aún no he decidido el mejor sitio para no asustarme sin saber de ti.

Gusttavo era mi mejor amigo en la universidad y siempre estaba en mis planes. La última vez que nos vimos me dijo sin tapujos lo mucho que le había destrozado la vida, y no fue así. Pero escucha su versión de la historia, teniendo en cuenta que también está la mía.

¿Te he dicho que estoy esperando tu llamada? Sí, para que no se te olvide.

De tu prometido de verdad (porque no hay nada falso en lo que vivimos, ni siquiera el matrimonio),

Andrey".

Si quería dejar claro lo importante que yo era, no sólo lo consiguió, sino que me animó a

hacer más de lo previsto.

Aunque fuera a la hora de comer, cuando la cafetería estaba llena, iba a Gusttavo para que me contara la historia.

Hice mi aseo matutino, me tomé un gran vaso de agua y pedí a un conductor de la app que me llevara a la Cafetería Allegra. Pensé que tendría más aprensión o miedo de perder todo lo que había conseguido, entonces recordé que la ropa, el día de spa y el piso no eran míos.

Mi logro era el trabajo y me comprometí a hacerlo lo mejor posible. Aún tenía que ir a la universidad, así que dejé las clases para estabilizarme, pero sabía que la cantidad de faltas me harían suspender.

Elecciones, la vida adulta estaba llena de ellas y yo no lo veía ni bien ni mal. Nunca seguí un patrón, ni siquiera mi familia era tradicional, no había razón para que el resto de mi vida fuera diferente.

El conductor de la aplicación estaba animado y la música que sonaba en la radio me animaba a mantenerme positiva. Si a Gusttavo no le gustaba mi prometido, estaría a mano con mi familia política y me sentiría como Romeo y Julieta. Pasaría del matrimonio concertado al amor prohibido, estaba a un cliché de distancia.

"Viajo en primera clase

Listo para salir

Estoy viviendo una vida superior"

ROMÁN, Distrito Blacklite — Vida superior

El café rosa apareció en mi campo de visión, destacaba entre los edificios de alrededor. Tenía un bonito balcón en la parte delantera, que nunca se había utilizado y pensé en poner mesas en él para atender a más clientes.

Bueno, no era mi empresa para encontrar una solución, debía guardarme mis corazonadas para LeParoli. Andrey me había dado carta blanca para pensar como un bibliófilo, pero emprendedor y que pensaba en estrategias que le reportaran beneficios económicos.

Juntar a los dos sería perfecto. ¿Sería posible?

Salí del coche abrumada por una mezcla de emociones. Antes incluso de atravesar las puertas de cristal, vi a mi hermano en la caja mirándome, preocupado. Debería haber visto que había salido de casa de la abuela y ni siquiera le había dicho adónde iba, aún no estaba preparada, pero Gusttavo ni siquiera me lo había preguntado.

Me acerqué, poniéndome serio, y su mirada se suavizó con anhelo.

— Hola. — Miré a mi alrededor, lleno de gente. — ¿Te puedo ayudar?

— Hola, Gabi. ¿Te encuentras bien?

— Sí. ¿Tú?

— También. ¿Qué estás haciendo aquí?

— Tengo dos brazos y dos piernas. — Me froté las manos, esperando una respuesta a mi pregunta. Suspiró y señaló con la barbilla la puerta de al lado.

— La cocina necesita apoyo.

— Maravilloso.

Me quité el bolso, fui a la sala de administración y lo dejé allí. Luego entré en la antesala, me puse la ropa adecuada para estar en la cocina y divisé a Elisa, sola.

— Oh, ¡qué buenos vientos traes a este humilde establecimiento! — La mujer estaba divertida, pero yo también percibí un tono de libertinaje. Yo no me lo tomaría como algo personal, porque tu rutina debe de ser horrible.

— ¿Dónde me necesitas? — Me detuve junto a ella, con las manos levantadas hacia la cara.

— Cuando hace frío, me quedo con el horno y la placa.

— Bien.

Por muy desesperada que estuviera por encontrar respuestas, trabajar en la cafetería me ayudaría a echar de menos a la abuela y a poner en orden mis pensamientos.

O lo lanzaría todo por los aires.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 31

Después de cepillar y limpiar el suelo, me quedé mirando a mi hermano en la caja, ensimismado. Ya habíamos cerrado, así que acabé prolongando mi apoyo hasta el final del día para poder tener toda su atención.

— ¿Podemos hablar unos minutos, Gu? — Le llamé la atención cuando dije el apodo que hacía tiempo que no pronunciaba. Sus ojos tenían una gran bolsa de ojeras, incluso parecía mayor de su edad, igual que Andrey.

— Lo sé, debería cerrar el café, pero...

Puse los materiales de limpieza en un rincón, saqué una silla para sentarme y arrastré otra, señalándosela a mi hermano. Tenía una expresión de rechazo en los ojos, así que suspiró y se acercó a mí.

— Estoy saliendo con Andrey Bianchi—. Solté cuando se sentó. Al mismo tiempo, se levantó y volcó la silla.

— ¿Qué es eso? ¿Ese bastardo?

— ¿Vas a contarme qué ha pasado?

— Ya debe de haberte llenado con sus mentiras. — Se paseaba de un lado a otro. — Hijo de puta, le voy a partir la cara. Ni siquiera me dejó hablar contigo.

— Me gusta mucho su cara tal y como está. — Me crucé de brazos y observé el enfado de mi hermano. — Y no sé nada de usted. De hecho, su padre vino a amenazarme, diciendo un montón de tonterías.

— Gilipollas. — Soltó un fuerte suspiro y empujó la silla para sentarse en ella. — No te involucres con esta gente. Creen que el dinero lo compra todo. No tendrás mi lealtad, y mucho menos mi honor. ¿El idiota te ofreció dinero para salir de la vida de su hijito mimado?

— Más o menos. — Me encogí de hombros, no quería exacerbar su odio hacia los Bianchi. — ¿Andrey y tú erais amigos en el colegio?

— Y en la universidad. Teníamos planes de crear una empresa para gestionar todos los lugares que nos gustaban. Él era el del dinero, yo sería el ejecutor. Se acordó que yo haría el trabajo manual, nunca me aproveché de su condición financiera. Pero su padre se enteró y lo

jodió todo. Me ofreció dinero y lo rechacé, para que se lo metiera por el culo. Mi acuerdo había sido con Andrey y todo iba bien, hasta que me pidió que pusiera fin a la sociedad y me quedé con la pérdida del café.

— ¿Ah? — Me sobresalté, porque no se parecía al hombre que yo conocía. — Gusttavo...

— Quería que me quedara en mi rincón, apoyado por él, hasta que tuviera suficiente dinero de las inversiones financieras que hizo para que jugáramos por nuestra cuenta. No soy hombre de huir, ¡joder, trabajaría!

— Espera. — Puse las manos delante para que detuviera la narración. — No quería detener el trato, sólo te pidió que esperaras. Y para que no salieras perdiendo, se ofreció a pagar...

— ¡No me apoyará nadie! — Golpeó firmemente con el dedo la superficie de la mesa y cerró la cara. — Vine a este mundo a trabajar, a cuidar de la mujer que me crió mientras nuestros padres se cagaban en nosotros y a ser digno de una familia propia. Pero nada estaba sucediendo como yo había planeado.

— Tú... — Tragué saliva y él se reclinó en su silla. — ¿Sabes quiénes son nuestros padres?

— Nada permanece oculto por mucho tiempo, Gabi. E irónicamente, estamos casi emparentados. Andrey es nuestro primo.

— ¿Qué quieres decir? — Mi turno de levantarme bruscamente, tumbar la silla y enloquecer. — Pero... yo... no, Gusttavo. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué lo has escondido?

— Te gusta, ¿verdad? — Intentó sonreír y me ayudó a sentarme, alisándome el pelo con cariño. — Idiota, tiene que cortar ese vínculo con sus padres. Andrey es sólo hijo de su madre, su padre fue elegido de un banco de esperma.

— ¿Eh? ¡Adelante!

— Somos hijos del hermano de Francisco Bianchi, con una mujer que decidió entregarnos por dinero. Intentaron hacernos desaparecer, pero el universo es un huevo y acabé convirtiéndome en su mejor amigo.

— ¿Lo sabe Andrey?

— No. — Dejó escapar un suspiro agudo. — Te mandé a la mierda cuando me sacaste del juego. Deberías hacer lo mismo y huir de estas serpientes.

— En primer lugar, se fue de casa y estamos en un piso.

— ¿Ah, sí? — Se pasó una mano por el pelo y soltó una carcajada libertina. — Hijo de puta, realmente quiere comprarte, aprovechándose de tu fragilidad mientras yo me hundo sin poder ayudarte.

— ¿No puedes ver nada bueno en su comportamiento? ¿Estoy tan cegada por el amor que no puedo ver lo mala persona que es?

Permaneció en silencio, Gusttavo podía ser radical, pero no era injusto. Miró al techo y me di cuenta de que estaba controlando su emoción, así que me levanté y le abracé, y él me dio un apretón firme y desesperado.

— Nada cambiará lo cabreado que estoy con Andrey. Y si por fin ha salido de casa de sus padres, quizá tenga la salvación.

— ¿Podemos hablar los tres juntos?

— No.

— ¿Ni siquiera si es una reunión de negocios? — Me aparté, sintiendo que mis propias lágrimas llenaban mis ojos al verlo tan frágil. — Sé que no quieres la ayuda de nadie, pero quería hacer algo.

— Acabo de decirte que sé quiénes son nuestros padres y ni siquiera te ha importado.

— Igual que ellos, mi familia está delante de mí. — Me senté de nuevo. — Gusttavo, deja de ser orgulloso y crezcamos juntos.

Abrió y cerró la boca, conmocionado. La imagen mental de aquella escena era la de mi mano golpeándole la cara, una bofetada bien dada. Bajó la cabeza y le temblaron los hombros, acompañados de un gemido dolorido.

— La he cagado, Gabi", sollozó. Era la primera vez que veía llorar a mi hermano. — Dios mío.

Fui a levantarme, él hizo lo mismo y se apartó, su mano impidiéndome avanzar más. Esperé lo que tardó en recuperarse, con el corazón cada vez más oprimido por sus palabras. No tenía nada que ver con mi novio, ni con nuestros padres biológicos, era algo suyo.

— ¿Tiene que ver con la abuela? — pregunté, sintiendo un nudo en la garganta.

— Hizo lo que quiso y nos dejó. — Se secó la cara con las manos y volvió con su vecino.

— Si algo hice bien, fue con ella, dejándolo todo para que el café siguiera adelante a pesar de que se estaba muriendo.

— ¿Qué te está pasando?

— Tú... — Me señaló y respiró hondo, estaba temblando. ¿Fue culpa mía? — Dijiste lo mismo que ella y... Ahora lo entiendo, Gabriella. La cagué.

— ¿Ella qué? — Levanté los brazos, indignado.

— La chica que nunca se rindió conmigo. La mujer que amo. La madre de mi hijo.

— ¿Es usted padre? — Me llevé las manos a la boca, sorprendido.

— Lo habría sido, si no la hubiera alejado por mi orgullo. ¿Con qué dinero iba a casarme con ella? El amor no paga las facturas y tú ibas a volver a la ciudad...

— ¿Y tu hijo?

— No sabía que estaba embarazada. No sabía que me quería tanto. Pero la vi haciéndose una ecografía y... — Se encogió de hombros. — Intenté volver con ella y disculparme, pero me dijo que ganara dinero y trabajara como un esclavo, porque eso era lo único que me importaba. Que el amor no paga las facturas, pero construye una familia que podrá salir a buscarlo.

— Está embarazada, entonces.

— Sí.

— Y trabajas para merecerlo.

— No, estoy arrastrando mi culo en el fragmento de vidrio para obtener su perdón. Nunca me perdonaré si crezco lejos de mi hijo. Ya lo hemos vivido, no más padres de mierda en esta vida.

— Pero actuaste como tal.

— He aprendido la lección -gruñó, cruzándose de brazos-. — Pero no estamos hablando de mí, quiero saber de ti y de Andrey. Voy a darle una patada en los huevos a ese pervertido. — Me señaló con el dedo. — No dejes que vaya a la discoteca de su padre, si no...

— ¿Puedes ser más profesional? — Sentí que se me calentaban las mejillas. — Creo que podemos dejarlo por hoy, tengo mucho que digerir.

— ¡Joder! — murmuró antes de abrazarme. — No te preocupes por mí, yo me encargo de

todo.

— Aprenderás a compartir, como estoy haciendo yo al permitir que otra persona me ayude. No es un signo de debilidad.

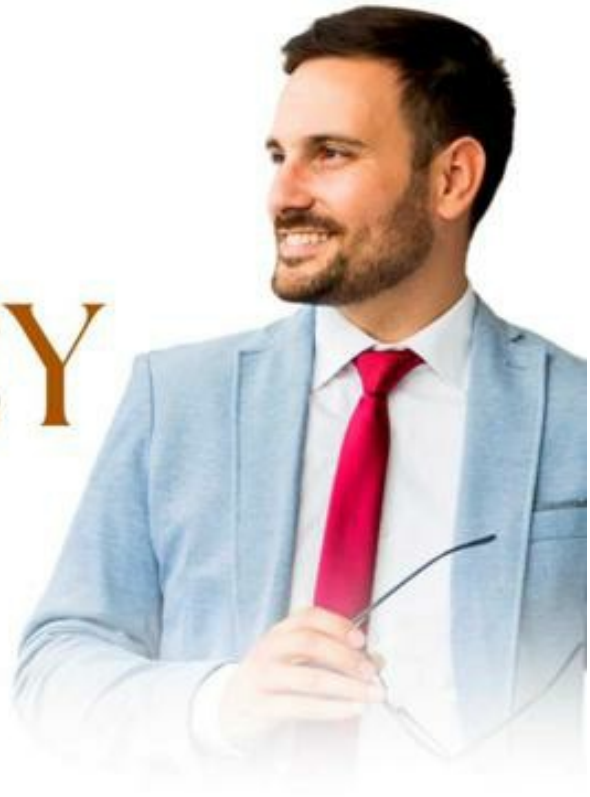
— ¿Y la universidad? — preguntó y yo me alejé, recogiendo los artículos de limpieza y yendo a guardarlos para evitar el tema. — ¡Gabriella!

— ¿Has terminado de cerrar la caja? Estoy cansada y Andrey viene a recogerme.

Seguimos tomando el pelo a los hermanos hasta que todo se cerró y subí al coche del hombre con el que Gusttavo aún tenía muchas rencillas.

Era el final de ese asunto sin resolver y el comienzo de una nueva etapa en sus vidas.

ANDREY BIANCHI



Capítulo 32

A veces lo obvio estaba justo delante de nosotros y simplemente no podíamos verlo. De la misma manera que Gusttavo entró en mi vida y estuvo en mis planes desde nuestra pelea, ocurrió con su hermana.

Resistí la tentación de hablar con el hombre gruñón que se despidió de Gabi con un abrazo y ni siquiera me miró. Iba en moto y su larga melena seguía tan revuelta como la última vez que lo vi.

A petición de mi prometida, yo no iba a hablar de ello, ella quería irse a casa a dormir porque al día siguiente tenía trabajo. Como si yo tampoco y siguiera siendo el jefe. Lo interpreté como que deseaba una rutina antes de enfrentarse a la historia que me alejaba de su familia.

Estaba predestinado: si no la conocía en LeParoli, sin duda sería porque era la hermana de mi mejor amigo. Esa coincidencia, sumada a todas las demás señales que me había dado el universo, reforzaba que iba por buen camino.

Cuando nos despertamos al día siguiente, no intercambiamos besos ni caricias íntimas, para mi consternación. Controlé las ganas de presionarla y la abracé en el ascensor mientras bajábamos al aparcamiento.

Todo parecía ir bien, sólo necesitaba algo de tiempo.

Un segundo, diez minutos, dos horas... Seguía cada movimiento del reloj, incapaz de concentrarme en mi trabajo. Ese día, íbamos a buscar un local comercial para que fuera la sede de AB Negócios Inteligente. Ella quería utilizar el último piso de la librería para ahorrar dinero, pero yo seguía apegado al formato que mi padre había creado de un grupo de empresas vinculadas.

El chasquido de mi mente me hizo cambiar de planes. Si quería alejarme lo más posible de mi familia, había que abrazar incluso algo trivial.

Así que, cuando salimos del edificio comercial que estábamos visitando, nos llevé a la librería LeParoli, sorprendiéndola. Todavía en silencio, Gabi me miraba como si fuera yo quien tuviera que decir algo, pero necesitaba entender lo que sentía.

Me detuve delante del local y miramos la entrada, con el gran cartel delante y las paredes de cristal.

— Mi abuela creía que podía cambiar el mundo dándole a la gente libros y un entorno cómodo para leerlos. Ella no lo veía como entretenimiento, sino como conocimiento. Sufrió un poco por el cambio, pero se lo permitió, porque un libro es un libro, sea cual sea su propósito. Siempre hay algo importante en ellos.

— ¿Era la madre de tu padre?

— Sí. — La miré en busca de más respuestas, pero Gabi seguía introspectiva en asuntos personales. — Tal vez tengas razón, este será el mejor lugar para comenzar la administración de la empresa.

— ¿Tiene fotos de ella?

— Debe de haber una noticia en Internet. — Cogí el móvil, su cuerpo se inclinó hacia mí y me quedé paralizado, buscando su mirada. Al darse cuenta de mi vacilación, me miró y esbozó una débil sonrisa. — Te estoy torturando, ¿verdad? Tengo tanto que hacer.

— Tal vez un poco.

— Pero estoy absorbiendo información de uno en uno. — Señaló la pantalla de mi aparato. — Enséñamelo.

Hice la investigación y le pasé el móvil para que lo comprobara. Acercó y alejó el zoom, luego alisó la pantalla, como si fuera un familiar. ¿Estaba pensando en sus propios padres y familia? Maldita sea, había olvidado mencionar al detective que investigaba sus orígenes. Había enviado una copia de sus documentos al profesional que mi madre me había recomendado.

— La mirada de sus ojos era tan seria, encerraba tanto dolor, como la disputa entre hermanos o la ausencia de nietos -murmuró, sin saber si debía escucharla o no.

— Me tenía cerca, pero no le caía muy bien. Imaginé que era porque no tengo la sangre de mi padre. — Me encogí de hombros. — Ya he tomado una decisión al respecto, incluso elegí LeParoli para que fuera mi primera empresa.

— Parece que no lo sabes. — Me devolvió el móvil y frunció el ceño. — ¿Conoces a tus tíos por parte de padre?

— Está Néstor, que vive en el extranjero. Carlos, que está en la otra punta del país, y Joaquim, que vive en la ciudad, pero nunca nos hemos visto. Mi padre no está muy unido a ellos, los recuerdo de la infancia, pero a medida que fui creciendo y me convertí en adolescente, dejé de tener contacto con ellos. ¿Por qué?

— Gusttavo dijo que sabía quiénes eran nuestros padres. — Se cruzó de brazos y miró hacia otro lado; me sorprendió darme cuenta. — Es uno de tus tres tíos.

— ¿Cómo?

— Sí, somos primos. Y no me van los romances tabú. — Abrió la puerta del coche y me dejó llena de preguntas. Yo también estaba furiosa, porque nada pasaba desapercibido para mi padre y estaba segura de que estaba implicado en mi pasado y mi presente. — Necesito un café para asimilar esta conversación. Estoy lista, Andrey.

— Vamos, al mismo lugar donde todo empezó.

Salimos del coche y lo cerré pulsando el botón de la alarma. Me apresuré a caminar a su lado y le toqué la parte baja de la espalda, estaba preparando mi larga lista de argumentos de las razones por las que necesitaba quedarse conmigo, al mismo tiempo que mi mente estaba hecha un nudo por ser ella y Gusttavo hijos de un tío mío. Primos de derecho, no de sangre.

Saludé a la dependienta, bajamos las escaleras y fui a la cafetería a por un gran café, Gabi salió fuera.

Aparecieron tantos flashes de recuerdos que me mareé. Cerré los ojos brevemente, respiré hondo y me dirigí a mi prometida para limar todas las asperezas que nos impedirían estar juntos.

Sentado a la mesa, la misma en la que hablamos y le hice la inesperada proposición, le entregué la taza y me encontré con la primera sonrisa genuina del día. Antes de que pudiera sentarme, dejó la taza sobre la superficie y se acercó a mí, rodeándome el cuello con los brazos. Entonces me besó la boca y me dejé llevar por la desesperación, sorbiendo y asimilando sus labios y su lengua.

La apreté contra mí cuando dejamos de besarnos y no quería dejarla marchar. Ella se rió y me apartó suavemente, acomodándome en la silla y ella se sentó frente a mí.

— Dios mío, ahora me doy cuenta de que ni siquiera te he besado hoy. — Bajó la cabeza avergonzada y me quité un gran peso de encima. — Lo siento, Andrey. Es que la conversación con Gusttavo fue tan pesada que me metí en mi propio mundo y me olvidé de todo.

— ¿Significa eso que aún me quieres? — pregunté, impulsiva y llena de diversión.

— Sí. — Se mordió el labio inferior. — Quiero decir... ¿me querrás al final?

— Aunque es mi prima, no nos hemos criado juntos. — Me cogió la mano y la acarició por encima de la mesa. — En realidad no somos parientes. Mi padre biológico era otro.

— Así que tú y mi hermano ibais a ser socios y a trabajar juntos.

— ¿Quieres cambiar de tema? — Hice un bocado.

— Poniéndolo en orden, en realidad. Empecemos por el principio, cuando conocisteis a Gusttavo, estudiasteis juntos, hicisteis planes y todo cambió.

— A mi padre nunca le gustó, pero a mí no me importaba. Cuando vio que la cosa iba en serio y que yo iba a seguir con el friki peludo, como le llamaba el señor Bianchi. — Puse los ojos en blanco, encontró la manera de hacerme retroceder, porque nunca aceptaría a un hombre así en los negocios. Ese día, empecé a alejarme de ellos.

— Despediste a mi hermano para no chocar con tu padre.

— Te pedí que esperaras. — Tomé un sorbo de café, recordando nuestra última conversación y nuestra pelea. — No podía ir en contra de mi padre, él era el dueño. Así que iba a dar un paso atrás y crear una empresa propia. Pero para eso necesitaba tiempo y dinero. Empecé a invertir y me iba bien. Pero el maldito testarudo no iba a ser financiado por mí. Ni siquiera era mi dinero, para cumplir la petición de mi padre, iba a hacer que se lo gastara.

— Como hiciste conmigo, la boda y el vestido.

— Exacto. — Analicé sus rasgos, la situación en la que puse a los hermanos y me di cuenta de que ninguno de los dos era ideal. — Joder. Lo he hecho todo mal.

— Nos mantienes atados a la que no quieres que seamos parte. Francisco Bianchi es tu padre, no el nuestro.

— Le pido disculpas.

— Todo va bien. — Sonrió decidida. — Me gustó todo lo que pasó y cómo fue. Lo llevaré en el corazón, pero para que funcione habrá que cortar el cordón umbilical. Eso es definitivo.

— Considéralo hecho. — Saqué el móvil y busqué los datos de contacto del detective. Le escribí un mensaje y bebí un poco más de café. — Tengo que decir algo antes de seguir. Mi madre me había remitido a alguien para averiguar su procedencia y, una vez más, caí en mi propia trampa.

— Así se enteró de que soy la hermana de Gusttavo. — Hizo una mueca. — Tu padre está resultando ser un antagonista de primera en nuestra historia.

— Cuéntenos más.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 33

Tuve tiempo suficiente para decidir si colocaba a Franscisco Bianchi en el lugar que le correspondía o intentaba suavizar el golpe porque era mi suegro. Cansada de evitar conflictos con los demás y de entrar en crisis conmigo misma, acepté que aquel hombre se empeñara en manipular a todo el mundo para hacer de su hijo una chuchería intocable. Y conociendo la búsqueda de Andrey de su propia independencia, lo dejé salir.

— Gusttavo me contó que su padre le acosaba, sabiendo de dónde venía. Estaba dispuesto a todo, incluso a darle dinero a mi hermano para que saliera de su vida. Si no aceptaba tu dinero, imagínate del hombre que lo juzgaba por todo.

— Dios mío, mi padre sabe que Gusttavo es hijo de uno de los hermanos y nunca me lo dijo. — Se pasó las manos por el pelo, frustrado. — Y lo mismo hizo contigo, se lo entregué todo a ellos. Qué patético soy.

— Estaba siguiendo la guía de las personas que siempre te orientaban, tus padres. — Arrastré mi silla más cerca de él, que volvió a mirarme. — Puedes demostrar que quieres a tus padres de otras maneras, no tienes por qué estar de acuerdo con todo.

— ¿Qué te hizo? Fuiste al club nocturno, ¿no?

— Sí, se reunió conmigo fuera de los aseos y me hizo la misma oferta: dinero para mantenernos separados. Confieso que no entiendo esta necesidad de jugar al villano, pero creo que tiene que ver con el patrimonio o la herencia. Si no me equivoco, dijo algo de que no quería compartir.

— ¡No necesitamos su dinero!

— Lo sé. Te has ganado el tuyo y lo has multiplicado, estoy al tanto de todo, soy tu ayudante. — Le guiñé un ojo, relajado, no sonrió.

— Eres más que eso, Gabriella. Puede que sea reciente, pero valoro lo que hemos construido.

— Ya lo sé. — Me levanté de la silla y me senté en su regazo, Andrey me rodeó con los brazos y escondió la cara en mi cuello. — No creo que hayamos hecho nada malo hasta ahora. Lo que hemos hecho no se puede cambiar, pero ahora nos hemos dado cuenta de las consecuencias de nuestros actos. Nada podría ser más justo que el cambio.

— ¿Cambiar qué?

— Dímelo tú. — Lo convertí en un misterio, porque el alejamiento de Andrey de sus padres no debería venir de mí. Él ya había dado el primer paso, los siguientes también deberían venir de él. — Pero no queme demasiado fosfato, porque no voy a exigir el reconocimiento de la paternidad, ni quiero mi parte de la herencia. Me basta con mi parte de la familia Bianchi. — Le besé la mejilla y cogió el móvil, que había vibrado con una notificación.

— El detective respondió y me envió una copia del informe. Me dijo que mi madre le había aconsejado que no me lo enviara hasta que yo se lo pidiera. — Me miró con firmeza. — ¿Seguro que no quieres nada? ¿Ni siquiera saber exactamente quién es el tío al que tengo que seguir investigando?

— Guárdalo, algún día lo haré. Hoy no. — Apoyé la cabeza en su hombro. — He pasado tanto tiempo pensando sólo en la abuela como familia, atesorando lo poco que tenía, que no quiero expandir mi burbuja. Hay otra prioridad.

— ¿Cuál?

— Gusttavo. — Me levanté y volví a mi silla. — Necesita ayuda, no sólo en el café, sino en la vida. Su tendencia a resolverlo todo le ha hecho hundirse. Pero tiene una cosa menos de la que preocuparse, porque te tengo a ti. — Consigo arrancarle una sonrisa tranquila a Andrey. — Es mi turno de corresponder a sus cuidados. Sé que se sacrificó para que yo pudiera estudiar.

— Tienes que volver a la universidad.

— Me voy. — Miré a mi alrededor, sintiendo la maravillosa energía de la librería. — También haré todo lo posible para que este lugar esté tan abarrotado que nuestras conversaciones privadas sólo tengan lugar en los aseos.

— No me cabe duda de que hará eso y mucho más. — Se llevó la taza a la boca. — En cuanto a Gusttavo, nuestro acuerdo de colaboración siempre ha estado marcado como importante en mi bandeja de entrada del correo electrónico. — Cogió el móvil, jugueteó con él y me mostró lo que acababa de decir. — Sólo tiene que firmarlo, porque la Cafetería Allegra siempre ha estado a su nombre, no al de su abuela. La señora Allegra tenía muchas deudas y no podía usar su propio nombre, o simplemente intentaba huir de mi padre sin dejar rastro.

— Creo que ambas cosas. No importa lo que ocurrió en el pasado, sino que el presente vaya por buen camino. Mis lugares favoritos para trabajar, la librería LeParoli y la cafetería Allegra.

— Añade tiempo de estudio. Aunque me encanta tenerte conmigo y tu papel de consejero es brillante, no quiero que sea solo un trabajo.

— Déjame empezar mal, por favor. — Resoplé y él asintió, pero sus ojos indicaban que aceptaría cualquier cosa que dijera. — Os imagino a los dos juntos, sería perfecto.

— Primero tenemos que analizar la situación en el café. Antes de eso, convence a Gusttavo.

— Lo ha aceptado, porque estoy contigo y no te odia.

Le quité el aparato de la mano, puse una lista de reproducción y tiré de él para que se pusiera en pie. Me balanceé de un lado a otro y él me siguió, bailando a destiempo.

"Hay tantos cuerpos en el suelo

Dicen que pertenezco allí con ellos

Realmente ya no les tengo miedo

Nada corromperá mi visión

Jóvenes almas perversas que nadie puede domar

Hagamos que deseen ser de los nuestros".

Kipher — Rey De Los Caídos

— ¿Lo celebramos antes de que se firme el contrato? Podría ser mala suerte.

— De hecho, estoy ensalzando lo perfecta que nuestra única regla ha hecho nuestra relación. Fui sincera, te revelé lo que hizo tu padre, cómo se siente mi hermano y también dejé abierta la herida sobre mis padres. Me escuchaste, llegamos a un acuerdo y estamos bien.

— ¿Estamos bien? — fingió sorprenderse. — Que yo recuerde, ni siquiera me dieron un beso de buenos días.

— Ni siquiera un abrazo de buenas noches, pero lo estaba procesando todo. Era bastante fuerte, a decir verdad.

Salté a su cuello, sus brazos me rodearon lo suficiente para mantener mis pies en el suelo. Siguió bailando, arrullándonos y cambiando el ambiente.

— Eres un fenómeno de la naturaleza, Gabriella.

— Al no ser un huracán que destruye todo lo que atraviesa, todo va bien.

— Y lo haces, de una forma que permite que después broten hermosas flores y árboles frutales. — Besas mis labios suavemente. — También sacudes mis estructuras participando en todas mis ideas insólitas, sin juzgarlas.

— Eres irresistible, Novio.

— Igual que tú, novia. — Me bajó y me besó el cuello, sensualmente. — ¿Te duele entre las piernas?

— ¿Por qué? — jadeé, enamorándome y entrando en ambiente.

— Como éste será uno de los últimos momentos de tranquilidad en la librería, he pensado en ofrecer aquí un recuerdo inolvidable.

— "El personal está trabajando arriba, Andrey", le regañé, sin conseguir ser muy convincente.

— Y aquí no baja nadie. — Me arrastró hasta una esquina que me impedía ver quién estaba al otro lado. Me apretó contra la columna y me agarró de las muñecas para ponérmelas por encima de la cabeza. — Estás atrapada conmigo, con un suegro villano y un hermano furioso.

— Yo que tú me preocuparía por ese cuñado. Es muy pendenciero y aún no sabe que su hermana se va a casar.

— Será divertido, te lo garantizo.

Su boca se acercó a la mía, mi espalda se arqueó y sus dedos presionaron mis muñecas. La posición cautiva me encendió, olvidé cualquier preocupación por aquella exposición.

Recuerdos. Andrey me regalaba otro momento de inesperada pasión. Como las chicas de mis libros, me dejé adorar mientras me quitaban la ropa del cuerpo.

Yo me quedé con el sujetador puesto, Andrey con la camisa y la chaqueta. Conmigo en su regazo mientras mis piernas lo rodeaban, se puso el preservativo y se corrió con gran esfuerzo.

Cambiamos de posición cuando sus brazos ardieron, no todo era como en los libros, después de todo. Levanté el culo y me apoyé en la columna, sus manos apretaban mis caderas con cada embestida, firmes y llenas de deseo. Antes de que pudiera alcanzar el clímax, su mano

se metió entre mis piernas, encontró mi clítoris y lo frotó al mismo ritmo que sus embestidas.

Su mano me tapó la boca mientras gemía más fuerte, la posición me llevó al clímax y me entregué al orgasmo. Segundos después, su boca se dirigió a mi hombro y lo mordió suavemente mientras amortiguaba sus sonidos de excitación.

Éramos un lío de novios jóvenes y cachondos. No había otro lugar donde quisiera estar más.



GABRIELLA LIRA

Capítulo 34

Semanas después...

Era la primera vez que llevaba un traje tan formal al trabajo. Una falda hasta la rodilla, una camisa de seda de tirantes y un traje. En los pies, unos zapatos nude cerrados, que había aprendido a llevar para parecer más alta.

Llevaba el pelo suelto, me había arreglado lo justo para que pareciese que me lo habían hecho en la peluquería. Con la ayuda de algunos productos que había comprado en la tienda especializada, ya no era una huérfana buscando un lugar en el mundo, sino la asesora del director general de AB Negócios Inteligentes.

Era el segundo negocio que íbamos a comprar y en el que íbamos a invertir. Cafetería Allegra siempre ha tenido mucho tráfico, ya que es un ambiente muy femenino, con lugares para fotos dignas de las redes sociales, así como un ambiente agradable.

La idea era conseguir que Gusttavo aceptara la asociación y también que nos permitiera utilizar su nombre en la cafetería LeParoli. En el futuro, queríamos llevarnos una librería y ponerla a la venta en la cafetería.

Pensando en el futuro, la idea era convertirlo todo en una gran franquicia. Pero hasta que terminara la carrera, nos tomaríamos cada aventura con cautela.

Yo no sabía cómo estaban los padres de Andrey, y creía que él tampoco. Tras una discusión telefónica, de la que fui testigo el mismo día que decidimos utilizar la administración de LeParoli para la empresa de Andrey, optó por evitar hablar con ellos. Para dar tiempo a que su cabeza se calmara, había demasiadas cosas en juego.

Y por mucho que le dije y recalqué que no creía necesario volver a mis orígenes, Andrey pensó que era injusto y entramos en un punto muerto.

Que si estallaba entonces, lo dejaría para... mañana o nunca. Como muchas cosas en nuestra vida, algunos asuntos sólo quedarían sin resolver y no nos impedirían ser felices. Y punto.

Volví a hablar con mi hermano todos los días sobre el café y sus planes para conquistar a su mujer embarazada. Iba a ser un largo camino, y me encantaba dar recomendaciones al hombre

que siempre me había aconsejado. Pero esa sería una historia para otro momento, su bebé nacería alrededor del Día del Padre.

Nos detuvimos frente a la Cafetería Allegra y los nervios me abrumaron, se acercaba la hora de cerrar. Sufría la negación de mi hermano, que aún no me la había dado, pero sentía que se acercaba.

— Tranquilo, todo irá bien. — Andrey me apretó la rodilla cariñosamente y salí del coche.

— ¿Y si dice que no?

— Voy a tener que pedir un duelo para ajustar cuentas.

Puse los ojos en blanco y él rodeó el coche para colocarse a mi lado. Apreté el maletín de cuero contra la palma de mi mano, entrelacé los dedos con los de Andrey y seguimos conduciendo.

Cuando abrí la puerta del establecimiento, Gusttavo nos miró fijamente y nos ignoró. Me topé con algunos de los lectores de la otra vez, saludé a las mujeres y me sentí culpable por apenas haber conseguido interactuar con ellas en el grupo virtual.

— ¿Podemos charlar? — le pregunté, parándome delante de mi hermano en la caja. Ya habíamos hablado varias veces de la asociación, y cada vez había insistido en que podía arreglárselas solo.

— Hola, gato grande", saludó Andrey, lleno de desenfreno.

— Vete a la mierda, Dezão -dijo en el mismo tono y se me quedó mirando-. — Tienes buen aspecto y pareces feliz.

— Sabes que estoy bien y no tienes que preocuparte por mí. He traído el contrato. Por favor, léelo antes de negarte.

Puse mi maletín en el mostrador, él lo cogió y se dio la vuelta. Pensé que iba a montar una escena, pero fue peor: se paró delante de Andrey y le dio un puñetazo.

El ruido de los jadeos y de la gente que se levantaba, dispuesta a interrumpir la pelea, me hizo avanzar y enfrentarme a Gusttavo. Pero él me arrastró tras de sí y asomó la nariz, listo para la batalla.

— Haz infeliz a mi hermana, aunque sea porque te olvidaste de comprarle su helado favorito. — Le señaló amenazadoramente con el dedo.

— Yo también te quiero, Gran Gato. — Sonrió sarcásticamente y miró a su alrededor. — No pasa nada, chicos. Siento el espectáculo, pero tenía que hacer de hermano protector. Siempre ha sido la figura masculina en la vida de mi mujer.

Contuve las lágrimas mientras miraba a los lectores de la mesa del fondo, que suspiraban y probablemente creaban historias en sus mentes. No los juzgué, porque yo habría hecho lo mismo.

Volví mi atención hacia Gusttavo, que firmó todos los papeles sin leerlos y me entregó el maletín de cuero. Dios, lo aceptó y confió ciegamente en él.

— No voy a tratar con Andrey, sólo contigo. Entonces te daré el contacto de cuentas y podrás hacerte una idea completa. — Se encaró con Andrey y volvió a la caja, mirando a los clientes y levantando una de sus manos. — Lo siento, chicos. Asunto familiar, no podía esperar.

— Te quiero, hermano. — Corrí alrededor del mostrador para abrazarlo, y él me besó la cabeza a su vez. — Gracias, no te arrepentirás.

— Yo también me tragué mi orgullo, porque necesito a mi mujer y a mi hijo -me susurró al oído y me aparté. — Y volver a la universidad.

— El próximo semestre ya he hablado con el coordinador del curso. — Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no las derramé. Sólo podía pensar en una persona.

— La abuela estaría orgullosa: me dijo lo que necesitaba oír.

— Y también está contigo.

— Aún no, pero lo hará. — Cerró la cara y miró a Andrey. — Adiós, Tenon.

— Yo también te he echado de menos, gato grande.

— Vaya, qué apodos más horribles", dije mientras salíamos del café. — ¿Significa eso que estás bien?

— La amistad nunca será la misma. Pero podemos crear una nueva. — Me abrazó antes de subir al coche, mientras yo me tiraba a su hermana.

— Di eso y volverás a recibir un puñetazo. — Me froté con el dedo el moratón que se me estaba formando cerca del ojo. — ¿Te duele?

— Menos que la pelea con mis padres.

— Funcionará.

— Lo sé, pero hoy no. — Me besó la boca y se alejó. — Vamos a casa, novia. Tenemos una celebración a la que asistir.

— Podríamos ir a esa discoteca. — Me mordí el labio inferior, excitada.

— O... — Se le iluminaron los ojos. — Podríamos ir a la competición, sería interesante.

— Arriba. — Le abracé de nuevo. — Contigo siempre es todo y más.

— Y si no eres muy listo, te cogeré por sorpresa. — Me apretó el culo, me sobresalté y miré hacia la cafetería, mi hermano nos miraba seriamente. — Voy a ir al infierno por torturar a tu hermano, pero que le den.

— Déjame ser atrevida cuando nadie me ve. — Besé su barbilla, con el corazón caldeado por el hecho de que habíamos dado el paso hacía unos días. Ya no era sólo gusto o adoración, era amor. — Te quiero, novio.

— Yo también te quiero, novia.

La alegría de aquel momento nos contagió de tal manera que era imposible no sonreír. Era un viaje, el inicio de un ciclo y me entusiasmaba cada reto que se presentaba.

Con Andrey, la monotonía era sólo un vago recuerdo. Nuestro amor era lo más insólito de todo.



GABRIELLA LIRA

Epílogo

Varias semanas después...

Era difícil acostumbrarse a algunas cosas. Quizá fuera la sensación de no merecerlas. O era simplemente el deseo de sentirme miserable, como cuando volví a la ciudad por primera vez. Fuera cual fuera la razón, el escalofrío en el estómago estaba ahí, junto con las dudas que nunca expresaría.

La boda se estaba celebrando. Aquella inesperada propuesta para complacer a sus padres se había materializado. Por mucho que Andrey buscara su propio camino y yo estuviera a su lado, a veces cedíamos en aras de llevarnos bien. Bueno, al menos lo intentábamos.

No podía sentir el afecto ni el cariño de mis suegros, pero había aceptado que sería así durante mucho tiempo. Esperaba que no fuera para siempre, pero era una alternativa que también había que considerar.

No todos los felices para siempre incluían a la familia de ambas partes. Gusttavo tiene sus propios problemas, éramos Andrey y yo contra el mundo. Cada logro se celebraba, ya fuera en casa o en algún lugar insólito. Descubrí que me gustaba mucho ser atrevida, lo que encajaba perfectamente con mi prometido.

El falso matrimonio y el noviazgo real seguían viento en popa. Incluso con vestido de novia, artículos en los medios digitales y mucho revuelo porque al codiciado soltero le había arrebatado el corazón una joven huérfana, yo seguía sin creerme merecedora de tanta felicidad.

Seguía siendo un acto social, no íbamos a firmar ningún contrato ni a cambiar de postura en la cama -o de piso-, sólo era la solución que había encontrado la madre de Andrey para evitar tener que lidiar con invitados por mi parte en un acto que financiaban ellos.

Una boda en Italia.

Sólo asistirían hombres de negocios y de la alta sociedad. Pensé en protestar, pero los padres de Andrey tenían derecho a exigir más de lo que yo estaba dispuesta a aceptar.

No contaban con que saldríamos corriendo después de dar el sí quiero delante de un ceremonial. Andrey Bianchi me recogió y abandonó la fiesta entre las risas y los aplausos de todos. Nuestro coche para la luna de miel -una muy real, porque quería cumplir esa parte de mi

lujuria en suelo extranjero— era un deportivo que apenas cabía en la falda del vestido.

— ¿Adónde me llevas? — pregunté riendo y ajustándome el vestido. Vaya, también estaba el velo, estaba como una tarta de cumpleaños. Por supuesto, ese traje lo había elegido mi suegra.

— Aún es pronto y quiero ver los lugares de interés. — Me ayudó a recoger el vestido y arrancó el coche. — Esta fiesta nunca fue para nosotros. Seguro que les encantó que nos desviáramos de su camino mientras hacían sus contactos de negocios.

— Lo sé, pero primero tengo que ir al hotel.

— No, te necesito así. — Sonrió con picardía y se marchó, no parecía que viviera en otro país, estaba tan a gusto.

Tuve que reírme, porque no sería la primera ni la última aventura que emprenderíamos como pareja. Andrey debería haber hecho caso a su madre negando mi intento de pasear por la ciudad, necesitaba cuidar mi aspecto para no parecer deslavada.

Ya ni siquiera me importaba su opinión, a veces me divertía y creaba una situación que la indignaba aún más con ese juicio. Si no podía deshacerme de los que no apoyaban nuestra felicidad, al menos divirtámonos con sus intentos fallidos de separarnos.

Paramos en un aparcamiento, salí con dificultad y me rodeé con los brazos para caminar. Andrey me acompañaba, con el brazo sobre los hombros y una postura imponente, su confianza me calentaba todo el cuerpo.

Los turistas paseaban por las aceras y me di cuenta de que estábamos en un lugar muy concurrido. Al ver la *Fontana de Trevi, di un respingo* de emoción; era una de las fotos de Andrey la que me había llamado la atención.

Todo el mundo se nos quedó mirando mientras nos acercábamos al pequeño estanque que rodea la escultura. Andrey sacó su móvil y empezó a hacernos fotos, hasta que alguien se ofreció a sacar alguna.

— Espera, voy a buscar una moneda. — Se metió la mano en el bolsillo y levantó un pequeño círculo. — Pide un deseo.

Cerré los ojos antes de coger su regalo. Entonces sentí que no era una moneda, sino más bien un anillo. Cuando volví a abrir los ojos, Andrey estaba arrodillado delante de mí, la gente aplaudía y el tipo que nos hacía las fotos no paraba de hacer clic con el móvil de mi prometido.

O quizás se convertiría en mi marido en unos segundos.

— Gabriella. — Me quitó el anillo de la mano, era otro anillo, mucho más sencillo y me convenía. — Se acabaron los matrimonios falsos y las relaciones reales. Quiero que todo se convierta en un gran romance, con toques de cuento de hadas, realidad en su justa medida y picante con exageración. — Se quitó el viejo anillo de compromiso y alzó las cejas en señal de expectación. — Te quiero con todo mi corazón. ¿Te casarás conmigo, aunque tenga unos padres despistados?

— Siempre que aceptes llevarme con el cuñado gruñón, sí. — Solté un bufido, entre risa y llanto. Deslizó la prueba de nuestro amor y yo levanté la mano, mostrándosela a todos, que aplaudieron. — Ay, Andrey, ya soy tu mujer, pero me ha encantado.

— Voy a casarme con ella, ¡otra vez! — gritó y se levantó, besándome con tanta pasión que inclinó mi cuerpo y casi nos tiró contra la fuente.

El turista me devolvió el móvil, revisé algunas fotos y sentí esa sensación de siempre, lo inesperado, el escalofrío en el estómago que me indicaba que me esperaba lo desconocido y que me encantaba todo lo que había aquí.

— ¿Dónde está la moneda? — le pregunté, y me la dio. Le di la espalda a la fuente, le pedí a mi hermano que tuviera la felicidad que yo también estaba teniendo y me marché. — ¿Adónde vamos ahora?

— ¿Nuestra habitación o lo inesperado?

Con mi mirada clavada en la suya, ni siquiera tuve que responder, porque nos comunicábamos más allá de las palabras. Mucho más que rutina. Era amor y yo estaba completamente rendida a él.

Gracias

Crear un universo con Jéssica Macedo es siempre una explosión de creatividad. La sociedad que llegó como un cálido abrazo en medio de la pandemia tiene diecisiete lanzamientos y cada uno de ellos ocupa un lugar en mi corazón. Gracias a mi amiga, autora y compañera de viaje, que, con el apoyo de todo el equipo del Grupo Editorial Portal, hace que los sueños se hagan realidad. (¡Besos Rosi!)

Para que mi ambiente de trabajo sea tan maravilloso como es, cuento con las mejores personas a mi alrededor. Fabricio, Amanda y Daniel, mi familia, que me acompañan de cerca, de lejos y en mi corazón. Ustedes son combustible, amor y gratitud todos los días.

Para hacer especial mi coworking virtual, cuento con maravillosos amigos autores. Los Seis Elementos y DesafioMariSales, ¡juntos llegamos más lejos y vibrar contigo es genial!

Mis queridos lectores, ya sea en el grupo de WhatsApp, Facebook, Instagram o cualquier otra red social, hacéis que cada lanzamiento sea único. Muchas gracias por estar ahí y enloquecer conmigo con spoilers, ideas y lanzamientos. Vosotros también formáis parte de mi rutina. Un beso extra a quienes participaron en los eventos de lanzamiento del libro "No necesito marido": Carla Staub, Juliana Lelis, Adriana Garcia, Tatiane , Carina Timm, Jessyka Monyka, Mariana Telles, Giane Silveira, Fran Barbosa, Alecsandra, Érica, Cíntia, Gabriela, Patricia Dutra, Cilene Ferreira, Márcia Procópio, Gardênia Feitosa, Elizangela Paiva, Lalamoura, Monique M, Camila Malvessi, Luciana Dias Silva, Amélia Luize, Enae, Cristina TKC, Roberta Frosi, Adria Freitas, Cleunice Siqueira, Luana, Agda Assis, Suelen, Priscilla, Thatyana, Andréia, Rayanne Santos, Regina Fabbris, Zaza, Francine, Ilza Mendes, Andrômeda, Éveny, Bruna Correia, Beatriz Soares, Aline Gomes, Myelle, Lidiane, Lucia Cristina, Ticyanne Brito, Lulu, Leidiana Macedo, Ivana Sandes, Sandra Cecília, Silvana Brito, Rosyh, Adelle, Nanny Luna, Daniela Sousa, Tássia, Bruna Caroline Silva y Gilma.

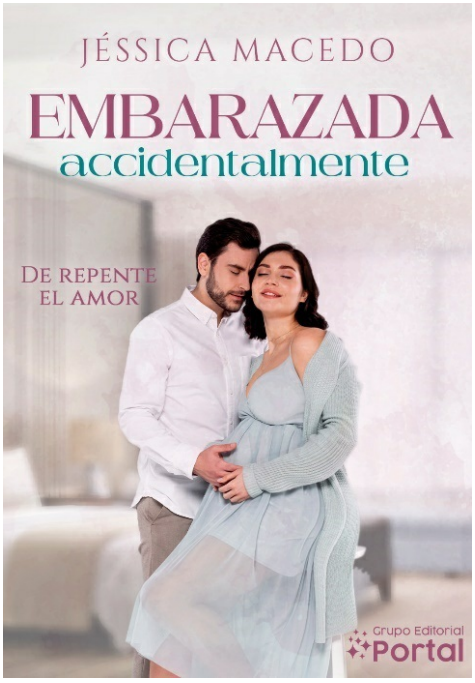
El libro estaba dedicado a ellos, ¡los lectores de Campo Grande! Somos tímidos, pero siempre estamos dispuestos a reunirnos y hablar de libros. Gracias por aceptarme en el grupo con tanto cariño y afecto hace siete años. Estoy muy feliz de haber hecho de una broma una historia. Estáis eternizados en mis recuerdos en forma de libro.

Con amor, respeto y gratitud.

Mari Sales.

Lea también:

Haga clic para leer: https://amzn.eu/d/9PlL9q3



Sinopsis: Héctor Borges es un hombre joven, guapo y rico que podía disfrutar de la vida como quisiera. El descarado director general coleccionaba conquistas y no podía "perdonar" a una mujer hermosa.

Alecsandra da Costa fue elegida para pasar desapercibida ante él y centrarse en su trabajo. Era una excelente secretaria y la mano derecha de su jefe. Conocía a las criadas con las que se relacionaba Héctor, pero estaba acostumbrada a sus modales.

Sólo tenía una cosa en mente: ser una buena empleada y conservar su trabajo. Lo que la joven secretaria no esperaba era acabar embarazada de su jefe siendo aún virgen, pero un incidente cambiará la vida de ambos.



https://amzn.eu/d/d5rL4Zh

Sinopsis: Fabrizio Flauzi es el único heredero de una de las mayores haciendas del país, pero hasta que pueda hacerse cargo del imperio, persigue su sueño en la policía civil.
Hermoso y misterioso, el agente de narcóticos cometió uno de los mayores errores de su carrera, al creer sólo en las pruebas. Seguro de estar resolviendo un crimen, acabó llevando a una familia a la ruina.
Mariana Vaz es una ingenua joven de dieciocho años con una belleza única. La chica, decidida y torpe, sólo tiene un objetivo en la vida: demostrar la inocencia de su padre y hacer que el diputado pague por la injusticia cometida. Sospechando quién puede ser el culpable del crimen, inicia una investigación en solitario, convirtiéndose en el objetivo de la mayor red de corrupción, contrabando y explotación sexual del país.
Encuentros insólitos ponen a los dos frente a frente, provocando emociones incontrolables. Sin conocer la verdadera identidad del otro, acaban vencidos por la fuerza del deseo y se entregan a una inolvidable noche de amor, en la que la chica pierde la virginidad con su mayor enemigo.
El romance se ve condenado cuando ella descubre a la mañana siguiente quién es Fabrizio. El amor será puesto a prueba en esta historia de mentiras, sexo, crímenes e investigaciones. Descubre los peligros de escuchar a tu corazón.

Grupo Editorial
Portal
www.grupoeditorialportal.com.br

[1] Si no te beso pronto, podría morir.